

JENNIFER EVE

LA REDENCIÓN
DEL
BEBÉ LOBO

La redención del bebé lobo

Romance paranormal, pareja rechazada y hombres lobo

(Serie Pareja rechazada y el bebé secreto)

Jennifer Eve

Copyright © 2024 by Jennifer Eve

All rights reserved.

No portion of this book may be reproduced in any form without written permission from the publisher or author, except as permitted by U.S. copyright law.

Contents

<u>Capítulo 1: La ceremonia</u>
<u>Capítulo 2: La suite</u>
<u>Capítulo 3: Entre la espada y la pared</u>
<u>Capítulo 4: No merece la pena</u>
<u>Capítulo 5: Para enmendar mi error</u>
<u>Capítulo 6: De vuelta al infierno</u>
<u>Capítulo 7: Seis años después de mi huida</u>
<u>Capítulo 8: Dentro de la manada de Night</u>
<u>Capítulo 9: Lo que debe ser</u>
<u>Capítulo 10: Una oportunidad</u>
<u>Capítulo 11: La cita perfecta</u>
<u>Capítulo 12: Una decisión difícil</u>
<u>Capítulo 13: Por toda la eternidad</u>
<u>Capítulo 14: celos y ferocidad</u>
<u>Capítulo 15: La única forma</u>
<u>Capítulo 16: El primer paso</u>
<u>Capítulo 17: Cariño</u>
<u>Capítulo 18: Elliot</u>
<u>Capítulo 19: No más secretos</u>
<u>Capítulo 20: La mordedura</u>
<u>Capítulo 21: Sangre envenenada</u>
<u>Capítulo 22: De tal palo tal astilla</u>
<u>Capítulo 23: La tienda de enfrente</u>
<u>Capítulo 24: Colándose</u>
<u>Capítulo 25: La trampa</u>
<u>Capítulo 26: La calma después de la tormenta</u>
<u>Capítulo 27: La verdad sobre la manada de Sith</u>
<u>Capítulo 28: La guerra</u>
<u>Capítulo 29: Recompensas del destino</u>

Capítulo 1: La ceremonia

Cathy

—¡Cathy, quítate de en medio! —dijo Linda con absoluta brusquedad, me empujó sin siquiera esperar a que me apartara—. Los invitados están a punto de llegar, y lo menos que queremos es fastidiarle la fiesta a nuestro padre, ¿verdad? —inquirió.

Linda era mi medio hermana, la «primogénita» de mi padre, en el sentido que era la hija que concibió con su luna. Por otro lado, yo era la hija que tuvo con una simple omega, que fue solo un vientre de alquiler para el alfa. Pero al cabo de unos años, su luna también quedó embarazada y, desde el nacimiento de Linda, yo quedé relegada al olvido. La única razón por la que seguía con mi padre era que su sangre corría por mis venas, pero su luna, cuyo nombre deseaba con todas mis fuerzas olvidar, me recordaba constantemente que no valía nada, que no era más que una plebeya con un poco de suerte.

Quería a mi padre, aunque fuera incapaz de mirarme a los ojos cuando me hablaba. Anhelaba que algún día me dijera que me quería o que al menos me dirigiera la palabra para algo más que para darme órdenes.

—Perdona, estoy terminando de preparar el salón —le contesté.

—Ya has terminado. ¡Ahora, largo de aquí!.

Asentí y me dirigí hacia la salida.

El salón era tan grande y espacioso que cabían las tres manadas que reinaban en este territorio, las sillas y el banquete, los artistas invitados, los trabajadores... Incluso el ama de llaves tenía un sitio, pero no había un lugar para mí.

—¡Date prisa! —insistió con su tono arrogante.

Me giré para mirarla y admiré una última vez el salón de baile del Hotel Jasmine, uno de los

muchos negocios de mi padre, y el elegido para celebrar su 130 cumpleaños.

El suelo era de un mármol blanco pulido hasta el punto de que podías ver tu reflejo en él; la mesa del banquete rebosaba con comidas exóticas de todo tipo, había una escultura de hielo de un metro ochenta en el centro de la sala en forma de lobo gris y un estrado en el extremo opuesto.

—¡Dile a papá que estaré fuera por si me necesita! —dije en voz baja, sabiendo que sería en vano porque nunca me dejarían entrar en la fiesta.

Salí por la pequeña puerta que había al final del pasillo, la que utilizaban los empleados, y que atravesaba un solitario pasillo que dividía la cocina de la sala de seguridad.

—¡Eh, Cat, ven aquí! —me susurró Morgan, mi mejor amiga, desde la entrada de la sala de seguridad y vigilancia.

Me acerqué hasta ella y entré en la pequeña sala de control, con su escritorio en forma de media luna y el montón de pantallas que mostraban la grabación de todas las cámaras de seguridad.

—¿No te meterás en un lío porque yo esté aquí? —le pregunté.

—No, si no se lo dices a nadie —me dijo, guiñándome un ojo—. ¿Quieres acompañarme? —Señaló una silla vacía junto a la suya—. Desde aquí podemos ver la fiesta y reírnos de los invitados. ¿No te parece divertido?

Se me escapó una risita y, tras pensarlo unos segundos, asentí y ella me tendió la silla para que tomara asiento.

—¡Odio este sitio! —Apreté los puños.

—¡Oye, no seas tan grosera! ¡Al menos finge disfrutar de mi compañía! —dijo para hacerme reír.

Morgan era pelirroja, de pelo rizado, piel blanca como el papel, una cara cubierta de pecas castañas que le daban un aspecto angelical y unos ojos azules como el cielo. Se le daba bien todo menos contar chistes.

—¡No estaba hablando de ti, y lo sabes! —Me quejé—. Es injusto que me dejen al margen de la fiesta. ÈL no sólo es mi alfa, también es mi padre.

—Sé que es injusto. —Se acercó a la pantalla más grande y señaló con el dedo a Linda, que estaba colocando una guinda al pastel a escondidas—. Si yo fuera tú, le daría una paliza a esa chica por todo lo que te ha hecho pasar.

Sentí que se me revolvía el estómago cuando los amargos recuerdos relampaguearon por mi cabeza.

—No merece la pena, además es la niña perfecta. Si le hiciera algo, acabaría encerrada en un calabozo de por vida —respondí con desdén.

—Yo te ayudaría a escapar. Al fin y al cabo, mi padre es el jefe de seguridad, y algo sé sobre el tema.

Suspiré y me quedé mirando las pantallas, viendo cómo los invitados hablaban entre ellos y todos iban a rendirle respeto a mi padre, estrechándole la mano. Los demás bailaban y degustaban la comida, y Linda estaba rodeada de todos sus admiradores que la trataban como si fuera el vástago de la mismísima Diosa de la Luna.

—¡Estoy harta! —dije levantándome de la silla—. ¡Quiero disfrutar de la fiesta que tanto me ha costado organizar para mi padre!

—¡Pues claro! Y estás de suerte, porque me he traído el vestido, aunque sabía que no tendría tiempo de ir a la fiesta —dijo, caminando hacia la puerta.

La cerró y detrás, colgados de un perchero, había un vestido dorado y unas deportivas negras.

—¿Estás segura? —le pregunté—. Me parece algo pequeño.

—La tela se adapta al cuerpo. Te quedará espectacular —contestó.

La miré con algo de duda, pero decidí ponérmelo. Era eso o ir con los harapos que llevaba a la fiesta más importante de la manada. Como no había ni un espejito en el que mirarse, tuve que ponerme el vestido y dejar que Morgan me ayudara con los detalles.

—Casi estás lista. —Me puso en su sitio el mechón rebelde que se negaba a apartarse de mi cara.

—Más te vale que esta vez me pongas guapa y no me hagas parecer un bufón —le dije.

Ella asintió y señaló la puerta, haciendo una mueca.

—Vete ya, no quiero que te arrepientas.

Me miré en la tenue luz que reflejaban las pantallas. El vestido me quedaba perfecto, resaltaba mis curvas, y se me veía un culo increíble. No era el vestido más apropiado para una fiesta tan formal, pero era lo bastante elegante como para mezclarme con el resto de los invitados sin llamar demasiado la atención.

Mi plan era simple, encontrar a Alston, pasar desapercibida con él toda la fiesta y divertirnos a nuestra manera.

Me dirigí hacia la entrada del personal, entreabrí un poco la puerta y me aseguré de que nadie estuviese mirando. Por suerte, la puerta principal se abrió en ese momento y todos prestaron atención al invitado. Por su reacción, en especial de Linda, que se encontraba al otro lado de la habitación justo al lado de mi padre, me di cuenta de que esa persona debía de ser alguien muy importante, seguramente un alfa o un anciano de alguna de las otras manadas.

Con discreción y cautela, recorrí la sala hasta llegar al rincón más alejado de mi padre y su querida luna. Intenté encontrar a Alston entre tanta gente, pero me fue imposible, así que me quedé escuchando a la gente murmurar sobre el misterioso invitado.

Por curiosidad, me abrí paso entre los invitados de las otras manadas que no me conocían y que sabía que no alertarían a seguridad de mi presencia.

—Felicidades alfa de Sith. Soy Eric, el alfa sucesor de la manada Night —dijo el invitado, que resultó ser un joven apuesto. Tenía el pelo castaño oscuro, hombros anchos, ojos profundos y oscuros como la noche misma, y una mandíbula fuerte y definida—. Les traigo este presente para reafirmar nuestro tratado de paz, y pido disculpas en nombre de mi padre, que está algo enfermo y no puede asistir a este magnífico evento.

El hijo del alfa se hizo a un lado y dos miembros de su manada dejaron delante de mi padre una caja enorme. Mi padre asintió e hizo un gesto a sus guardaespaldas para que se la llevaran.

—Joven Eric, casi no te reconozco. ¡Ya eres todo un hombre! —comenzó a decirle mi padre bajo la atenta mirada de todos los espectadores—. Dile a tu padre que le agradezco el gesto y que nuestro pacto será ahora más fuerte que nunca.

No sabía por qué, pero sentía la presión del ambiente, una presión asfixiante. La presencia del hijo del alfa provocaba algo en mí. Algo que me resultaba nuevo. Me perdí en una ensoñación,

admirando sus músculos perfectamente marcados bajo su traje negro a medida, a diferencia del resto de los invitados. Cuando lo observé más de cerca, me di cuenta de que lo que llevaba era en realidad un traje de batalla ceñido al cuerpo y que resaltaba todos sus atributos.

—Es una pena que ya haya encontrado a su compañera, ¿verdad que sí? —La voz de Linda me erizó la piel—. Además, no estás a su nivel.

Me di la vuelta temiéndome lo peor, que Linda viniera acompañada de unos cuantos guardias y me sacaran a rastras de la sala, pero en lugar de eso, mi hermanastra estaba de pie frente a mí con su sonrisa perfecta y su traje color nácar que la hacía parecer la futura luna de la manada que ya era.

—Ya me iba, sólo buscaba a Alston —le dije para persuadirla e intenté largarme, pero se interpuso en mi camino.

—¿Te vas tan rápido? —preguntó—. Estás muy guapa. Sería una verdadera lástima que te perdieras la fiesta. Nuestro padre está tan concentrado en lucirse que no se dará cuenta que estás aquí. ¿Por qué no intentamos por una vez ser las hermanas que somos y dejamos a un lado nuestras diferencias? —No creía lo que estaba oyendo, pero sentí en su voz que estaba siendo sincera. No había ni una pizca de malicia.

—No quiero que te metas en líos, tú dime dónde está Alston y me iré.

—No lo he visto, pero podemos buscarlo juntas. —Me puso una copa de vino en las manos sin darme tiempo a rechazarla.

—Gracias, eres muy amable —dije con sinceridad.

Me cogió de la mano y me guio por la sala y, aunque nos vieron varios miembros de la manada, ninguno reaccionó mal al ver que ella iba conmigo.

—Espera, me siento un poco mareada —comenté, deteniéndome.

—Es posible que el vino sea demasiado fuerte —respondió examinándose con la mirada—. Será mejor que te acuestes, no vaya a ser que te desmayes aquí y las dos nos metamos en problemas.

Asentí.

—Llévame con Morgan. Está en la sala de cámaras —le pedí.

Intenté enfocar su cara, pero me fue imposible, todo comenzó a darme vueltas, e incluso la música de fondo y el bullicio de la gente empezaron a sonarme lejanos.

—No creo que sea buena idea, además estamos más cerca de la entrada principal. Ven conmigo.

Me quitó la copa y la dejó en la bandeja de un camarero que pasaba junto a nosotros, me cogió de la mano y me condujo a la salida.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —le pregunté, sintiéndome cada vez peor.

—No puedo desaparecer de la fiesta porque todo el mundo empezará a sospechar que pasa algo e igual nos pillan —empezó a decir. —. Pero como eres mi hermana, puedo hacer una excepción.

Le hizo una señal a Max, su guardaespaldas, que vigilaba la entrada del hotel. Lo distinguí por su olor porque el olfato era el único sentido que aún conservaba intacto.

El lujoso hotel contaba con una decoración rústica, paredes verde bosque con toques de dorado, suelo de granito gris, muebles hechos a mano con madera de arce de la mejor calidad, y unas arañas de cristal tan altas y olvidadas, que de ellas colgaban algunas telarañas. Todo esto se me aparecían como imágenes desenfocadas.

—¿Tienes lo que te pedí? —le preguntó.

—Sí, futura Luna. —Le entregó una llave.

—Aquí tienes. —Me puso esa misma llave en la mano—. Debería volver ya, pero Max te acompañará al ascensor que te llevará a la suite —dijo—. Descansa un rato y en cuanto pueda iré a verte.

Se dio la vuelta y se dirigió apresuradamente al salón sin darme tiempo a darle las gracias.

—Por aquí. —Max me indicó el camino y, una vez entré en el ascensor, pulsó el botón por mí y me miró con curiosidad mientras el ascensor cerraba sus puertas.

No tardaron en abrirse en una planta en la que nunca había estado. Normalmente se utilizaba para alojar a invitados especiales, pero como Linda era la favorita, podía hacer lo que quisiera y alojarse en la suite que deseara.

Me tambaleé hasta la puerta que, por suerte estaba abierta, porque en mi estado actual no habría sido capaz de meter la llave en la cerradura. La empujé con el peso de mi cuerpo y, al entrar, sentí que se me paraba el corazón, como si me faltara el aire. Mis ojos no daban crédito, y aunque dudaba de si esto era real o el efecto del vino, era algo que, ni en mis sueños más descabellados, habría podido imaginarme.

Capítulo 2: La suite

Eric

Nada más poner un pie en el salón, quise desaparecer, pero por mi padre y mi responsabilidad como futuro alfa, debo cumplir con mi deber y representar a mi pueblo en esta celebración.

—¿Quieres otra copa de vino? —La hija del alfa me entregó una copa y brindamos juntos.

Era una chica muy joven pero atractiva y muy servicial. No dejaba que tuviera la copa vacía en ningún momento y no paraba de preguntarme si me sentía a gusto. Supongo que, al ser la primogénita, sentía el deber de establecer una buena relación con el que será el próximo alfa de la manada vecina.

—El vino está muy bueno, pero creo que ésta será mi última copa —le hice saber.

—Es una pena, este vino de la colección privada de mi padre —me informó ella—. Sólo lo comparte con la realeza.

—Le agradezco el gesto —respondí de manera cortés.

—¿Interrumpo algo? —le preguntó a la rubia un chico alto de pelo castaño largo y rizado.

—Para nada, Alston. En realidad, justo te estaba buscando. —Cogió al chico de la mano, por lo que supuse que debían de ser pareja—. ¿Te importa que te deje aquí solo?

—No, en absoluto —respondí—. ¡Muchas gracias por tu cálida bienvenida!

—¡Disfruta de la fiesta!

La futura luna recogió con cuidado la falda de su vestido de nácar hasta los muslos e hizo una vistosa reverencia, volvió a coger al chico de la mano y se perdió entre la multitud.

Antes de dar el último sorbo a la copa de vino, me sentí mareado, tanto que era como si me

hubiera bebido un barril entero de vino y, sin embargo, de ser así no habría tenido ese efecto porque, como hombre lobo, mi cuerpo metaboliza el alcohol más rápido.

La escultura de hielo del centro de la sala giró la cabeza y me miró directamente a los ojos, y fue entonces cuando supe que estaba tan borracho que, si me quedaba aquí un segundo más, podría hacer alguna estupidez y mostrar debilidad ante el resto de las manadas, así que me levanté y caminé lo más erguido posible hacia la entrada principal de la sala. En cuanto un guardia me vio, me abrió la puerta.

—¿Estás bien, Eric? —preguntó el joven.

—¡Sí, sólo deseo descansar un poco! —respondí.

Se tocó la oreja y me informó de que debía ir a mi habitación. Supuse que por una cuestión de protocolo, ya que era un miembro importante de una manada con la que mantenemos una buena relación.

—¿Quieres que te acompañe? —me preguntó.

Sacudí la cabeza, me dirigí a las escaleras y comencé a subirlas. Detestaba los ascensores, y esperaba que, con el esfuerzo físico, a mi cuerpo se le pasara el efecto del vino. Las escaleras se me antojaron interminables, y cada piso que subía me parecía un reto. Me sentía agotado y sudaba como si estuviera corriendo en una maratón.

Maldita sea, ¡sí que era bueno el vino!, pensé subiendo al último piso.

La puerta estaba abierta de par en par, y había una chica en el suelo con un vestido dorado tambaleándose hacia mi cama.

—¿Quién eres? —le pregunté, pero ella se tiró en la cama y me ignoró por completo.

Estaba tan cansado que no tenía ganas de decir nada, pero aun así necesitaba mi propio espacio. Debía de estar lo bastante borracha como para tropezar y caerse en cuanto se levantara, pero yo quería que se fuera.

—Ella me dijo que venías —balbuceó la chica.

—¿De quién estás hablando? —pregunté.

—¡De la Diosa de la Luna, se apareció ante mí! —afirmó.

—¡Estás borracha, te lo habrás imaginado!

—Igual tienes razón. Estoy borracha y cachonda de cojones —comentó, girando la cara para mirarme desde la cama—. Estoy muy caliente.

Tenía su cara tan cerca que podía oler el vino en su aliento, pero también note sus ojos grises que me recordaban al color de una nube de tormenta.

—Tengo compañera —le dije con sequedad—. Lo siento mucho, pero no puedo hacer nada por ti.

Sus pupilas se dilataron al mirarme directamente a los ojos, y un aroma similar al de una plantación de jazmines inundó la habitación.

—Yo no veo a nadie por aquí. Estás mintiendo —continuó—. Si tuvieras una compañera, habría venido contigo.

Es nuestra compañera predestinada, gruñó la voz de mi lobo interior.

Mi lobo la reconoció como mi compañera predestinada, la persona que había nacido para estar junto a mí y, aunque yo también lo sentí, reprimí esa emoción de inmediato.

—¡Duérmete ya! —gruñí.

Extendió la mano y cogió la mía. En ese momento, noté que se me ponían los pelos de punta en todo el cuerpo. Sentí nuestra conexión más allá de lo que resultaba comprensible y, por un breve instante, vi en el reflejo de sus ojos una imagen de ella y yo abrazados en el bosque.

—¡No hagas eso! —Grité, empujándola para alejarla de mí.

Inmediatamente me vino a la mente Chloe, mi actual compañera. Estuvo a punto de perder la vida para salvar la mía hace más de dos inviernos. Desde entonces, cargo con la culpa de que, si ella no se hubiera quitado el cinturón para envolverme con su cuerpo, yo habría recibido una herida mortal, y ahora ella ha quedado tetrapléjica. No puedo hacerle esto. Mi corazón y mi amor deben ser sólo para ella.

—Puedo oír tu corazón. Sientes lo que yo siento —habló la chica.

—¡No sé de qué estás hablando! —repliqué, sabiendo que no podía mentirle sobre esto—.
¡Aléjate de mí!

Hizo caso omiso de mi orden y se acercó más a mí, esta vez la punta de su nariz rozó la mía.

—Dame solo un beso —exigió.

Sentí un mar de emociones en mi interior porque justo a mi lado, en la misma cama, estaba la chica cuyo destino estaba entrelazado con el mío, pero al otro lado estaba mi deber como alfa y mi deber para con Chloe. Empecé a cuestionarme mis sentimientos y mi lobo interior me animó a olvidarlo todo y tomar lo que me pertenecía.

—¡Te he dicho que no te quiero cerca! —argumenté.

Su aroma era cada vez más intenso, tanto que me costaba resistirme a ella. La piel se me calentaba y el cuerpo me suplicaba que hiciera mía a esta mujer.

—¿Quieres que me vaya? —me preguntó.

—¡Sí! ¡Eso es exactamente lo que quiero! —respondí, masticando mis propias palabras y sintiendo su peso de inmediato.

La chica se bajó de la cama como pudo, dio dos pasos hacia la salida y dio media vuelta.

—¡No te vas a librar de mí tan fácilmente! —Se bajó los tirantes del vestido dorado por los hombros y, aunque parecía ajustado, se deslizó por su cuerpo con facilidad.

—¡No hagas eso! —dije con un tono de voz potente.

—¿Quieres que pare? —Se apretó las tetas con suavidad.

—¡No! —dije sin siquiera pensarlo. Mi lobo estaba eufórico, y la poca resistencia que oponía ya no era suficiente comparada con el deseo que sentía de hacerla mía en todos los sentidos.

La rubia de pelo sedoso hasta las caderas estaba delante de mí en ropa interior, jugueteando con sus pechos y mirándome con picardía.

—Eh... —Comencé a balbucear, pero ella se quitó inmediatamente el sujetador y sus grandes pechos, blancos y con una aureola rosada, quedaron al descubierto. A pesar del tamaño de éstos,

era esbelta, con una cintura de guitarra y las tetas firmes.

—¿Quieres tocármelas? —me preguntó, lanzando el sujetador sobre la cama.

No pude evitar atraparlo en el aire y olerlo; su aroma lo impregnaba, y lo sentía más intenso. En ese momento, empezó a ponérseme dura y notárseme bajo mi traje ajustado.

—¡Ven aquí! —le dije sin pensar. Ya no era sólo yo, era mi lobo que, entre su euforia y regocijo, nublaba mi juicio, y mis instintos primitivos se hicieron con el control.

Cuando se aproximó, la agarré por las caderas, la acerqué más a mí y empecé a besarle el estómago, justo a la altura del ombligo, para seguir recorriéndole el cuerpo con los labios.

—¡Eso es! —Se mordió los labios, me cogió la mano y la puso sobre su pecho.

Se lo apreté con fuerza y un gemido escapó de sus labios.

—Eres una niña traviesa —le dije—, tendré que enseñarte modales.

Tenía los pezones erectos, la piel erizada y las bragas empapadas, lo que indicaba que estaba preparada. Me quité el traje y, en cuanto la tela cayó al suelo, mi polla se sintió aliviada y se me puso completamente erecta.

—¡Primero, tienes que ganártelo! —le dije.

Entendió a qué me refería. Se arrodilló frente a mí, me cogió la polla dura y a punto de estallar con ambas manos y deslizó la lengua por el glande antes de metérsela en la boca.

—Sí, así. Métetela toda en la boca. —Tiré de su cabeza hacia mí—. ¡Sigue así!

Tenía la boca húmeda y sus labios carnosos me acariciaban el miembro mientras me rodeaba con su larga lengua. Me miró con unos ojos imploraban que le diera un poco más.

—¡Suficiente! —dije, sujetándola por las mejillas y levantándola del suelo. Se quitó las bragas y dejó al descubierto su sexo jugoso y húmedo, enmarcado en la cima por una mata corta de vello rubio y unos labios vaginales rosados.

Deslicé mis dedos dentro de ella, los absorbió de inmediato. Estaba hambrienta y yo quería llenarla de placer. Su sexo estaba caliente y apretado, lo bastante húmedo para que mis dedos se

deslizaran con suavidad dentro de ella una y otra vez.

—¡Hazme tuya! —me imploró con piernastemblorosas.

Verla así, suplicándome, me excitó más, y mi lobo ya estaba impaciente por sentirla, así que la sujeté por las caderas, la tendí sobre la cama, y empecé a restregar mi miembro contra su humedad. El calor de su piel y lo suave que estaba ahí abajo hizo que la polla me creciera y se me pusiera más dura. Sin pensarlo un segundo más, empecé a penetrarla lentamente, abriéndome paso en su apretado interior.

—¡Métela toda! —imploró, mordiéndose los labios para contener los gemidos.

En ese momento, decidí hacer lo que me pedía. Tuvo que taparse la boca para que no se oyeran sus gemidos por todo el pasillo.

—¿Quieres que te la saque? —le pregunté.

—¡No! ¡Quiero que me folles!

Empecé con embestidas suaves, mientras ella se tocaba las tetas para mi deleite. Su cuerpo era perfecto, y me excitaba aún más ver su cara de placer cada vez que nuestros cuerpos chocaban.

—¡Eres una niña muy buena!

—¡No quiero serlo! —respondió ella con un gemido—. Más rápido.

La agarré por los muslos y le di la vuelta, después la ayudé a ponerse a cuatro patas y me detuve unos segundos para admirar su culo succulento y, tras darle un buen azote, volví a metérsela, pero esta vez acelerando el ritmo cada vez más.

—¡Sí, sí, no pares! —profirió entre fuertes gemidos.

Estaba excitado y sólo quería follármela más fuerte.

—¡Quiero hacer esto para siempre! —dije

Ella gimió y contrajo su sexo caliente, provocando que la sensación fuera más placentera aún. Nuestros cuerpos se batieron y entremezclaron, al igual que nuestras esencias y almas. Fue el mejor polvo que había tenido en la vida.

—Dime que soy tuya —exigió mientras le apretaba las nalgas.

—¡Eres sólo mía! —afirmé—. ¡Me perteneces!

Cada vez estaba más mojada, y la sensación era exquisita. Nuestros cuerpos se encontraban en una dicha indescriptible, en una fiesta sin fin.

—Te... —Se mordió los labios como para evitar decir lo que pensaba, pero debido a nuestra conexión, yo ya sabía lo que quería decir, así que completé la frase.

—¡Te quiero! —dije, sintiendo cómo mis palabras brotaban de lo más profundo de mí.

Su entrepierna se tensó aún más y, de repente, llegamos al clímax al mismo tiempo y nos dejamos caer sobre la cama. Estaba agotado, pero satisfecho y, como los efectos del vino seguían haciendo su mella en mí, cerré los ojos y me dejé llevar por un sueño profundo.

Capítulo 3: Entre la espada y la pared

Cathy

Sentía una presión en la cabeza, los párpados pesados y una extraña sensación de que algo iba mal. Estaba completamente desnuda en una cama que no era la mía, y no me encontraba sola.

—Pensé que ibas a dormir toda la mañana —dijo el desconocido mientras se ponía una camiseta blanca sentado en el borde de la cama.

No le sorprendía mi presencia. De hecho, parecía cómodo.

—¿Quién eres? —Cogí las sábanas blancas y me envolví con ellas—. ¿Qué haces aquí? ¿Quién te ha dejado entrar?

—Justo iba a preguntarte lo mismo —respondió sin ninguna expresión en el rostro—. Esta es mi habitación.

—No puede ser —dije mientras buscaba la llave por todas partes—. Mi hermana, ¿dónde está?

—Ni siquiera sé tu nombre ni quién eres, mucho menos voy a saber quién es tu hermana. —El hombre guapo vino hacia mí con un trapo arrugado de color azul cielo en la mano derecha, tan comprimido que parecía envasado al vacío—. Toma, puede que te quede un poco grande, pero es mejor que nada.

Cogí el fardo de tela y lo desdoblé para encontrarme con una camiseta arrugada cinco o seis tallas más grandes que la mía. Miré hacia el suelo, donde estaba el vestido, y comprendí lo que me estaba diciendo. La prenda de color dorado estaba hecha jirones.

Me dolía el cuerpo, sobre todo las nalgas y las piernas.

—¡No! Dime que no ha pasado nada —Clave los ojos en los suyos, profundos y oscuros.

—Me gustaría poder decir que no, pero...

—Te aprovechaste de mí. —No le deje terminar—. Eres un perverso.

El hombre enarcó una ceja, frunció el ceño y se le levantó la comisura del labio izquierdo.

—Estás demente. Fuiste tú quien se me lanzó encima.

Me levanté de la cama para ponerme firme delante de él. Mi cabeza le daba por el pecho, así que levanté la cara para poder mirarle.

—Yo nunca haría algo así. Tengo novio —le indiqué con firmeza.

No respondió, simplemente chasqueó la lengua, se dio la vuelta y echó a andar hacia la puerta.

—No voy a tener esta conversación contigo. No voy a perder más tiempo. Tengo una compañera y una manada que me esperan.

—¡Espera! —dije, poniéndome la camiseta gigante—. Te he visto antes, pero no recuerdo dónde.
—Entre mis recuerdos de la noche anterior, que eran vagos y distantes, sólo podía vislumbrar destellos de pequeñas escenas.

—Pues claro que me has visto, soy el heredero de la manada de Night —respondió con frialdad.

Se me pusieron los pelos de punta al comprender que el desconocido que tenía delante no era un donnadie, era el futuro alfa de una manada aliada y, si no le ponía remedio a esta situación, de forma inmediata, podría perseguirme durante el resto de mi vida.

—Yo... —El corazón se me aceleró, me temblaron las piernas y el miedo se apoderó de mí.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, es que... Esto no debería haber pasado —respondí, recogiendo mis pertenencias desperdigadas por toda la habitación.

Cogí el vestido y la llave salió rebotando de en medio. La recogí y la contemplé con atención.

—Te das cuenta de que esa llave es de la suite de enfrente.

El joven alfa estaba detrás de mí, observando mis manos. Y, de algún modo, el calor de su cuerpo, su olor y el hecho de estar tan cerca hicieron que me viniera a la mente un vago recuerdo.

—Es culpa tuya. Dejaste la puerta abierta.

—Tú entraste en mi habitación, te comportaste como una lunática, empezaste a decir cosas sin sentido y después te me echaste encima —argumentó mientras las mejillas se le ponían rojas y una vena abultada le palpitaba en medio de la frente—. Reconozco que fui débil y me dejé llevar por... —Cerró la boca y la apretó tanto que su fuerte mandíbula pareció más afilada y robusta—. ¡Olvidalo!

—¿Te dejaste llevar por tus instintos? No digas tonterías —repliqué.

Sacudió la cabeza y metió toda su ropa y accesorios en la maleta.

—No pienso continuar con esta conversación. Sal de mi habitación.

—No lo pillas, ¿verdad? Si alguien me ve salir de aquí sin mi vestido...

—¿Se lo contarán a tu novio? ¡Qué pena más grande!

—¡No seas imbécil! Podrías fastidiarme la vida aún más de lo que ya está.

—No más de lo que me fastidiarías a mí la mía. No es común que un alfa eche un polvo con un miembro de otra manada —dijo pasándose las manos por la cabeza—. Mi padre se pondrá furioso y los ancianos nos castigarán a Chloe y a mí. Será desdichada de por vida por mi culpa.

—Te estás escuchando a ti mismo... tus quejas no son nada comparadas con lo que me harán a mí —repliqué, apretando los puños con tanta fuerza que la sangre dejó de fluirme por las manos y el estómago empezó a revolvérseme—. Me echarán de la manada. Esta es la excusa perfecta para...

—¿Estás segura? —El corazón se me detuvo al oír la voz de Alston por el pasillo—. ¿O este es otro de tus trucos?

—Juro por la diosa que está aquí —replicó Linda.

Mi hermana estaba aquí con mi novio, buscándome. Seguramente que me había estado buscando, y lo estaba trayendo a la habitación en la que se suponía que yo estaba.

—Quién...

—¡Shhhh! No digas nada, no respires, no hagas ruido —susurré, cortando el paso al hombre que tenía cerca—. Yo me encargo.

Abrí la puerta con cuidado y salí al pasillo por la abertura para evitar que me vieran Linda y mi novio.

Ellos estaban al otro lado del pasillo, a unos tres metros, que es la distancia que hay hasta la puerta del ascensor. Mi hermanastra le susurraba algo al oído a mi novio mientras comprobaban los números de las habitaciones.

—Linda, Alston, estoy aquí —anuncié.

Ambos se quedaron paralizados como si hubieran oído a la mismísima muerte. Se giraron al mismo tiempo y mi hermana me escrutó con la mirada.

—¿Qué haces vestida así? ¿Dónde está tu vestido? —dijo con un tono amargo en la voz.

—Es una larga historia...

Linda le soltó la mano a mi novio, echó a andar hacia mí con pasos largos y abrió los brazos.

Un abrazo es exactamente lo que necesitaba, aunque viniera de ella. Pensé.

Se detuvo a un paso, y yo ya estaba preparada para su abrazo, pero ella cambió su expresión alegre por una de severidad. Su mirada se volvió fría y me arreó una fuerte bofetada.

—Te lo dije, estaba con otro.

Mi novio me fulminó con la mirada y negó con la cabeza.

—Tenías razón, después de todo.

Sentí la cara entumecida por la fuerte bofetada mientras saboreaba mi propia sangre.

—¿Qué significa esto? —pregunté.

—¿No lo ves? —ladró Linda—. He venido a demostrarle a Alston que eres una puta barata.

El golpe me dolió, pero más me dolió la forma en que mi novio me miraba como si no me reconociera.

—Es un malentendido —le aseguré.

—¿Me estás diciendo que si entro en esa habitación no voy a encontrarme a Sam? —Ella enarcó la ceja y miró la puerta entreabierta como si esperara que alguien fuera a salir de ella—. ¿Es que tengo que hacerlo todo yo?

Mi hermanastra dio un paso adelante y yo me interpuse en su camino.

—¡No vas a dar ni un paso más! —la desafié.

—No recibo órdenes tuyas —replicó con un tic en la nariz y los dientes apretados—. Quítate de en medio o te aparto yo misma.

—Atrévete.

—Cathy, haz lo que dice tu hermana o yo mismo te quitaré de en medio —me advirtió Alston sin un ápice de duda en la voz.

—¿Te pones de su parte? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta.

—Linda y yo llevamos viéndonos un tiempo... —confesó—. Ahora es ella mi compañera, es con quien de verdad quiero estar.

Linda rio con aire victorioso, con una expresión deslumbrante y un orgullo que le rebosaba por todos los poros.

—Así es, se merece estar con alguien de su nivel y no con una bastarda.

El corazón se me rompió en pedazos. Intenté asimilar lo que estaba pasando, pero era demasiado para mí, sobre todo en ese momento.

—Tú has preparado todo esto. Me tendiste una trampa —dije sin filtros.

—No sé de qué estás hablando.

Linda siempre había sido una mentirosa nata y tiene la habilidad de jugar con la mente de las personas hasta el punto de que empiecen a dudar de sí mismas. Siempre se sale con la suya de una forma u otra.

—No culpes a tu hermana de tu insolencia —Alston se puso a su lado y le cogió la mano—. No eres más que una mentirosa.

Mi hermana me miró y esbozo una sonrisa triunfante antes de abrazar a Alston y enterrar la cara en su pecho.

—Me odia. Siempre intenta hacerme quedar mal —dijo con falsa tristeza.

—Eso no es cierto, sabes que no es cierto. —Me volví hacia mi novio—. Alston, lo sabes todo sobre mí. Sabes el infierno por el que he pasado.

—La verdad es que no. Todo lo que me has contado han sido mentiras para me compadeciera de ti —afirmó.

—¿Estás escuchando lo que dices?

Me sentía triste y frustrada, pero sobre todo enfadada, no con Linda, sino conmigo misma por ser tan estúpida y confiar en ella. No debería haber bajado la guardia. Nunca se había mostrado atenta conmigo. Era sospechoso, pero, aun así, no le di importancia, y ese fue mi error.

—No la escuches. Sólo te dirá más mentiras para confundirte —dijo ella—. Pero eso se acabará hoy. Imagina cómo reaccionará la manada cuando se enteren de lo que hiciste y cómo afectará a nuestro padre que lo hayas deshonrado así en su cumpleaños.

—Cállate. No te voy a consentir ni una palabra más.

—No le levantes la voz así a...

Linda interrumpió a Alston acariciándole la mejilla.

—No, déjala hablar —continuó—. Es una cobarde. Ni siquiera su propia loba la reconoce, ni la manada. Por eso mi padre se avergüenza de ella y mantiene en secreto su identidad. Anda, hermana, corre a tu cuarto a crear una nueva fragancia inspirada en tu miseria. Es lo único que puedes hacer.

Las palabras de Linda eran precisas, cortantes e hirientes. Las decía con tanta naturalidad que parecía como si las hubiera ensayado.

—Zorra, siempre haces todo lo posible para hacerme la vida más miserable. ¿Nunca te cansas?

—¿Se aburre un lobo de cazar a su presa? —replicó—. Hay que recordarte cuál es tu lugar.

—¿Crees que no lo sé? ¿Crees que no sé lo que es vivir a la sombra mientras tu hermana la perfecta vive bajo los focos y la atención de todos? —Respiré hondo y presioné suavemente las yemas de los dedos sobre los conductos lagrimales hasta que pude continuar—. Toda mi vida ha sido un recordatorio constante de que no debería haber nacido.

Alston soltó a Linda e intentó dar un paso hacia mí, pero ella se lo impidió.

—¿No lo ves? Mi hermana sólo está actuando. —Se puso a aplaudir—. Casi me creo su numerito.

Apreté los puños y tensé la mandíbula con tanta fuerza que oí cómo me crujían los dientes. Cogí impulso y me abalancé sobre ella.

Linda se echó a gritar, mi novio se interpuso delante de ella y me paró los pies.

—No dejaré que le hagas daño —habló con agitación—. Es mi compañera y, además, es la heredera de la manada, muestra algo de respeto.

Linda aprovechó ese momento para ir hacia la puerta.

—Acabemos con esto.

—¡No, Linda, espera! —grité mientras me zafaba de mi novio.

Antes de que pudiera empujar la puerta, ésta chirrió y se abrió sola. En ese momento, simplemente cerré los ojos y me lamenté por lo que había ocurrido y por lo que sabía que estaba a punto de ocurrir.

—¿Qué demonios está pasando aquí? —El joven alfa se plantó firme e imponente en la puerta.

El rostro de Linda palideció y pude ver en sus ojos que no daba crédito a lo que veía. Alston, por su parte, dejó caer la mano y se quedó ahí inmóvil como si su vida dependiera de ello.

Linda intentó decir algo, pero no le salió una sola palabra.

Ahí de pie frente al heredero de la manada de Night, miré fijamente sus ojos negros y deseé que de alguna manera me hicieran desaparecer en sus profundidades por el resto de mis días.

Capítulo 4: No merece la pena

Cathy

—Estáis haciendo muchísimo ruido y no me dejáis descansar —dijo el joven alfa y vino a mi encuentro, ignorando a mi hermanastra y a Alston. Cuando llegó a mi altura, me cubrió el cuerpo con un abrigo aterciopelado de color gris, parecido al pelaje de un lobo.

—Lo siento Eric, no...

—¿Estás bien? —me preguntó sin prestar atención a las disculpas de mi hermana.

Me aferré al abrigo y dejé que su calor me arropase.

—Sí, genial —le mentí.

Linda no salía de su asombro, al igual que Alston.

—No malgastes saliva con ella —añadió Linda—. No es más que una bastarda y una mentirosa.

—¿De qué hablas? —le preguntó Eric con cara seria.

—Acaba de engañar a su novio —respondió—. Y de deshonorar a nuestro padre.

Eric nos miró a las dos, tratando de encontrar algún parecido, pero, aparte del color del pelo, Linda y yo éramos completamente diferentes.

—Entró en mi habitación por error y se quedó dormida en mi cama toda la noche. ¿Cómo pudo engañar a su novio mientras dormía? —intercedió.

—Eso no es posible. Vino aquí anoche y se metió en la cama con otro hombre. Estoy bastante segura de ello —afirmó—. No trates de protegerla, Eric.

Se me pasaban muchas cosas por la cabeza, pero una de ellas era cómo sabría Linda que esto iba

a ocurrir.

—¿Quién dice que la estoy protegiendo? —replicó—. Estoy diciendo la verdad. Pasó toda la noche conmigo.

Linda parecía estar impacientándose. No es la clase de persona a la que se pueda contradecir. Para mi hermana, su palabra es la verdad absoluta.

—Eric, bebiste demasiado. Cuando te dejé en la fiesta, estabas tan borracho que dudo que recuerdes con claridad lo que pasó anoche —replicó mi hermanastra—. No defiendas a esta escoria. Sólo se está haciendo la víctima.

—No voy a tolerar que le hables así en mi presencia —Eric alzó la voz—. Mucho menos si no tienes argumentos ni pruebas.

Por primera vez, alguien me estaba defendiendo, y era una sensación estupenda. Sentí que por fin tenía una ventaja a mi favor ya que, con Eric respaldándome, mi padre tendría que escucharme.

—Si no estoy en lo cierto, enséñame la llave y veamos si coincide con el número de la puerta —insistió Linda.

Puse la llave que me entregó en la palma de la mano para que todos pudiéramos ver el 301 grabado en ella.

—Ves, mi habitación es la 305. —Eric cerró la puerta y señaló el número tallado en la puerta de pino. La cara de confusión de Linda era aún más pronunciada que cuando vio a Eric salir de la habitación.

—No. Es imposible que esto haya pasado, yo...

El sonido de una puerta al abrirse resonó por el pasillo, llamando nuestra atención e interrumpiendo a Linda. Cuando miró de reojo como despreocupada, vio que era la 301.

—Me pareció oír tu voz, jovencita. Me preguntaba cuándo aparecerías —dijo Sam, un hombre que tendría unos cincuenta años, pero que tenía unas pintas tan horribles que parecía mayor. Era el conserje del hotel y uno de los pocos humanos que conocía la existencia de los cambiaformas. Ha trabajado devotamente para nosotros toda su vida, como lo hizo su padre y como lo harán sus hijos—. Me quedé despierto toda la noche, como acordamos, esperando a la chica, pero nunca apareció.

Linda se puso roja y apretó los puños con tanta fuerza que le crujieron los nudillos.

—¿Por qué no me avisaste...? No debería haber confiado en ti. Después de todo, no eres más que un humano. Tu especie es de lo más inútil y repulsiva —ladró sin medir sus palabras—. Debería echarte a patadas del hotel.

Sam empezó a sudar y su expresión cambió por completo. El hombre se había enfadado y, aunque Linda era temible cuando se cabreaba, él se mantuvo firme.

—Eso no formaba parte de lo que tenía que hacer, teníamos un trato y yo hice mi parte. No me importan tus problemas ni tus excusas —añadió—. Lo único que me importa es saber dónde está el dinero. No me iré hasta que no me pagues.

Linda se enfadó más y, si no fuera porque estábamos nosotros presentes, apuesto a que se habría transformado y hecho trizas al pobre hombre.

—No te voy a dar ni un centavo. Eres un inútil —dijo con desespero—. Tú y tu mujer pagaréis por esta insolencia, recuerda mis palabras.

El ambiente se volvió tenso. Eric se limitó a observar lo que ocurría y a sacar sus propias conclusiones. Se podía palpar la desaprobación en sus ojos por la actitud de mi hermanastra. La miraba como si estuviera viendo a una persona completamente distinta y, en cierto modo, le asqueaba su actitud insolente y arrogante.

—Linda, tienes que tranquilizarte —le dijo Alston apartándole un mechón de pelo que le caía sobre la cara—. Este no es el momento ni el lugar adecuado.

Le estaba hablando prácticamente pegado a ella. Nunca pensé que los dos pudieran llevarse así de bien. De hecho, en alguna ocasión, Alston me comentó que mi hermana le daba miedo y que, por todo lo que le había contado de ella, nunca podría ser su amigo.

El hombre de mediana edad se quedó en la puerta, mirándome con enfado como si me culpara de lo que había pasado.

—Estoy bien —respondió Linda—. Es sólo que detesto la incompetencia.

Todo cobró sentido en mi cabeza a medida que mi mente se despejaba, y pude recordar algunas cosas de la noche anterior en el salón: el vino, su amabilidad y su insistencia en acompañarme a buscar a mi novio. Podría apostar a que en todo momento había tratado de evitar que me

encontrara con él. Lo planeó todo desde el principio, estoy segura de ello. No es sólo una suposición.

—¿No lo ves? —le grité a Alston—. Ella lo planeó todo. Te ha estado manipulando todo este tiempo. Esta arpía es el verdadero enemigo.

Alston apartó su mirada de la mía y se volvió hacia mi hermanastra.

—No quiero estar aquí, vámonos.

Linda negó con la cabeza.

—Yo no me voy a ninguna parte —añadió—. Nunca me han derrotado y, desde luego, no voy a dejar que sea ella quien lo haga.

—Linda, tú y yo estamos juntos. No tienes que demostrarme nada. Te creo —respondió—. Nada hará que cambie lo que siento por ti.

El corazón se me partió en dos al oír esas palabras salir de su boca. Había estado viéndose con Linda a mis espaldas. Ahora no podía evitar preguntarme si me había querido al principio o si todo había sido un plan de ella para tenerme vigilada.

—No puedes entenderlo —argumentó ella—. Lo único que te pido es que te quedes aquí conmigo, nada más.

Él asintió y se cruzó de brazos en un intento de parecer más seguro.

—Alston, por favor, escúchame —le imploré, pero por más que intentaba captar la mirada de mi novio, no había manera, me rehuía—. Eres despreciable —le dije a Linda, yendo a por ella—. Esta vez no te saldrás con la tuya y haré que todos vean cómo eres realmente.

—Siempre me salgo con la mía —respondió ella, apoyándose en el antebrazo de Alston—. Hace más de un mes que él y yo salimos a tus espaldas. Me lo ha contado todo sobre ti, y ahora más que nunca, estás en mis manos.

—Señoritas, así no se arreglan los malentendidos, y menos cuando hay un humano en nuestra presencia —intervino Eric.

—No me iré de aquí hasta que me des mi dinero —chilló Sam desde la puerta del dormitorio.

Si las miradas mataran, el viejo Sam probablemente ya no estaría con nosotros.

—Vete de aquí. El dinero está en tu taquilla —murmuró—. Y será mejor que lo uses para desaparecer de nuestro territorio—.

Sam se sacudió la ropa y se apresuró a bajar las escaleras mientras sus zapatos de goma chirriaban con cada paso que daba hasta que el sonido se desvaneció.

—Se lo contaré todo a mi padre, le diré la verdad —la amenacé—. No hay manera de que te vayas de rositas esta vez.

Mi hermanastra sonrió con ligereza y se acercó más a Alston.

—¿Estás segura de que quieres intentarlo? Las dos sabemos cómo acabará el asunto, ¿no?

La sangre se evaporó en mis venas y los músculos se me tensaron. Apreté la mandíbula y me detuve frente a ellos.

—Esta vez, no me vas a engañar, no me voy a dejar enredar por ti.

—Como quieras, pero no digas que no te lo advertí —replicó ella—. Cathy, eres una donnadie. Sólo unos pocos saben que en realidad eres la hija de nuestro padre, y no sabes hacer nada más que experimentar en tu habitación con esencias y crear perfumes que nadie usará jamás. Yo, en cambio, soy la heredera, la verdadera hija del alfa y su luna. No hay manera posible de que puedas vencerme en ningún terreno.

Eric me lanzó una mirada como si estuviera viendo a un pájaro con un ala herida. La misma mirada lastimera que me dedica todo el mundo.

—No voy a quedarme aquí —dije.

Me dirigí a las escaleras y empecé a bajar peldaño a peldaño, pensando en las palabras que le diría a mi padre.

—¿Dónde te crees que vas? —preguntó Linda, empujándome.

Linda no medía sus fuerzas, y lo que para ella era un pequeño roce, para mí era como si me hubiera atropellado un camión. Intenté sujetarme, pero no fui lo bastante rápida. Caí y me golpeé el costado en los últimos escalones hasta que me detuvo la pared.

—¿Estás bien? —Eric se abrió paso entre Linda y Alston y se agachó a mi lado, tendiéndome la mano—. ¿Estás herida?

No podía enfocar la mirada y lo veía todo un poco borroso. Me dolían las piernas, sobre todo las rodillas. Además del costado y la cabeza.

—¡Déjame en paz! —le grité—. No quiero tu compasión. —No medí mis palabras y dejé que mi temperamento me controlara.

—¿Lo ves? Es una zorra desagradecida. —Linda aprovechó para soltar su veneno—. Odio tener que decírtelo otra vez, pero no vale la pena que malgastes saliva con ella.

Esas palabras las llevo oyendo toda mi vida, y las odio más que a nada. Me levanté del suelo, fingí estar bien y enderecé la espalda todo lo que pude.

—Quieres que las cosas sean así... pues así serán.

Me abalancé sobre Linda y le clavé las uñas en los brazos, sentí que le desgarraba la carne y ella gritó de dolor.

—¡Maldita zorra! —me gritó—. Te voy a matar.

Me dio un puñetazo en el estómago que me dejó sin aire. Intenté mantenerme en pie, pero su fuerza era superior a la mía. Eric me atrapó antes de que cayera al suelo y me sujetó con fuerza.

—Dejad de pelearos. No dejaré que os matéis —habló con su voz profunda—. ¡Llévatela de aquí! —le ordenó a Alston.

Linda se miraba las heridas con rabia.

—No te pongas de morros, te curarás enseguida —le dije.

Nunca me había atrevido a enfrentarme a ella, y mucho menos a atacarla, y me sentí genial al hacerlo.

—Lo sé —dijo—, pero me pregunto si tú también te puedes curar como los nuestros o como un humano. Averigüémoslo.

Linda tomó impulso para echárseme encima con ojos cargados de ira, como los de un lobo

sediento de sangre. Alston la sujetó por el brazo derecho y evitó que me atacara.

—Linda, ya basta —la reprendió—. Si no te vienes conmigo, te sacaré de aquí a la fuerza.

Ella gritó con todas sus fuerzas, se asemejaba más a un gruñido que otra cosa.

—¡Suéltame! —le gritó y se zafó de sus brazos empujándole con bastante fuerza—. ¡Voy a matarte! —gritó corriendo hacia mí y enseñándome sus dientes afilados.

Comportaos. No quería inmiscuirme en vuestras riñas, pero ya habéis agotado mi paciencia. Os quiero a las dos en mi despacho de forma inmediata, y si alguna se niega, iré a buscaros yo mismo. Mi padre utilizó su telepatía y nos dio una orden alfa, que era imposible de ignorar.

Capítulo 5: Para enmendar mi error

Cathy

Alston y Eric también pudieron oír la orden. Mi padre se aseguró de ello. No me sorprendería que toda la manada la hubiese oído.

—Estás jodida —me provocó Linda.

Su cara roja irradiaba un vapor casi imperceptible. Estaba furiosa. No por el hecho de que requirieran nuestra presencia en el despacho, sino porque no podía pegarme, y para mí, verla así de frustrada era una victoria pequeña pero significativa.

—Estamos a punto de averiguarlo —respondí.

Linda bajó las escaleras y me ignoró por completo. Alston hizo lo mismo.

—Tenemos que irnos —le dije a Eric.

—Espera. —Me detuvo—. No tienes buen aspecto. Deja que te revise.

El heredero de la manada de Night inspeccionó cuidadosamente mis piernas hundiendo las yemas de sus dedos en mi piel, primero en la rodilla y luego en el muslo donde me había golpeado al caer.

—Joder, duele. —Me mordí la lengua y contuve las ganas de gritar.

—Lo siento, no pensé que te fuera a doler tanto —continuó—. ¿Por qué no te estás curando? —preguntó, rascándose la barbilla como si tratara de descifrar lo sucedido.

Inspiré hondo y reuní el valor que necesitaba.

—No soy como los demás. Mi loba no me reconoció —le dije—. Soy un cambiaformas, pero sin la habilidad de cambiar, una desgracia para los míos.

Entornó los ojos y estuvo a punto de lanzarme otra de sus miradas de lástima, pero se contuvo.

—Entiendo. He oído hablar de unos pocos casos como el tuyo —dijo con optimismo—. Algunos tardan más, pero consiguen comunicarse con su lobo, algunos otros nunca lo consiguen, pero desarrollan otras habilidades, no te sientas menos que los demás. Tienes un valor que muchos cambiaformas no tienen.

Sus palabras fueron como una manta caliente en pleno invierno. Me arropaban y me llegaban al alma.

—Gracias, nunca nadie me había dicho algo así. Siempre me han hecho sentir que...

—No tienes valor alguno —completó mi frase—. Me he dado cuenta por la forma en que tu hermana te habla. No te mereces que te traten así. Después de todo, eres la hija del alfa. Tienes los mismos derechos que ella. Nunca lo olvides.

Cuando terminó de examinarme la cara, acercó su cara a la mía para mirarme directamente a los ojos, como si buscara una respuesta.

—Siempre te estaré agradecida por lo que has hecho hoy —le dije.

No apartó la mirada, simplemente asintió. Mi cuerpo se estremeció y una extraña sensación empezó a recorrerme la espalda, parecida a una descarga eléctrica que se dispersaba por cada célula de mi cuerpo. Algo que nunca había sentido antes.

—Deberíamos ir yendo. Hemos tardado demasiado tiempo —dijo Eric, apartando la mirada de mí—. ¿Dónde está ese despacho?

Escuché su pregunta, pero me perdí en el limbo. Su mirada me había dejado en un estado de inercia en el que sólo podía pensar en una posible respuesta a ese sentimiento.

—¡Eh! ¿Estás bien? ¿Fue muy fuerte el golpe? —preguntó.

Sacudí la cabeza para poder concentrarme en la situación presente.

—Sí, claro. Al despacho. Sígueme.

Bajé las escaleras con Eric detrás de mí, y me sentí un poco extraña porque, aunque no pronunciábamos palabra alguna, podía sentir la presión de su mirada sobre mí y, cuando me di la

vuelta, apartó la vista rápidamente.

—Dame cinco minutos —le dije, haciendo una parada frente a mi habitación—. No puedo ir al despacho con estas pintas.

Asintió y se apoyó en la pared.

—No tardes mucho, ¿vale?

—¡Vale!

Entré en mi pequeña habitación y corrí directamente al baño. Abrí el grifo, me llené las manos de agua y me salpiqué la cara. El agua estaba helada y me ayudó a volver en mí. Me miré en el espejo y no me reconocí. Lo más extraño era que no tenía nada de diferente, aparte de unos pequeños arañazos en la cara y el pelo despeinado.

Decidí no darle importancia y me apresuré a cambiarme de ropa.

Se los devolveré más tarde, pensé, tirando el abrigo y la camisa de Eric sobre mi cama desordenada, sabiendo que podría ser una excusa para volver a verle.

Abrí el armario. No tenía mucho donde elegir, así que cogí unos vaqueros azules, una blusa blanca y unas zapatillas cómodas, me vestí y, mientras lo hacía, observé lo que me rodeaba y reconsideré las palabras de Eric.

¿Por qué vivo así si soy la hija del alfa? ¿Por qué mi armario está casi vacío? ¿Y por qué debo conformarme con la habitación de la criada cuando el hotel tiene habitaciones mejores? Esas y otras preguntas me rondaban por la cabeza mientras inspeccionaba los rincones de mi pequeña habitación blanca, amueblada con sencillez, con nada más que una cama pequeña, una mesilla de noche y un viejo armario de madera.

—Estoy lista. —Salí de la habitación y Eric me recorrió con la mirada.

—Pareces... distinta —dijo después de meditar sus palabras.

—Es la hora —le dije—. Tú sígueme la corriente, ¿vale?

Asintió y me siguió.

El entorno del despacho era exquisito a la vista, una verdadera obra de arte. Era de caoba y tenía una talla de un lobo gris cabalgando sobre una colina y debajo las siluetas de su manada. Antes incluso de poder llamar a la puerta, ésta se abrió.

—Te estábamos esperando —dijo mi padre, sentándose en su silla.

Lissandra, la luna de mi padre, esperó a que entráramos y cerró la puerta tras nosotros. En cuanto me vio, sentí el peso de su mirada sobre mí.

El despacho era amplio, con una cristalera que permitía observar todo el paisaje. Había un escritorio de la misma madera que la puerta, que combinaba a la perfección con la estantería llena de libros que había detrás y la silla acolchada con cojines rojos. Delante, mi padre y Alston estaban de pie junto a Linda, que ocupaba una silla, y Lissandra se apresuró a sentarse en la otra junto a mi hermanastra.

—Sabes por qué estás aquí —habló mi padre—. No apruebo ese tipo de comportamiento en mi manada, mucho menos entre mis hijas.

Mi padre rara vez se refería a mí como su hija, y mucho menos si había alguien de otra manada presente.

—Padre, el tema es...

—Silencio, Cathy, tu padre está hablando, no le interrumpas —me cortó Lissandra.

—Muchas gracias, mi amor —le dijo mi padre y se aclaró la garganta—. Como te decía, este tipo de comportamiento daña la armonía del lugar. Además, si alguien os hubiera visto, ¿qué pensaría de nosotros?

—Que somos unos salvajes —añadió Linda.

—Excelente respuesta, hija, y no somos un grupo de bestias salvajes —continuó—. Somos una familia.

La actitud de mi padre empezó a parecerme un tanto sospechosa, ya que no me incluía en su familia, no a menos que fuera cien por cien necesario.

—Padre, Linda me tendió una trampa. —Alcé la voz para que pudieran oírme.

La habitación se quedó en silencio y busqué la mirada de Alston en busca de apoyo. Aunque ya no me quería, había oído la verdad. Pero Alston desvió la mirada y apoyó la mano en el hombro de Linda, dejándome claro el mensaje: estaba de parte de mi hermanastra.

Eric se encontraba detrás de mí y se limitaba a observar a mi padre con respeto. No noté ni una pizca de miedo en sus ojos, pero aun así no se atrevió a expresar su opinión por el simple hecho de que estaba en el territorio de mi padre y no quería faltarnos al respeto.

—Linda me echó algo en la copa, y...

—¡Para ahí! Ese no es un asunto importante ahora mismo —alzó la voz mi padre, cortándome de inmediato. Sus órdenes eran imposibles de ignorar y, además, yo me sentía abrumada por la situación—. Sé lo que ha pasado entre vosotros dos. —Se levantó de la silla y se acercó a Eric y a mí—. Y espero que podamos llegar a un acuerdo.

Linda tenía una sonrisa triunfante en la cara mientras Lissandra le frotaba la mano y me miraba con frialdad.

—¿De qué estás hablando? —le pregunté.

—No te hagas la tonta, Cathy —añadió—. Sabes de lo que hablo.

Antes de que pudiera formular una respuesta, Eric se adelantó y se puso a mi lado.

—Lo siento mucho. No tengo ninguna excusa —confesó Eric—. Todo fue culpa mía y estoy dispuesto a asumir las consecuencias de mis actos.

—¡Eso no es verdad! Es culpa mía, padre —intervine—. Si alguien debe cargar con la culpa, soy yo. Entré en la habitación equivocada.

—No hay nada que lamentar —dijo mi padre—. Es una oportunidad de oro, ¿no lo ves?

No podía creer lo que estaba oyendo, la reacción de mi padre no era en absoluto a la que yo estaba acostumbrada. Su tono era duro, pero no severo, y esta vez su mirada se dirigía directamente a la mía y no al suelo como hacía habitualmente.

—No lo pillo —añadí.

—De verdad... ¿se puede ser más tonta? —Linda aprovechó la oportunidad para atacar.

—¡Cierra el pico! —respondí.

—Chicas, por favor, dejad de comportaros como niñas. Esta situación nos beneficia a todos —aseguró mi padre.

Lissandra posó la mano en la pierna de Linda y le dio un ligero apretón, e hizo una mueca con la boca.

—¿Qué propones? —Eric inició la negociación—. Podemos negociar recursos, o incluso...

—Un matrimonio, ¿por qué no aprovechar esta situación para unir más a las manadas? —dijo mi padre entrelazando los dedos—. Podemos llevar a cabo una ceremonia y casaros delante de la luna llena y así pedir a la diosa que una vuestros corazones como compañeros.

Se me paró el corazón en seco y sentí que el suelo desaparecía bajo mis pies. Me sentí flotar en el aire sin un punto de apoyo y con mucho miedo. No por mí, sino porque, por mis acciones, ahora Eric se vería obligado a aceptarme como su compañera.

—No, no lo aceptaré —alcé la voz y sentí la mirada fulminante de todos los presentes—. No voy a obligar a Eric a vincularse a mí.

—No estás pensando bien las cosas —añadió Lissandra—. Escucha primero.

Mi padre se acercó y se encaró a Eric, dejándome a un lado para fulminar con la mirada a los dos imponentes alfas.

—No escuches a mi hija. Esto es entre tú y yo. Piensa en el futuro de nuestra especie, tenemos que permanecer juntos. —Mi padre jugó esa carta a su favor, pero Eric negó con la cabeza.

—Me siento halagado —dijo—. Tu hija es una mujer hermosa y, aunque sería lo correcto, me temo que no puedo aceptar tu oferta.

La confusión se dibujó en el rostro de mi padre.

—¿Por qué no puedes aceptarla? —preguntó con calma.

—Porque ya tengo una compañera y estamos comprometidos —confesó Eric—. Ha sido un error que lamento mucho y que arrastraré siempre conmigo. Espero que esto no afecte a nuestro pacto y a la relación entre las manadas.

Mi padre volvió a su asiento rascándose la barba recién afeitada con la mano.

—Puedo ofrecerle joyas a tu hija. Joyas de gran valor para compensar mi atrevimiento —insistió Eric.

Mi padre asintió.

—No puedo obligarte a renunciar a tu compañera. Es una unión sagrada que no puede alterarse. Además, no pondré fin a tantos años de paz por un malentendido. Aceptaremos tu ofrenda como símbolo de tu generosidad —anunció mi padre, volviéndose hacia mí y cambiando su expresión por la fría y descuidada que acostumbraba adoptar—. Podéis retiraros.

Sentí un alivio momentáneo y, sin dudarlo, salí pitando del despacho.

—¡Espera! —Eric me cogió de la mano—. ¿Podemos hablar? En privado.

Su mano era áspera y firme, mucho más grande que la mía, pero de algún modo encajaba perfectamente con la mía.

—Claro —respondí y me dirigí al exterior del hotel.

Elegí la zona de la piscina porque estaba desolada. En el hotel solo había huéspedes hombres lobo de otras manadas debido a la fiesta, y ya estaban a punto de marcharse a sus respectivos territorios.

—Lamento lo que he dicho ahí dentro. No me arrepiento de lo que pasó, pero ya tengo un compromiso y...

—No tienes nada por lo que disculparte —le interrumpí—, podría haber sido peor.

Asintió y buscó las palabras en su cabeza.

—Te enviaré lo más caro que encuentre, las mejores joyas de la mejor calidad —me aseguró.

—No necesito joyas —le dije.

—Aun así, te las enviaré. He hecho una promesa. —Esas fueron sus últimas palabras para mí. Después, sin saber qué más decir, entró en el hotel, y yo me limité a verle alejarse, dejándome con una sensación de soledad.

¿Cómo puedo echar de menos a alguien a quien apenas conocía?, me pregunté, sabiendo que tal vez nunca sabría la respuesta.

Capítulo 6: De vuelta al infierno

Cathy

Pittsburgh era una ciudad preciosa, y si pudiera elegir un lugar, me quedaría aquí, pero cuando el último huésped abandonó el hotel, recogimos nuestros bártulos esenciales y nos preparamos para irnos a nuestro hogar en Filadelfia.

—Tenemos que hablar —Lissandra me cortó el paso escaleras abajo.

Lissandra nunca me quiso, no diría que me odiaba, pero tampoco hay palabras para describir lo que sentía por mí.

—No quiero hablar —le dije, rodeándola.

—No es una sugerencia, es una orden —contestó, volviéndose hacia mí—. No sé de qué iba todo eso, pero no quiero escuchar ni una sola palabra más sobre lo que pasó anoche.

—Como quieras —dije como si no me importara.

—La próxima vez no te lo pediré amablemente —me advirtió.

Me encogí de hombros y seguí mi camino con una pequeña bolsa donde guardaba el abrigo gris y la camisa azul de Eric.

—¿Estáis todos listos? —preguntó mi padre.

—Casi —dijo Linda agitada mientras Max, su guardaespaldas, cargaba con tres maletas llenas de ropa y quién sabe qué más.

Como era costumbre, nos dividieron en coches separados. Era una medida de seguridad para proteger a la prole del alfa.

Mi padre y Lissandra iban en un coche, Linda en otro acompañada de Max, dos guardias más y

el chófer, y yo en el último, escoltada por Morgana y nuestro chófer Taylor, que era su amigo con derecho a roce.

—No tenemos todo el día, princesa —bromeó Morgana, abriéndome la puerta del coche—. Tenemos que ponernos al día.

Subí al coche negro, Morgan entró detrás de mí y cerró la puerta.

—¿A qué estamos esperando? —pregunté.

—A que tu padre dé la orden —explicó Taylor, enseñándome el comunicador.

Mi padre dio la señal y salimos en caravana hacia la carretera principal que une la ciudad sobre el agua con el resto. El paisaje era precioso, con los altos edificios y las originales estructuras, para luego adentrarse en el espeso bosque que rodeaba los ríos.

—Cuéntame cómo acabaste en la cama de Eric —me preguntó emocionada.

—No me apetece hablar de ello —le dije, reprimiendo mis emociones.

—De eso nada, zorra, tienes que contármelo todo con detalle. Es lo menos que puedes hacer.

Respiré hondo para poner en orden mis pensamientos y le conté lo del vino adulterado y cómo perdí el conocimiento de repente para despertarme en la cama del heredero de la manada de Night.

Me escuchó atentamente y los ojos le brillaron incluso cuando le conté la parte en la que Alston había roto conmigo.

—No te merecía —me dijo—. Te dije muchas veces que te merecías a alguien que compartiera tu ambición, no a un mocoso malcriado.

Yo iba mirando por la ventanilla, el resto de coches nos seguían de cerca. Atentos a todo lo que ocurría a nuestro alrededor. Para mí era una tontería porque desde que se oficializó la alianza entre las manadas cesaron las guerras y todo se resolvía por medio del consejo de ancianos. Estábamos en una época muy civilizada en la que cada manada importante acogía un estado como territorio y se encargaba de mantener la paz en él entre los suyos y las pequeñas manadas que habitaban sus dominios.

Mi padre, el alfa de la manada de Sith, era el alfa de Pensilvania y uno de los más poderosos y respetados entre los demás alfas.

—Puede que tuvieras razón después de todo —le dije, aun sintiéndome fatal por ello.

No sólo por la ruptura, sino porque no podía sacarme a Eric de la cabeza.

Tras un largo y tedioso viaje en coche, llegamos a la calle W Rockland de Filadelfia, donde se encontraba nuestra casa. Nicholas Sith, mi padre, era conocido entre los humanos como un hombre de éxito y el dueño de casi toda la ciudad. Para los humanos, mi padre era un hombre de negocios más, y nuestra identidad como hombres lobo les era desconocida.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Morgan, señalando mi bolsa.

—No, esto no pesa nada —le contesté a mi amiga.

—Lo sé, sólo hago mi trabajo —respondió seria, y fue entonces cuando sentí la presencia de su padre, el jefe de seguridad.

Se cruzaron miradas y comprendí que tenían asuntos pendientes. Probablemente fue por lo de darme su vestido, o tal vez estaba siendo un poco paranoico.

—Cathy, ha llegado un paquete para ti. Lo he dejado sobre tu cama —me avisó una de las criadas.

Estaba esperando respuesta de una perfumería de Los Ángeles a la que había enviado una muestra de una fragancia que había creado, la respuesta debería haber llegado hace semanas, pero no había tenido noticias, así que desistí.

Subí las escaleras de madera y crucé el estrecho pasillo hasta llegar a mi habitación. Sobre mi cama había un paquete envuelto en cinta adhesiva y bolsas negras. Lo cogí, pesaba. Lo sacudí, pero no se oyó ningún ruido extraño.

Es demasiado embalaje para una carta, pensé, y me apresuré a rasgar el envoltorio con las tijeras romas que guardaba en el único cajón de mi vieja mesilla de noche.

Al rasgar el envoltorio, cayó una carta que decía: «estas joyas no son rival para tu belleza, Eric».

Sentí mariposas en el estómago y no pude evitar recordar su rostro apuesto, su voz grave y su

mirada intensa y suspiré, preguntándome si él también estaría pensando en mí.

Me impresionó la rapidez con la que había enviado el paquete. Para mí, no había forma posible de hacer tal cosa, pero alguien con su posición puede lograr lo imposible con un chasquido de dedos.

Dentro había tres cajas apiladas. En la primera había un collar de plata adornado con diamantes colgantes, que simulaban una lluvia. En la otra, un collar más sencillo, pero con una esmeralda en forma de corazón y, en la tercera, un par de pendientes de oro en forma de cilindro con incrustaciones de diamantes.

Me puse delante del espejo y me probé el collar y los pendientes. No podía creerme lo bien que me sentaban.

Era demasiado caro, Eric debía de haberse gastado una fortuna.

Mis pensamientos empezaron a volar y me imaginé una realidad diferente en la que Eric y yo nos conociéramos de otra manera y nos casáramos, una en la que esta joya no fuera un homenaje sino un regalo.

Linda entró en la habitación acompañada de una criada para que se llevara las cajas que había sobre la cama.

—Dame ese collar —exigió.

—Estás loca, no te voy a dar nada —le grité.

Linda se acercó y me arrebató el collar.

—Eres una hija ilegítima. Estas joyas no son para alguien como tú —gritó a su vez.

Intenté arrebatarle el collar de las manos, pero se lo dio a su criada y le hizo señas para que saliera de la habitación. Linda cogió entonces la carta y la leyó en voz alta.

—Debes haber hecho un buen trabajo en la cama —insinuó—. Bueno... su compañera es inválida, así que seguro que tú lo mantuviste más «entretenido».

Me empezó a hervir la sangre y quise abalanzarme sobre ella, pero sabía cómo iba a acabar la cosa, y esta vez no había nadie que me pudiera ayudar.

—Vete —le grité—. Ya tienes lo que querías, ahora déjame en paz.

Linda sonrió y tiró la lámpara al suelo antes de abandonar la habitación.

Me sentía frustrada, quería gritar, pero no podía porque alarmaría a la manada, y tampoco podía acusarla con mi padre porque acabaría apoyándola.

Me miré en el espejo, intentando averiguar qué me pasaba, y justo cuando estaba a punto de echarme a llorar, pude ver unos destellos de luz que me salían de detrás del pelo. Me aparté los mechones y vi los pendientes. Como quedaban cubiertos por el pelo, Linda no había reparado en ellos y tampoco se molestó en comprobar las cajas.

Me los quité rápidamente y los escondí en mi cajoncito, justo al fondo, donde sabía que nadie los encontraría.

Habían pasado unos dos meses desde la fiesta de mi padre. Me desperté por la mañana con mareos. Hacía semanas que había empezado a sentir náuseas y, por más medicamentos que me tomara, no desaparecían. Al principio pensé que era por la esencia que utilizaba para hacer los perfumes, así que empecé a utilizar mascarillas con filtro, pero no funcionó. Fui al médico, pero mis análisis no mostraron ninguna alteración ni nada fuera de lo normal.

—Me estás preocupando —dijo Morgan, dándome una palmadita en la espalda con cara de disgusto—. ¿Seguro que no estás...?

—No, ya te he dicho que no, además eso fue hace dos meses. Me habría dado cuenta si algo estuviera creciendo dentro de mi vientre —respondí, pero antes de poder discutir, volví a vomitar.

—Es mejor que lo sepamos con seguridad, ¿no crees? —me dijo.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que vaya al médico de cabecera a hacerme una prueba de embarazo? Si sale positivo, se enterará mi padre —le contesté—. Y la cosa no acabará bien para mí.

—Pero si no lo haces, no habrá forma de disimularlo. No se puede ocultar un vientre hinchado, y mucho menos un bebé —me dice.

Mi mejor amiga tenía razón, pero me negué porque temía que en realidad estuviera en lo cierto y yo estuviera esperando un bebé.

Morgan se fue a trabajar y yo me pasé el día encerrada en mi habitación con la excusa de que tenía una alergia terrible.

El día transcurrió lentamente, leí un libro, escribí en mi cuaderno diferentes ideas para nuevos perfumes y me perdí en mis pensamientos. Para cuando salí de ese trance, me di cuenta de que estaba escribiendo inconscientemente el nombre de Eric una y otra vez.

«Deja de pensar en estupideces», me reprendí a mí misma.

Empecé a trabajar en mis ideas para sacarme a Eric de la cabeza, pero cuanto más me obligaba a hacerlo, más difícil me resultaba olvidarle.

—¿Estás ahí? —Oí el susurro de Morgan desde el pasillo.

Abrí la puerta, pero ella la detuvo a la fuerza, dejando sólo una pequeña ranura entreabierta.

—Qué demonios...

—Shh, toma esto —me dijo, pasándome una pequeña bolsa de papel marrón—. Buena suerte.

Mi amiga se fue en silencio, y yo cerré la puerta con mucho cuidado para no hacer ruido.

Abrí la bolsa y vi dentro una prueba de embarazo, de esas en las que hay que orinar y esperar para ver el resultado. La puse sobre la cama y me paseé de un lado a otro, pensando en si hacerlo o no. Estaba nerviosa y ansiosa, no podía estar de pie, pero tampoco podía quedarme sentada mucho tiempo porque la ansiedad me mataba.

Cogí la prueba, fui al baño y seguí las instrucciones de la caja, la dejé sobre el lavabo y esperé impaciente hasta que por fin se reveló el resultado.

Me empezaron a temblar las piernas, se me nubló la vista y, por un momento, pensé que iba a perder el conocimiento.

¡Joder, me cago en todo, estoy embarazada!

No salía de mi asombro. Miré la prueba, pensando en que me había equivocado y a lo mejor había hecho algo mal. Intenté convencerme de mis mentiras, pero en el fondo sabía que era verdad.

Si mi padre se enteraba, lo utilizaría como baza a su favor para obligar a Eric a casarse y unir por fin ambas manadas y, si yo me negaba, las cosas podrían ponerse muy feas para el bebé y para mí. Además de que Lissandra podría utilizarlo como chantaje contra la manada de Night.

Me pasaron miles de escenarios por la cabeza y en todos ellos yo salía mal parada. Me senté en el suelo del baño para intentar calmarme, pero me resultó imposible. El corazón me iba a cien por hora y el ritmo de mi respiración me provocaba unos convenientes ataques de ansiedad.

No sabía qué iba a hacer, pero sí tenía clara una cosa: no podía quedarme aquí. Si me quedaba, mi vida y la del bebé estarían en peligro, y no dejaría que este ángel inocente corriera la misma suerte que yo y se viera denigrado por su propia familia.

No, no iba a permitir tal cosa.

Respiré hondo y me puse en pie. Fui a por el par de pendientes de oro que había escondido, los pocos objetos de valor que tenía y mi cuaderno. Los metí en mi pequeña mochila mientras contemplaba mi habitación por última vez y me despedía, sabiendo que nunca volvería. Si me descubrían, me matarían sin pensárselo dos veces.

Capítulo 7: Seis años después de mi huida

Cathy

La chica que era hace seis años cuando hui de mi manada ya no existía. Era una mujer completamente diferente; más decidida, con mucho más coraje y, el cambio más grande de todos, mi entorno me valoraba.

Con el poco dinero que me dieron tras empeñar los pendientes de oro, pude llegar a Nueva York, la ciudad donde los sueños se hacen realidad, pero también la ciudad donde vivía la manada de Eric. Era el lugar perfecto porque mi padre nunca me buscaría en el territorio de otra manada poderosa.

Aparte de algún cambio pequeño en mi aspecto, como cortarme el pelo hasta los hombros, vestirme más adecuadamente y copiar el acento de la región, también me cambié el apellido. Sith ya no me representaba, nunca lo había hecho, así que elegí North.

—Buenos días, señora North —me saludó la recepcionista de una de mis tiendas más importantes en Nueva York—. ¿Quiere que le prepare un té?

—Buenos días, Amanda —le dije—. No, pero muchas gracias.

Aquí la gente me trataba con mucho respeto. Yo era una chica que hace seis años salió de la nada para convertirse en una de las cinco empresarias con más éxito del Estado gracias a mi marca: North Fragrance.

La tienda era preciosa, tal y como siempre me la había imaginado. Suelos de porcelana blanca cromada, estanterías de cristal llenas de perfumes de todo tipo, creados por mí y adorados por mis clientes. Además, en cuanto la gente entraba en el local, las fragancias se entremezclaban en el aire dando la sensación de que estaban paseando por un campo de flores.

—Ayer tuvimos un día redondo. Un nuevo cliente se compró un perfume de cada, y se gastó una fortuna —dice Amanda, mientras me seguía.

—Buen trabajo, chicas. Os prometo que recibiréis una paga extra por eso.

Mi relación con mis empleados era excelente, yo siempre les motivaba y, a cambio, ellos hacían un trabajo extraordinario. Era la jefa que siempre había querido ser.

Los demás empleados guiaban a los clientes por la tienda, mostrándoles las fragancias y esparciendo algunas en el aire para que pudieran decidir cuál comprarse. Aunque, por lo habitual siempre acababan llevándose más de una.

Fui directa a mi despacho. Amanda cogió una carpeta llena de papeles de una de las mesas, la dejó sobre mi escritorio y abandonó la habitación con una sonrisa amable.

Esta era la parte más tediosa de mi trabajo, pero también la que me ayudaba a mantener el negocio a flote: revisar los informes de todas las sucursales repartidas por el país y de la nueva que había abierto en París hacía un mes.

Las ventas iban muy bien, y mi producto era reconocido por su originalidad y buena calidad, pero el más vendido cada mes era «Príncipe de la Noche», una fragancia a la que puse ese nombre porque me había inspirado en Eric y pensé que era un nombre de lo más apropiado.

A veces, me sentía culpable por tener un pretendiente, Larry, que era un buen hombre, pero que no me terminaba de gustar. No podía evitar compararlo constantemente con Eric. Larry era un hombre de negocios normal y corriente, estaba demasiado centrado en sus cosas y le interesaba poco formar una familia, lo cual era una señal de alarma para mí, que tenía un hijo, pero no podía dejarle tirado porque era un importante aliado en el negocio.

Estaba sumida en mis pensamientos cuando alguien llamó a la puerta de mi despacho suave pero insistentemente.

—Entra —le dije.

—Señora North, siento interrumpir —dijo Janna, otra de mis mejores vendedoras—. Ha entrado una clienta nueva. Acaba de llegar a la tienda y ha preguntado por usted en persona. Intenté convencerla de lo contrario, pero sigue insistiendo en verla.

Alcé una ceja y me asomé para ver a la misteriosa mujer que estaba de pie a la entrada de la tienda. Iba vestida de negro, llevaba unas gafas oscuras y tenía la tez áspera. Me di cuenta de que no era la clase de persona a la que se puede dar un no por respuesta.

—Yo me encargo —le dije a Janna.

Dejé caer la pila de papeles sobre el escritorio, me alisé las arrugas de la falda y fui a su encuentro.

—Así que usted es el genio detrás de estas maravillosas fragancias —habló la señora—. Encantada de conocerla. Me llamo Lydia Night.

El corazón se me detuvo por un momento al darme cuenta de que se trataba de uno de los miembros de la familia Night de la manada de Night.

—¿Se encuentra usted bien? —me preguntó.

—Sí, perdone. —Controlé mis emociones tanto como pude—. Es que llevo mucho tiempo sin ser yo quien se encarga de vender mi propio producto, y me he puesto un poco nerviosa.

Lydia se quitó las gafas y las guardó en el bolso.

—Me gustaría charlar un poco con usted. Tenía ganas de conocerla en persona y que me hablara de sus productos.

La mujer de la manada de Night no daba tanto miedo de cerca. Lo cierto era que parecía encantadora y cordial. Tenía el pelo castaño oscuro, la piel clara y sin más arrugas que unas pocas líneas de expresión que me indicaban que tenía más de cien años. Su complexión era ancha, pero se complementaba con su gran estatura, que le confería un aspecto imponente.

Me relajé, sabiendo que no había forma de que conociera mi identidad; dado que mi loba nunca llegó a desarrollarse, mi esencia era similar a la de un humano. Además, como siempre, mi padre me mantenía en las sombras, y nadie externo me conocía.

—De acuerdo, sígame. —La llevé a la zona de perfumes de lujo, donde le enseñé cada uno de ellos y le conté cómo me había inspirado para crearlos. No me quitaban el ojo de encima y parecía estar disfrutando de la visita.

—¿Y ése? —Señaló al que estaba al otro lado del expositor, donde estaba «El príncipe de la noche».

—Ese es un tanto personal, no me gusta hablar de ello —le mencioné, a lo que ella me dedicó una cálida sonrisa.

—Está bien, querida —respondió—. Muchas gracias por esta maravillosa visita guiada.

—El placer ha sido mío —respondí.

—Bueno, ¿dónde hago el pedido?

—Yo misma la atiendo. Dígame cuál quiere.

Señaló casi toda la colección de lujo e incluso pidió varios perfumes del mismo tipo. Tuve que tomar nota de todo, ya que el pedido era mayor de lo que esperaba y no tenía suficientes fragancias en stock.

—Tengo que ir a buscar algunos de los productos del inventario, pero volveré en un abrir y cerrar de ojos. —Le dediqué una sutil sonrisa.

Le echó un vistazo a su reloj y después a su teléfono, donde leyó un mensaje.

—Tengo que irme enseguida, es un asunto familiar —me hizo saber Lydia—. ¿Ofrecen servicio a domicilio?

—Sí, puedo enviarle el paquete a su casa.

—Estupendo, pero si no es mucho pedir, ¿podría entregármelo usted en persona?

Después de pensarlo unos instantes, asentí.

—Sí, usted deme su dirección y la hora a la que quiere recibir su pedido.

Lydia me dictó su dirección, se despidió del resto de las chicas y de mí y salió de la tienda con pasos urgentes hacia la entrada, donde la esperaba un chófer en un Rolls Royce gris. Allí me di cuenta de que debía de ser un miembro importante de la manada, como un miembro del consejo o incluso familia directa del alfa.

—¿Quién era esa mujer? —Amanda y Janna se acercaron con curiosidad.

—No tengo ni idea —les mentí—, sólo sé que tiene buen gusto para los perfumes.

Las chicas volvieron a su trabajo y yo me quedé en el despacho organizando la agenda para el resto de la semana y contando las horas para recoger a mi pequeño Elliot de la guardería.

Como Lydia quería su entrega para hoy, terminé de preparar su pedido y les pedí a las chicas que lo metieran en mi coche mientras llamaba a una niñera para que cuidara de Elliot mientras yo me ocupaba de entregar este particular pedido.

Cuando estuvo todo listo, fui a buscar a mi pequeño.

—¡Mamá! —gritó, corriendo hacia mí con los brazos abiertos.

Le di un abrazo y sentí cómo el corazón le latía con fuerza por el subidón de adrenalina que le estaba dando.

—Señora North —me saludó su profesora—. Aquí están las pertenencias de su hijo. —Me entregó la mochila y la fiambra.

—Muchas gracias. ¿Cómo se ha portado mi angelito?

La profesora miró a Elliot y sonrió.

—Elliot es el niño más inteligente que hemos tenido por aquí. Aprende muy rápido, se lleva bien con todos los demás niños y es un líder nato.

El corazón me saltó de alegría al oír sus palabras. Le di las gracias y me fui directamente a casa.

—¿Qué quieres comer hoy? —le pregunté a mi precioso niño.

—Cereales —respondió.

Me reí y sacudí la cabeza mientras lo llevaba dentro de casa.

—Tienes que comer algo más nutritivo, para que seas un hombre fuerte y autosuficiente que cuide de mí cuando sea mayor —le dije—. Sube y cámbiate de ropa mientras te preparo algo rico.

Asintió y subió corriendo a su habitación.

Elliot se parecía mucho a su padre. Cualquiera que lo hubiera visto una sola vez se daría cuenta de ello. Mi hijo tenía el pelo oscuro, la mandíbula fuerte, la espalda ancha y la piel clara. Lo único que tenía de parecido conmigo eran sus enormes ojos grises.

Preparé una ensalada de tomate, pepino y pollo a la parrilla y arroz de la huerta. Comimos y

esperamos juntos mientras esperábamos a la niñera.

—Mami, ¿tienes que ir a algún sitio hoy? —me preguntó mirándome con ojos de cachorrito.

—Sí, mi niño, mamá tiene que trabajar —le dije—. Pero Nani cuidará de ti, y le voy a dejar dinero para que te lleve al parque y te compre un helado.

—No vas a pasar la noche fuera como la última vez, ¿verdad?

—No, volveré antes de que te des cuenta de que me he ido —le aseguré—. Y te traeré un regalo.

Nani llamó al timbre entonces. La dejé pasar y aproveché para despedirme de Elliot y salir cuanto antes para no llegar muy tarde.

Ya había caído la noche y las calles estaban llenas de gente, por lo que me decidí por atajar por carreteras alternativas para evitar el tráfico, pero en Nueva York hay tráfico hasta en las aceras. Después de varias horas, llegué a la dirección de Lydia. Su mansión estaba lejos de la ciudad, y la propiedad era tan grande que se podría construir fácilmente una pequeña ciudad en ella.

Llegué a la entrada principal y me detuve a esperar a que me abrieran la verja.

—¿Es usted la Sra. North? —preguntó alguien por un transmisor.

—Sí, vengo a traer... —Antes de que pudiera terminar la frase, se abrió la verja y conduje directamente a la mansión.

En la entrada me esperaba Lydia, acompañada de un hombre vestido de negro. La mujer llevaba un atuendo blanco más informal.

—Hola, señora Night. Gracias por su compra —dije, bajando del coche y abriendo el maletero para que el joven pudiera descargar la mercancía.

—¿Le apetece un chocolate caliente? —me ofreció—. No debería conducir sola de noche, y aquí hay sitio de sobra para usted.

—No quisiera importunar —respondí.

—No es ninguna molestia, estoy muy sola aquí y me vendría bien un poco de compañía —insistió.

De algún modo, consiguió persuadirme y, antes de que me diera cuenta, estaba sentada con ella en su salón disfrutando de un chocolate con aroma a caramelo y unas nubes tostadas. La mansión era inmensa, y resultaría fácil perderse. Sus paredes eran blancas y estaban adornadas con obras de arte colocadas de forma estratégica para darle un aspecto elegante, había alguna que otra escultura artesanal, pero lo más curioso era el suelo de un color negro oscuro, pero con pequeños detalles en blanco que lo hacían parecer el cielo nocturno.

Lydia destapó las cajas y roció los perfumes uno a uno.

—Ha hecho un trabajo excelente, y en muy poco tiempo, tiene un talento excepcional.

—Muchas gracias. Me siento muy halagada.

—Siempre he querido hacer mi propio perfume, pero nunca supe cómo. Además, siempre estaba tan ocupada que pensar en ello era un anhelo inalcanzable —dice—. Pero ahora que mi hijo y mi marido se han ido de viaje de negocios y me han dejado sola, tengo tiempo para intentarlo. ¿Estaría dispuesta a enseñarme? Le prometo que le pagaré muy bien.

La propuesta era buena, no me resultaría difícil y, al mismo tiempo, podría aprovechar para descansar un poco del trabajo.

—Sí —respondí sin dudar—. ¿Cuándo podemos comenzar?

—¡Ahora mismo! —dijo eufórica—. Aquí tengo todo lo que necesitas.

Me gustaban los retos, y éste parecía ser uno, ya que nunca había enseñado mi proceso de creación a nadie. Pero si me quedaba, tenía que informar a Larry de que no nos veríamos mañana. Un hecho que me hacía sentir aliviada porque no me entusiasmaba la idea.

—Por suerte, les dejé las instrucciones y objetivos semanales a mis empleados, así que se las apañarán sin mí, pero sólo puedo quedarme unos días —dije—. Déjeme hacer unas llamadas y enseguida vuelvo.

Me dirigí a la puerta principal y me aseguré de que nadie pudiera oír la llamada que estaba a punto de hacer. Cogí el móvil y marqué el número de la niñera.

—¿Nani? Oye, ha habido un pequeño cambio de planes y tendré que quedarme a pasar la noche —le informé.

—Entendido, Sra. North. Puedo quedarme todo el tiempo que necesite —respondió.

—Por favor, dale un beso a mi niño por mí, y no le digas nada todavía —le pedí.

—Bueno, eso no será un problema. Se durmió hace como una hora.

—Muchas gracias. Te compensaré las horas extra, ¿vale? Que pases buena noche. —Colgué y le envié un mensaje a Larry.

Oye, me ha surgido una oferta de trabajo fuera de la ciudad, y no estaré en casa hasta el fin de semana. Cancelemos la cena hasta que vuelva.

Seguí a Lydia por la mansión y me detuve de repente al ver el retrato familiar que adornaba el pasillo. No podía creer lo que veían mis ojos. En el cuadro estaba Lydia, un hombre imponente y, en el centro, una versión joven de Eric.

No estaba en una casa cualquiera, estaba en la casa del alfa, y mi anfitriona era la madre de Eric y la actual luna de la manada de Night.

Capítulo 8: Dentro de la manada de Night

Cathy

—Es guapo, ¿verdad? —Lydia me sorprendió mirando el retrato.

Me puse roja como un tomate y asentí con la cabeza para no parecer sospechosa.

—Tiene una familia encantadora —le dije cordialmente.

—Son mi vida entera —continuó—. ¿Está usted casada?

—No, pero estoy saliendo con alguien —respondí.

—Era de esperar que una mujer tan talentosa y hermosa no estuviera sola —comentó Lydia con un suspiro.

—Muchas gracias. Es usted muy amable.

Revise mi teléfono, con la esperanza de que Larry hubiera respondido a mi mensaje, pero solo tenía notificaciones de la página de Instagram de mi tienda.

—Adelante. —Me guio hasta una habitación al final del largo pasillo.

Antes de entrar, no pude evitar acordarme de mi habitación en Pensilvania, donde me había sentido como una prisionera en mi propia casa. Pero al poner un pie dentro, todo se borró de repente de mi mente, y me quedé patidifusa ante los utensilios y las sofisticadas máquinas que guardaba este pequeño laboratorio, con sus estanterías llenas de extractos de flores, setas y aceites esenciales.

—Vaya, esto es increíble, incluso está mejor que mi laboratorio —expresé en voz alta.

—Hice que mis... empleados trajeran todo lo necesario. Si falta algo, solo tienes que pedirlo y me encargaré de que lo traigan.

Recorrí los estrechos pasillos del laboratorio, observando cada uno de sus componentes y todos los productos químicos apilados en las estanterías.

—No creo que falte nada. —Sonreí.

—¿Está cómoda...? ¿Es la temperatura de su agrado? —La luna de la manada de Night se mostraba atenta como nadie e intentaba en todo momento que me sintiera a gusto—. Si necesita algo, lo que sea, sólo tiene que pedirlo.

—Entendido —dije—. Antes de empezar, tenemos que protegernos la piel y la ropa.

—Sí, venga por aquí. —Sacó un par de batas de laboratorio, guantes y gafas protectoras de uno de los cajones—. Lo mejor de lo mejor.

Lo tenía todo preparado: el instrumental, el laboratorio e incluso los elementos de seguridad, como si supiera de antemano que yo iba a aceptar enseñarle.

—¿Cómo sabía que aceptaría? —pregunté.

—Digamos que fue una corazonada, además no me rindo fácilmente —añadió mientras se abotonaba mal la bata de laboratorio—. Y habría seguido insistiendo hasta que me hubiera puesto una orden de alejamiento.

Las dos nos reímos y la ayudé a ponerse la bata y los guantes. Cuando estuvimos listas, parecía de lo más emocionada.

—Antes de enseñarle, me gustaría probar todo esto y asegurarme de que todo funcione bien. Así también podrá observar todo lo que hago y, cuando le toque a usted, ya se hará una idea. Aun así, sé que es mucha información en una sola noche, así que tengo que asegurarme de que quede claro lo básico.

—Aquí mandas usted —dijo, haciéndose a un lado.

Estaba en mi salsa y sabía que esto no me llevaría mucho tiempo, pero quería probar los instrumentos del laboratorio. Fui a la estantería, cogí un paquete de orquídeas frescas conservadas a baja temperatura, y me acerqué a la encimera de trabajo. Separé las flores y las puse en la cámara de extracción, añadí agua y encendí la llama para iniciar el proceso.

—¿Podría explicarme cómo funciona ese equipo?

—Por supuesto, acérquese un poco más.

Así lo hizo y observó con atención toda la maquinaria.

—Esta es la cámara de extracción. —Señalé el recipiente de cristal en forma de cilindro donde el agua con las flores comenzaba su proceso de ebullición—. Aquí, los componentes líquidos se separan de los sólidos por el calor que genera el agua, después pasa por esta válvula donde el agua con la esencia se calienta y se evapora para purificarse. Seguidamente, extraemos el aceite esencial de las flores a través de esta boquilla, que es donde se encuentra el aroma

La luna observaba el proceso con asombro y sin apartar en ningún momento la vista del equipo. Y, aunque sabía que no lo había entendido todo a la primera, al menos lo estaba disfrutando.

—¿Qué te motivó a convertirte en diseñadora de fragancias? —Alzó un poco la voz para que, con el burbujeo del agua y el vapor que escapaba de las pipetas, pudiera distinguir lo que decía.

—Siempre fue mi sueño —le confesé—. Nunca conocí a mi madre y mi padre nunca hablaba de ella, así que un día me colé en su habitación para encontrar algo que me llevara hasta ella, pero lo único que encontré en su baúl fue la manta con la que me cubrieron el día de mi nacimiento. Me la llevé a mi habitación y, cuando la abracé, sentí el aroma de su perfume. Estaba tan obsesionada con recrearlo y aprender por mí misma a crear fragancias que empecé a probar haciendo mis propias fórmulas para dar con un aroma que me recordara siempre al de mi madre.

Le conté mi historia sin pensar porque confiaba en ella y, de alguna manera, sentí que era lo correcto. Me escuchó atenta, con los ojos brillantes y un aire de tristeza.

—Siento mucho oír eso —me dijo—. Yo tampoco conocí a mi madre, murió cuando yo nací, y siempre me culpé por ello hasta que comprendí que ese era su destino y que éste no se puede cambiar.

Sentí ganas de abrazarla porque sabía que ella, más que nadie, podía comprender mi dolor. Me sequé los ojos antes de que se me saltaran las lágrimas y me acerqué para recoger la esencia de orquídea.

—¿Qué le parece? —le pregunté, acercándome al pequeño frasco con las pocas gotas de la esencia que pude extraer de la flor.

—Es maravilloso. El aroma es intenso pero dulce, y es como si el olor de las orquídeas se

hubiera comprimido e intensificado en esas pocas gotas de aceite.

—Exacto, eso es lo que buscábamos —declaré.

Lydia se quedó paralizada un segundo y miró hacia la puerta esperando que pasara algo o entrara alguien.

—¿Puedo pasar? —dijo una voz familiar al otro lado de la puerta.

—Pasa. —Suavizó la expresión de su rostro con satisfacción.

Eric abrió la puerta y su mirada se encontró con la mía. Todo mi cuerpo sintió su presencia como si de algún modo se sintiera atraído por la suya como un imán al metal.

—Has llegado antes de lo que esperaba —dijo Lydia—. ¿Dónde está tu padre?

—Sigue cazando. He venido a ver cómo te iba y a arreglar unos asuntos —respondió sin apartar su mirada de la mía.

No tenía un aspecto muy distinto del que yo recordaba, pero me di cuenta que había madurado bastante. Tenía el pelo igual de oscuro, pero con un corte de leñador que le daba un aspecto más sexy, los brazos más musculosos y una constitución más fuerte. Tenía una mandíbula marcada y firme, y sus ojos profundos me miraban con la misma intensidad con la que me habían mirado en nuestro último encuentro.

Se produjo un pequeño silencio, y claramente, Lydia notó la tensión entre los dos.

—Eric, ésta es Cathy North, la diseñadora de los perfumes que siempre te regalo —me presentó.

—Hola, encantada de conocerte. —Me apresuré a estrecharle la mano lo más cordialmente posible.

Eric aceptó el apretón sin decir una palabra, ni siquiera hizo un esfuerzo por cambiar el semblante.

—¿North? —Fue todo lo que consiguió decir.

Lydia se acercó a nosotros y nos observó por un momento.

—¿Os conocéis?

—No, nunca...

—Sí. —Eric no me dejó terminar la frase—. Pero, en aquel entonces, su apellido era Sith.

Los ojos de Lydia se abrieron como platos y clavó la vista en mí.

—Es el mismo apellido que...

—Exacto, pertenece a la manada Sith —dijo Eric sin filtro.

—Imposible. No he percibido su olor —contravino la luna.

—Es porque no soy como los demás. Mi loba nunca me reconoció —dije—. Y ya no pertenezco a esa manada.

La luna reaccionó bien. Tener a un miembro de otra manada en tu casa no era lo más habitual, pero, de alguna manera, sabía que yo no tenía intenciones ocultas. Además, fue ella quien me invitó a su casa.

—¿Así que dejaste tu manada, así como así? —me preguntó.

—Sí, nunca me sentí una de ellos. Sabía que mi destino no estaba ligado a ese lugar, así que me escapé en cuanto pude y lo dejé todo atrás, incluso mi identidad, para poder cumplir mi sueño de ser diseñadora de fragancias.

La madre de Eric se tapó la boca con las manos después de analizar todo lo que le acababa de contar.

—¿Sith? Eso significa que eres la hija del alfa —dijo finalmente—. No sabía que el alfa tuviera otra hija.

—Para mí también fue toda una sorpresa —intervino Eric.

—¿Y cómo te has mantenido oculta todos estos años? —preguntó.

—Me he mantenido centrada en mi negocio y siempre he sido muy cuidadosa —expliqué—. Por otra parte, dudo que me hayan estado buscando.

—Eres una mujer fuerte. Hay muy pocas como tú. —Le lanzó una mirada a Eric—. ¿No crees, hijo mío?

—Sí, es única —comentó.

—Bueno, ya es tarde y debo descansar para estar lista para la clase de mañana. Os dejo para que os pongáis al día —dijo Lydia y, antes de que pudiera decir nada, abandonó el laboratorio.

Allí estaba yo, frente al hombre que no he podido olvidar en todos estos años, y al verlo se me pusieron los pelos de punta.

—Me alegro de que estés bien —dijo—. ¿Qué estás haciendo aquí, por cierto?

—Tu madre vino a mi tienda y me pidió que le enseñara a hacer perfumes.

—Mi madre ha estado pasando mucho tiempo sola, y le vendría bien tu compañía. —Se acercó más a mí y sentí cómo se me disparaba la tensión. Su cuerpo estaba tan cerca del mío que podía sentir su calor corporal.

El heredero de la manada de Night tomó asiento en una de las sillas. Respiré hondo y me senté frente a él.

—Espero que mi presencia no te incomode —le dije—. Si deseas que me marche, eso haré.

—No, en realidad me alegro de verte. —No dejaba de mirarme y eso me estaba poniendo muy nerviosa. Sentí burbujas en el estómago y cosquilleos en pies y manos a medida que su presencia conseguía ponerlo todo patas arriba.

Me puse recta y se me pasaron cosas por la cabeza, una de ellas que me gustaría hablar de la existencia de Elliot, pero no sabía cómo reaccionaría. Podría quitármelo o utilizarlo para chantajearme. Así que me guardé esos pensamientos para mí.

—¿Cómo está tu padre de salud? —opté por preguntarle.

—Ha mejorado bastante. Salir de caza le ha sentado bien —añade.

—Me alegro de oírlo.

—Si hubiera sabido que estabas detrás de esos perfumes, te habría buscado... Perdón, quiero decir que te habría ido a visitar tu tienda para ponernos al día.

—La verdad es que habría estado bien tener cerca una cara conocida—dijo sin pensar.

Eric echó un vistazo al laboratorio, cogió el frasco de esencia, lo olió e inmediatamente arrugó la cara.

—Joder, qué fuerte es —exclamó.

—Sí, una gota es suficiente para hacer una botella entera de perfume, ten cuidado.

Volvió a colocar la botella en su sitio y empezó a tamborilear con los dedos la madera del escritorio, manteniendo un ritmo constante parecido al de una marcha.

—¿Y qué has estado haciendo a lo largo de estos años?

—Me he ocupado del negocio familiar, he viajado mucho por todo el mundo y he hecho un curso de finanzas —dijo hinchando el pecho. Se notaba que estaba orgulloso de lo que había conseguido—. Si necesitas ayuda con el negocio, no dudes en ponerte en contacto conmigo.

—Lo tendré en cuenta —declaré.

El teléfono me empezó a sonar, lo saqué del bolsillo y vi que era una llamada de Larry. Me quedé mirando la pantalla un momento, tratando de decidir si contestar o no.

—Si es importante, contesta. No haré ningún ruido —me dijo Eric.

—No, no es importante. —Volví a guardarme el móvil en el bolsillo.

—Vale, entonces... ¿cuánto tiempo te vas a quedar? —quiso saber—. Yo tengo pensado quedarme un par de días.

¿Un par de días? ¿Cómo iba a resistirme a pasar más tiempo a su lado? Cada segundo que pasaba cerca de él, tenía que contener las ganas de lanzarme a sus brazos. Eric era una especie de adicción que no sabía ni que tenía, y ahora que acababa de descubrirlo, no quería volver a perderlo.

Capítulo 9: Lo que debe ser

Eric

Durante todo el día tuve la sensación de que algo iba a ocurrir, como una especie de alerta que se había activado en mí desde que despuntó el alba. Pero lo que más me perturbaba era que no había forma de descifrar si se trataba de un buen o de un mal presentimiento, así que dejé a mi padre en la cabaña con el resto de los hombres de la manada y emprendí el camino de vuelta a casa.

El viaje de vuelta se me hizo más largo de lo habitual. Por alguna razón, había más gente en la carretera.

¿Qué te está pasando? ¿Te estás volviendo loco? Ignoré mis pensamientos y me mantuve alerta a todo lo que me rodeaba por si pasaba algo. Empecé a ver enemigos donde no los había y sombras por todas partes. Estaba paranoico.

Empapé de sudor el volante del coche hasta el punto de ponerse resbaladizo. Empezaba a preocuparme.

—Señor, siento no haber ido a recogerle. No sabía que vendría tan pronto —me saludó Lucas, el encargado de la seguridad de mi madre.

Me bajé del coche y sentí como si fuera a desmayarme en cualquier momento. Cuanto más me adentraba en la casa, más se intensificaba dicha sensación.

Qué coño intentas decirme, le pregunté a mi lobo sin recibir respuesta, aunque podía intuir que él se encontraba en las mismas que yo.

La casa se encontraba en silencio total, y sentí un olor familiar, uno que, por más que intentaba recordar, no lograba relacionar con nadie.

Agudicé el oído y oí a mi madre al final del pasillo, pero no estaba sola, así que me moví con

sigilo y me detuve un momento detrás de la puerta para escuchar un poco de la conversación, pero dejaron de hablar.

En ese momento, sentí los nervios a flor de piel, quienquiera que estuviera con mi madre tenía el poder de influir en mí de alguna manera, y había llegado el momento de plantarle cara.

Respiré hondo y abrí la puerta.

No podía creer lo que veían mis ojos. Al principio, pensé que igual se me estaba yendo la pinza, pero sabía que no podía estar imaginándome algo así.

Cathy, mi compañera, estaba allí mirándome cara a cara y sin decir una palabra. El cuerpo me empezó a arder por dentro, el pulso se me aceleró y me costó controlar la respiración.

Quería decirle algo, preguntarle dónde se había escondido y por qué había desaparecido de mi vida. Pero entonces recordé lo que pasó hace seis años, cómo nuestro encuentro acabó en un intento de su padre de unir a las manadas y que...

Chloe. Entonces el tiempo se detuvo y me perdí en recuerdos que juré olvidar.

En cuanto volví a casa de la fiesta de hace seis años. Chloe, mi prometida, empezó a insistir con el tema de la boda, y su comportamiento cambió por completo. Ya no era esa chica alegre y cariñosa. Sus palabras se volvieron cortantes y cargadas de resentimiento. Yo lo atribuía al accidente y al hecho de que no pudiera volver a andar. Verla así hizo que me sintiera culpable, y decidí organizar el casamiento.

Mi madre me ayudó y mi padre, que se estaba recuperando, se ofreció a pagarlo todo, así que en menos de una semana lo teníamos todo organizado para el gran día que ya había llegado.

Sinceramente, ya no estaba seguro de casarme porque al haber encontrado a mi compañera, el estar con otra persona dejó de tener sentido. Pero como futuro alfa de la manada, tenía que predicar con el ejemplo y mantener mi promesa de casarme con la mujer que una vez me salvó la vida.

El día de la boda, se me ocurrió ir a la habitación del hotel donde se estaba arreglando. Aunque me dejó muy claro que no quería que me pasara por allí por las supersticiones, quise acercarme y echarle una mano porque sólo estaba con ella su madre.

Antes de llamar a la puerta, oí cómo Chloe y su madre mantenían una conversación sobre mí y

la manada, en la que ella confesó estar harta de tener que fingir que me quería y que quería poner fin a este lío cuanto antes para recuperar su vida.

No podía creer lo que estaba oyendo, así que entré sin avisar y vi a Chloe de pie frente al espejo y a su madre tumbada en la cama.

En ese momento, mi ira eclipsó el resto de mis emociones. La encaré y le hice confesarlo todo. Me fui de allí directo al salón de banquetes, donde anuncié que se suspendía la boda y le pedí disculpas a los invitados.

Más tarde, mis padres, un servidor y los ancianos que formaban parte del consejo quisimos interrogar a Chloe y a su madre, pero ya era demasiado tarde. Habían huido. Mi padre organizó un equipo de búsqueda de inmediato, pero no logramos encontrarlas. Era como si se hubieran desvanecido de la faz de la tierra, no había rastro de ellas ni de su olor. Ni siquiera las cámaras captaron el momento de su huida.

Me sentí traicionado, habían jugado conmigo y casi se habían salido con la suya. No sabía por qué Chloe había armado toda aquella mentira, ni qué motivos tenían ella y su madre para hacerlo, ni para quién trabajaban.

Empecé a desconfiar más de todo el mundo, en especial de las mujeres, y no me permitía querer a nadie.

La voz de mi madre me sacó del trance. Quería saber por qué habíamos reaccionado así, y cuando preguntó si nos conocíamos, Cathy fingió que no.

Su respuesta era fría y calculada, como si al instante de verme hubiera decidido fingir que yo era un completo desconocido. Tenía miedo, y yo no sabía si me tenía miedo a mí o lo que yo representaba para ella.

Siendo miembro de otra manada, no debería estar sola con la luna de otra. De estar mi padre presente, posiblemente habría sido un problema porque era un hombre tradicional, y habría pedido una audiencia inmediata con el padre de ella.

Confesé conocerla y sabía que mi madre escucharía lo que Cathy tenía que decir y la dejaría explicar el resto, así que poco a poco todo empezó a encajar. Ya no formaba parte de la manada de Sith. Se había exiliado y había empezado a forjar su propio destino.

Tenerla ante mis ojos me parecía irreal porque, tras el incidente con Chloe, contraté a un investigador privado para que averiguara todo lo que pudiera sobre Cathy, pero no pudo dar con ella. En su informe decía que nadie de la manada de Sith sabía nada de su paradero. No me rendí, y probé suerte con otros investigadores, pero todos me dieron la misma respuesta. Fue entonces cuando decidí hacer mi vida y olvidarme de ella, pero por más que lo intentaba, su cara siempre me aparecía en sueños, y me despertaba por las noches pensando en ella, en su olor, en su cuerpo, y en cómo la hice mía aquella noche.

Mi madre empezó a atar cabos y a hacer de las suyas para comenzar a jugar a ser cupido. Por cómo hablaba y miraba a Cathy, la estaba considerando para ser su sucesora, y el hecho de que fuera hija de un alfa, la convertía en la candidata perfecta para el puesto.

Ni Cathy ni mi madre sabían que en realidad era mi compañera, la mujer con la que estaba destinado a compartir mi vida.

Mi madre hizo lo de siempre, se inventó una excusa para dejarnos solos. Las demás veces que lo había hecho, siempre me sentí incómodo. Esta vez era diferente, ansiaba estar a solas con ella y, cuando por fin fue así, tomé la iniciativa de romper el hielo para ponernos al día y ver si podía conquistarla.

Sabía lo que tenía que hacer, y me decidí a hacerlo pasara lo que pasara. Ella sería mía, y nada en el mundo nos impediría estar juntos.

Cathy también había cambiado de estilo. Llevaba el pelo más corto, había ganado algo de peso y sus caderas parecían más redondeadas. Era una mujer que cualquier hombre desearía tener. No era la misma chica que conocí en el hotel, pero seguía siendo fascinante, aunque lo que no había cambiado era su carácter. Podía ver que en su interior seguía siendo la chica descarada y rebelde que decía lo que pensaba sin importarle las consecuencias.

—Quiero invitarte a salir —le dije—. No tiene que ser una cita. Puede ser una velada informal para hablar un poco de nuestras vidas y tomarnos unas copas.

—No sé si tengo tiempo para eso, tengo un negocio que atender, además de... —Hizo una pausa—. Además de otras responsabilidades igual de importantes.

—Pues aprovechemos que estás aquí, entonces —continué.

—No me quedaré aquí mucho tiempo.

Cathy estaba rechazando todas mis invitaciones y cada vez que intentaba mirarla a la cara, desvíala la mirada en otra dirección.

—Voy a serte sincero —confesé—, quiero estar contigo.

—¿No estabais comprometidos? —Cathy enarcó una ceja.

—No, es una larga historia, pero al final no me casé. Rompimos —le dejé saber.

—Ah, entiendo, por eso tu madre nos ha dejado solos —dijo con tono asertivo—. Siento mucho que no pudieras casarte, pero ahora mismo no busco una relación, y menos contigo.

Me dejó sin palabras. ¿Había dicho algo malo? ¿Le había faltado al respeto de alguna manera?

—¿Puedo saber por qué?

—No es nada personal —dijo—. Ahora mismo estoy centrada en mi negocio; tengo mucho que hacer y una relación sería una distracción.

—Pero tener a alguien que te apoye puede aligerar un poco la carga.

—¿Te parezco la clase de mujer que necesita ayuda... o que sueña con encontrar a su príncipe azul? Porque no lo soy —replicó.

Intentaba alejarme de ella tratándome con este desaire. Era obvio que tenía miedo de algo, puede que al compromiso o a verse involucrada con hombres lobo de nuevo.

—Empecemos de cero otra vez. Me gustaría conocerte mejor, ¿qué te gusta hacer cuando tienes tiempo libre?

—No tengo mucho tiempo libre, la verdad, pero me gusta cocinar y aprender nuevas recetas. Es como diseñar perfumes. Le echas un poco de la especia adecuada y la comida cambia de sabor por completo —dijo con fluidez, pero enseguida volvió a callarse.

—A mí me gusta viajar. Me fascina conocer culturas diferentes —mencioné.

—Bien por ti.

Cathy estaba sentada con una pierna doblada y agitándola con frenesí. No lograba descifrarla. A juzgar sólo por sus repentinos cambios de humor, a veces parecía nerviosa, alterada, feliz,

confusa e indiferente. Tenía un mar de emociones en su interior que no podía controlar, pero, aparte de eso, estaba impresionante. Era la mujer más hermosa que existía.

No seas idiota, haz algo, o nos dejará otra vez. Dile la verdad, me instó mi lobo.

Quería decirle la verdad, que era mi compañera y que nuestro destino estaba sellado. Pero en el fondo, sabía que no era el mejor plan. Podría pensar que estaba mintiendo; ella no podía sentirlo porque no había despertado a su loba, y si la perdía por eso, nunca me lo perdonaría.

—¿Quieres que me marche? —le pregunté.

—¡No! —respondió de inmediato—. Pero tampoco quiero quedarme. Es que...

—¿Por qué?

—Tengo responsabilidades en casa, con mi negocio y también tengo una vida. No puedo desaparecer durante mucho tiempo. Hay gente que depende de mí —me explicó.

—Lo entiendo mejor que nadie —le dije con amabilidad—. Es sólo que me gustaría que no te fueras tan pronto.

—A eso yo no puedo hacerle nada. No me quedaré más de dos días —exclamó.

Dos días son suficientes para mí. En dos días, te haré caer en mis brazos.

Capítulo 10: Una oportunidad

Cathy

Cuando empezó el día, yo estaba en la habitación de invitados de la mansión de la manada de Night, algo que no me habría imaginado jamás ni en mis mejores sueños.

Me sonó el móvil y contesté inmediatamente.

—Buenos días, mamá. ¿Vienes hoy? —preguntó Elliot, todavía somnoliento.

—No, cariño, pero te prometo que volveré pronto —le aseguré—. ¿Cómo te va?

—Bien, estoy jugando con mis juguetes —dijo con una pequeña sonrisa—. Nani me ha hecho tortitas y me va a llevar al parque después de clases.

—Diviértete, entonces.

Le pasó el teléfono a Nani.

—Hola, señora. ¿Cómo va su viaje?

—Mejor de lo que pensaba, pero creo que me quedará un poco más de lo previsto. ¿Te importaría hacerle de canguro a Elliot un par de días más?

—Claro, no tengo ningún problema. Su hijo es un ángel y cuidaré de él hasta que usted vuelva.

—Muchas gracias. Te mandaré algo de dinero para que lo lleves al cine y un extra para ti —le dije—. Pero, por favor, no le dejes comer demasiadas chuches y dile que haga los deberes.

—Sí señora, la mantendré informada —añadió.

—Gracias por cuidar de mi pequeño. Tengo que irme ya. Dile que le quiero.

Terminé la llamada y me levanté de la cama, sintiendo por fin que mi cuerpo había descansado.

El colchón era muy suave y se amoldaba a mi cuerpo de una forma que te hacía sentir como si estuvieras sobre un copo de nieve.

Fui al baño, me lavé la cara y dejé que el agua fría terminara de despertarme.

—Buenos días. ¿Estás despierta? —preguntó Eric desde fuera.

Se había quedado, y no era ningún sueño. Seguía aquí, lo que me ponía de los nervios porque no sabía hasta qué punto podría soportarlo.

—Sí, me estoy preparando. —Me quité el pijama y me puse una ropa informal.

Me miré en el gran espejo que había junto a la puerta y me ajusté la blusa para lucir mejor mi figura. Salí de la habitación, para encontrarme a Eric esperándome con una taza de café.

—Un pajarito me ha dicho que no puedes vivir sin tu dosis por las mañanas —me dijo acercándose la taza.

El aroma del café era exquisito, sin duda era un café colombiano.

—Muchas gracias, Eric. No deberías haberte molestado —le aseguré—, pero te lo agradezco de verdad—.

Tomé un sorbo. Era perfecto. No estaba demasiado dulce, era fuerte y estaba a la temperatura ideal, caliente, pero no tanto como para quemarte la lengua.

—Está riquísimo —le dije—. De verdad, está muy bueno. Me recuerda al café que sirven en las panaderías de París.

—Aprendí a hacerlo así en París. Pensé que te gustaría. Por cierto, ¿has dormido bien?

—Mejor que nunca. Esa cama hace milagros. —Le di otro sorbo al café—. Anoche no te di las gracias por prepararme la habitación.

Eric estuvo muy atento anoche. Se encargó de cambiar las sábanas y de asegurarse que todo estaba en orden en la habitación.

—No es nada, es mi forma de mostrarte hospitalidad. —Hizo un mohín con el labio, alzando un poco la comisura izquierda mientras me miraba a los ojos—. ¿Qué te apetece comer? Pide lo que

quieras y una de las criadas te lo preparará.

Me condujo al comedor y retiró la silla para que me sentara.

Nada más tomar asiento, una mujer humana vino hacia mí y colocó un plato, un vaso de cristal y cubiertos envueltos en una servilleta de tela a un lado.

—¿Qué puedo ofrecerle para desayunar? —preguntó.

No era como los humanos que trabajaban para mi padre. No había ni una pizca de miedo en sus ojos. Al contrario, parecía que disfrutaba con lo que hacía.

Miré a Eric y abrí los ojos como platos para que me echara una mano.

—Pide lo que quieras —insistió.

La mujer me miró confusa antes de sonreír.

—¿Le apetece algo clásico: huevos, beicon y tostadas?

—Sí, estupendo —respondí.

—¿Y para ti? —Se volvió hacia Eric.

—Lo mismo, y trae zumo de naranja para los dos.

La mujer asintió y volvió a la cocina. En cuanto se puso a ello, el olor a beicon fresco y pan tostado inundó el espacio, haciéndome rugir el estómago.

Eric se sentó en la silla contigua a la mía y se acercó un poco más. La mesa tenía capacidad para ocho y ninguna otra silla estaba ocupada, y, aun así, para él lo más lógico era sentarse tan cerca de mí.

—No pude dejar de pensar en ti anoche —dijo de repente—. En tu situación, quiero decir.

—¿A qué te refieres?

— Por qué dejaste la manada... no me malinterpretes, no creo que fuera el lugar donde pudieras ser feliz, pero, hasta donde yo sé, nadie deja su manada y desaparece de la faz de la tierra así porque sí.

Me sentía presionada a decirle la verdad, pero no era el momento, y menos estando en su casa.

—Sólo quería perseguir mi sueño de convertirme en diseñadora de fragancias —le hablé con seguridad—. Mi padre nunca me apoyó y sabía que, si me quedaba allí, sería una don nadie toda mi vida.

—Tiene su lógica —convino.

La criada llegó con dos platos llenos de comida y una jarra de zumo en un pequeño carrito con ruedas. Llegó justo a tiempo para evitar que la conversación continuara.

—Tiene una pinta deliciosa —le dije—. Deberías enseñarme a hacer los huevos así. Siempre se me rompe la yema cuando los echo a la sartén.

Ella se echó a reír.

—No se puede ser buena en todo, señora —dijo—. Usted tiene otros talentos, pero si quiere, puedo enseñarle.

Le devolví la sonrisa y empecé a degustar mi desayuno. Alzó un poco la comisura del labio y observó cómo disfrutaba de la comida. Me di cuenta de que estaba contenta con el cumplido que le había hecho. Y cuando se aseguró de que estuviéramos satisfechos, volvió a la cocina y nos dejó a Eric y a mí solos de nuevo.

Ambos comimos en silencio, pero en mi interior había una pregunta que me corroía, así que, tras contener el impulso de preguntárselo, me armé de valor.

—¿Por qué no te casaste? Quiero decir, estabais comprometidos. —Devoré lo que me quedaba de beicon en el plato.

—Es una historia complicada —dijo.

—Venga, yo te conté la mía. Cuéntame tú lo tuyo; es lo menos que puedes hacer.

—Vale, tienes razón —accedió—. Mi ex prometida fingió quedarse inválida tras un accidente que tuvimos en el que me «salvó» sólo para poder casarse conmigo. Todo había sido un plan de su madre. —Dejó a un lado la comida—. Lo descubrí el día de nuestra boda.

—¡Auch! Lo siento —le dije—. Pero, ¿cuáles eran sus intenciones?

—No pude encontrarlas cuando intentamos localizar a mi prometida y a su madre. Se desvanecieron sin dejar rastro. Pero quién sabe, tal vez fuese por dinero o por poder.

No pude evitar sentir lástima por él. Nadie se merece que le fastidien así un día tan importante, y mucho menos que la persona en la que confías te mienta y te utilice de esa manera.

Me perdí en mis pensamientos, sabiendo que eso también se aplicaba a mí. Dejé atrás a Morgan sin importarme los problemas que pudiera conllevar. Sólo pensaba en mí. Fui egoísta, pero, por otro lado, tuve un hijo con este hombre aquí presente, y no se lo dije por miedo a las consecuencias que tendría para mí.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Sí, estaba pensando en lo duro que debió de ser para ti —respondí.

—Te lo agradezco, pero fue lo mejor que me podía haber pasado. Pasé los siguientes meses pensando en qué habría sucedido si me hubiera casado con ella, qué consecuencias habría traído para mí, mi familia y mi manada.

—Ahí llevas razón. Brindemos por ello.

Cogí el vaso de zumo de naranja a medias y brindé con él. Ambos nos bebimos el zumo y nos dirigimos al laboratorio.

Lydia estaba allí jugando con las esencias, que dejó sobre la mesa en cuanto entramos.

—Buenos días, cielo. Espero que mi hijo te haya tratado bien —dijo.

—Buenos días, señora Night. Sí, su hijo ha sido todo un caballero.

—Ah, no, no, cariño, nada de Sra. Night, llámame Lydia —me insistió.

—Muy bien. ¿Estás lista para empezar?

—Sí, más que lista —respondió ella.

Eric me ayudó a ponerme la bata y los guantes y, tras pasarme las gafas de seguridad, se sentó en una de las sillas que había a unos dos metros.

—¿Te importa si me quedo a mirar? —preguntó—. No quiero molestar. Es solo que me intriga el

proceso. Me gustaría saber cómo haces tu trabajo.

Lydia me miró con ojitos de cachorro esperando a que le diera una respuesta. Ya era más que obvio que quería que su hijo y yo saliéramos juntos.

—Sí, puedes quedarte, pero no toques nada —le ordené.

—Te prometo que ni te darás cuenta de que estoy aquí —respondió.

Asentí y me puse manos a la obra. Lydia había traído un cuaderno donde anotaba todo lo que yo le decía, cada proceso y medida. Me seguía a todas partes y observaba cómo mezclaba las esencias con el alcohol, añadía disolvente y adhesivos, y después pulverizaba el producto sobre un trocito de papel para probarlo.

—¿Qué te parece? —le pregunté.

Cogió la tira de papel y la olió con cuidado.

—No puedo creer que ya haya hecho mi primer perfume. —Roció otra pizca de producto en la tira—. Huele tan dulce como me lo imaginaba.

Lydia estaba contenta, tenía una expresión radiante y, por un momento, se olvidó de su entorno para concentrarse en el producto que tenía en la mano.

—Es aburrido, ¿verdad? —le pregunté a Eric, que me miraba desde el otro lado de la mesa de trabajo.

—No, en realidad lo que haces es muy interesante. Pareces una científica.

Me sentí halagada por su cumplido.

—¿Lo dices en serio?

—Sí, además, mira a mi madre. Nunca la había visto tan feliz —aseguró.

—Puedo enseñarte en cualquier momento, si quieres —le dije—. No parece tan difícil una vez que lo haces.

—Me encantaría —afirmó.

—Me voy a presumir de mi nuevo perfume. —Lydia salió del laboratorio, con pasos cortos, pero veloces—. Vosotros dos, limpiad este desastre.

—Otra vez solos —dijo él acercándose a mí.

Eric sabía lo que provocaba en mí, y no sólo eso, sino que lo disfrutaba. Le encantaba ponerme nerviosa sólo con la expresión de su cara. Aunque tampoco voy a mentir, me encantaba que lo hiciese.

—Sí, ¿no te parece que hace un poco de calor? —dije—. Deberíamos salir afuera.

Quería evitar a toda costa pasar demasiado tiempo a solas con él porque sabía que en cuanto nuestros labios se encontraran, todo mi mundo se desmoronaría, y eso no me lo podía permitir.

—Vas a quedarte un día más, ¿verdad? —me preguntó.

—Sí, fue el acuerdo al que llegué con tu madre. Tengo que enseñarle a extraer el aroma de las frutas, los minerales y algún que otro proceso —me justifiqué.

—Está bien —dijo, mirándome a los ojos y cogiendo mis manos entre las suyas—. Si te pidiera que vinieras a cenar conmigo, ¿aceptarías?

Incluso con los guantes puestos, podía sentir cómo sus ojos penetraban mis defensas, haciendo que me derritiera por él.

—Sí, ¿por qué no? Somos amigos —le dije.

Eric sonrió, y le rodeó un aire de victoria. Me soltó las manos, me sujetó la barbilla y me dio un beso en la mejilla.

—Tendré todo listo en media hora —declaró—. Ve a prepararte.

—¿Estamos hablando de esta misma noche? —pregunté.

—Por supuesto, no dejaré pasar esta oportunidad —respondió—. Lo prepararé todo enseguida. Te prometo que será una cena inolvidable.

Eric salió del laboratorio, eufórico.

Tomé asiento para asimilar lo ocurrido. Las piernas no dejaban de temblarme y las mariposas del

estómago que intentaba contener decidieron revolotear a la vez. Tenía una cita con Eric y no sabía qué ponerme. No había venido preparada para esto, y no quería causarle una mala impresión.

Mi cabeza empezó a llenarse de dudas y el tiempo se detuvo hasta que respiré hondo, me levanté y fui a mi habitación a prepararme. Después de todo, éramos amigos. ¿Qué podía salir mal?

Capítulo 11: La cita perfecta

Eric

Corrí por el pasillo hasta llegar a la entrada poniendo en orden mis ideas para organizar la cena perfecta. Cathy había accedido a salir conmigo, algo que pensé que nunca jamás iba a pasar a juzgar por su actitud distante.

—Lucas, eres justo el hombre que necesitaba. —Me acerqué al guardia de seguridad de mi madre, muy conocido en la manada por ser hábil con las chicas—. Necesito un consejo.

Lucas enarcó una ceja y se quedó quieto.

—¿Sobre qué exactamente?

—Hoy tengo una cita con una mujer muy importante para mí, y quiero que se sienta cómoda y que sea una noche inolvidable —le expliqué.

Se apoyó la mano en la barbilla.

—¿Tienes algo en mente? —preguntó.

—He pensado en llevarla a un restaurante asiático —respondí.

Arrugó la cara de inmediato.

—Si quieres un ambiente más romántico y agradable... te recomiendo uno italiano —me aseguró.

—Me gusta la idea. —El corazón me latía tan fuerte de la emoción que sentía que se me iba a salir del pecho; sentía que el día se estaba pasando demasiado rápido y que no tendría tiempo de tener todo listo—. Te voy a pedir un favor más. Cuando nuestra invitada esté lista, llévala a la dirección que te voy a dar.

Sonrió al sumar dos más dos y descubrir que mi cita era con Cathy.

—Cuenta con ello.

Subí a mi habitación. Estaba todo ordenado: la cama hecha, mi estantería de libros de finanzas apilada por tamaño, formando una escalera, y mi escritorio donde tenía mis objetos personales estaba recogido.

Abrí el portátil, entré en el navegador y busqué «restaurante de comida italiana». Aparecieron muchos, y comprobé las opiniones de los clientes y las fotos del local y sus platos.

—Este —decidí.

El Casa D'Angelo me resultaba familiar y, tras repasar las fotos del local, recuerdo que una vez celebramos allí una reunión familiar. El servicio fue tan bueno que mi padre se hizo con la tarjeta personal del propietario. En definitiva, era un restaurante elegante y minimalista que me recordaba al típico restaurante local de Milán. Era el lugar perfecto, y la comida tenía una pinta deliciosa.

Consulté su página web y conseguí el número de teléfono.

—Buenas noches, ¿en qué puedo ayudarle? —contestó una señora.

—Hola, me gustaría hacer una reserva.

—¿Cuándo sería la cita y para cuántas personas, señor?

—Por hoy, dos personas, pero quiero reservar todo el restaurante —declaré.

—No creo que sea posible —me hizo saber—. Las reservas se hacen con varios días de antelación, pero si me deja su nombre y correo electrónico, puedo estimar cuándo podemos garantizarle su reserva.

—Tiene que ser hoy —respondí—. Pagaré lo que sea. —Se quedó callada un rato, como si, por alguna razón, mis palabras hubieran bastado para llegar a un acuerdo.

—Permítame ponerle en contacto con mi supervisor —me dijo.

La señora me puso en espera y empezó a reproducirse la melodía de una canción italiana que, por más que lo intentaba, no conseguía recordar.

—Hola, me llamo Giovanni. ¿Quiere reservar todo el restaurante? —habló un hombre con un acento muy marcado.

—Sí, y lo necesito listo en una hora —asentí.

—¿Puede decirme a nombre de quién estaría la reserva? —preguntó.

—Eric Night.

—¿Señor Night? Debería haber dicho antes que era usted —dijo el hombre—. ¿Quiere algo en especial?

Rápidamente, puse en orden mis ideas en la cabeza.

—Sí, quiero el mejor vino que tengas, un menú gourmet completo con toda la comida de tu restaurante, y que decores el lugar con flores.

Oí el sonido de un lápiz rasgando contra el papel.

—¿Algo más?

Terminé de hacerle las últimas peticiones y colgué para prepararme. En mi mente, ya me había imaginado el escenario y quería estar llegando allí el primero para asegurarme que todo fuera perfecto.

Me quité la ropa y la tiré sobre la cama. Caminé desnudo como el día en que nací hasta el baño y me metí en la ducha, dejé que el agua fría me empapara para refrescarme un poco. Mientras tanto, no podía sacarme a Cathy de la cabeza. Deseaba que estuviera aquí conmigo.

Me sequé y busqué en mi armario algo que fuera perfecto para la ocasión: un traje gris con camisa blanca, corbata negra y zapatos informales. El traje estaba hecho a medida por el mejor sastre de Nueva York, nunca me lo había puesto, y ésta, sin ninguna duda, era la ocasión perfecta. Además, el color era similar al de sus ojos.

Cuando salí de mi cuarto, mi madre estaba saliendo del suyo, y frené a tiempo antes de que chocáramos.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —me interrogó.

No quería revelarle mis intenciones, más que nada porque no quería que le hiciera preguntas incómodas a Cathy que pudieran echar por tierra todos mis avances.

—A una reunión de negocios —le dije.

—¿A estas horas? ¿Y tan elegante?

—Sí, es un asunto muy importante —respondí—. Y ya se me está haciendo un poco tarde.

Pasé junto a mi madre y continué con mi camino, sintiendo que su mirada me seguía. Era muy astuta y no se creía nada de lo que le acababa de decir, pero no se molestaría en investigar más a fondo.

—Vamos a Casa D'Angelo. —Me encontré con Lucas de camino al garaje.

—Buena elección. Sé dónde queda —dijo—. Conduce con cuidado.

Cogí las llaves de mi Porsche 911, me subí a él y eché un vistazo por el retrovisor antes de girar la llave. Repasé lo que debía hacer y me adentré en la carretera.

Todo marchaba bien, no había tanto tráfico como de costumbre. Consultaba el reloj cada pocos minutos, y me parecía que el tiempo estaba pasando volando, pero en realidad no habían pasado ni diez minutos desde que salí de casa.

Llegué al restaurante donde me recibió un hombre cuya voz reconocí.

—¿Giovanni? —pregunté para asegurarme.

—Sí, señor Night, es un honor darle la bienvenida a nuestro restaurante —respondió él. Iba vestido con un impecable uniforme de chef. Llevaba las mangas dobladas, lo que dejaba a la vista la mitad de sus antebrazos. Tenía los ojos verdes, poco pelo y la barriga abultada bajo la camisa. Parecía el típico chef de reality show—. Sígame.

Fuera había mesas llenas de comensales, pero dentro, el local estaba completamente vacío y decorado con flores, tal y como yo había pedido. Había ramos de rosas rojas y blancas, orquídeas y lirios. Esperaba algo menos elaborado para el poco tiempo que les di, pero me sorprendieron gratamente.

—Vaya, ha quedado estupendo —dije en voz alta.

—Lo hemos hecho lo mejor que hemos podido, señor. —Extendió la mano hacia un lado para indicarme el camino.

El restaurante tenía unas paredes de cristal que permitían ver todo el panorama exterior. Las sillas eran negras y altas, y las mesas estaban dispuestas en una especie de columna, todas ellas con platos limpios, vasos de cristal y cubiertos encima.

Giovanni me guio hasta mi mesa, que estaba en un rincón más privado, junto a una pared blanca con adornos de cristal que simulaban la lluvia.

—Debe de ser una mujer muy especial —me dijo mientras me acomodaba.

—Lo es, y por eso quiero que todo sea perfecto.

—Así será.

Tras unos minutos de espera, el Rolls Royce gris llegó a la entrada. Me dirigí hacia él y abrí la puerta para ayudar a Cathy a salir.

—Gracias, Lucas.

Éste asintió y se marchó.

Todos los transeúntes que pasaban por la calle y los clientes que seguían comiendo en la terraza del restaurante clavaron la vista en nosotros, pero sobre todo en Cathy, que estaba guapísima con un mechón de pelo detrás de la oreja izquierda, un maquillaje sencillo, un vestido corto de lentejuelas plateadas y tacones del mismo color.

—¿Por qué me mira todo el mundo? —Bajó su bonita cabeza y se aferró a mi brazo.

—Porque estás preciosa. Apuesto a que nadie había visto nunca a una mujer tan guapa como tú.

—Aproveché para decir lo que pensaba.

Cuando entramos, admiró el restaurante, la decoración y cada detalle a medida que nos dirigíamos a la mesa.

—¿Cómo lo has arreglado todo tan rápido?

—Con un poco de ayuda.

Giovanni se acercó con una botella de vino y nos llenó las copas. Le siguieron dos chicas delgadas con uniforme negro que trajeron una bandeja de embutidos con de varios tipos de queso, jamón serrano y aceitunas.

—Disfruten de la velada —nos dijo el chef antes de marcharse.

—El servicio aquí es increíble —afirmó ella antes de meterse en la boca un trozo de queso atravesado por un palillo. Suspiró mientras lo masticaba—. Pero no tanto como este queso. Pruébalo.

Antes de que pudiera hacerme con el tenedor, Cathy cogió otro trozo y me lo acercó a la boca. El queso era suave y cremoso, se deshacía en la boca y su sabor hacía que mi paladar se regocijara.

—Tienes razón —dije.

Dos chicas altas entraron en el hotel con un ramo de rosas. Cathy se giró en cuanto llegaron a la mesa.

—¿Son para mí? —preguntó, leyendo la tarjeta que colgaba del ramo—. Estas rosas son preciosas, pero no se comparan con tu belleza —leyó en voz alta.

Se volvió para mirarme con las mejillas sonrojadas.

—¿Te gustan?

—Me encantan.

Las chicas sonrieron y, mientras Cathy cogía el regalo, se alejaron.

—¿Qué es ese olor? —preguntó de repente, colocando el ramo de rosas en la silla de al lado.

—¿Lo has notado? —dije yo—. Es una de tus fragancias. Les pedí que las rociaran con ese aroma.

Cathy cerró los ojos y suspiró delicadamente con orgullo, disfrutando del aroma.

—Tú sí que sabes persuadir a una mujer —me dijo.

—De hecho, la única mujer a la que me he preocupado de persuadir jamás es a ti —añadí.

Se sonrojó aún más y empezó a masajearse las mejillas para intentar disimularlo.

Giovanni trajo una bandeja con dos platos de pasta. Primero, Spaghetti Aglio e Olio, una comida sencilla pero típicamente italiana, que demostraba que el chef quería que ella se sintiera como en Italia por un momento. Tras dar el primer bocado, Cathy abrió mucho los ojos y se tapó la boca con dos dedos.

—Es la pasta más fresca que he comido en mi vida —exclamó—. Puedo percibir todos y cada uno de los sabores. Está deliciosa.

A Giovanni se le iluminaron los ojos y retiró la bandeja de aperitivos para que tuviéramos más sitio en la mesa.

—Me alegro de le guste —dijo, volviendo a la cocina.

—Me encanta este sitio. No puedo creer que viva tan cerca de un restaurante tan estupendo y nunca haya venido —añadió—. A partir de ahora, éste será mi restaurante favorito.

Mientras hablaba, me perdí en sus labios y me deleité con su sonrisa. Vi que su copa estaba vacía y se la llené.

—Gracias por venir —le dije—, no sabes las ganas que tenía de estar a solas contigo.

Tomó un sorbo de vino y me sonrió.

—Gracias por... —contempló los adornos y el ramo que le había regalado— una cena tan maravillosa. Nunca nadie había hecho algo así por mí.

Le cogí de la mano. Sentí que su piel reaccionaba a la mía y la conexión se hizo más fuerte.

—Eres una mujer extraordinaria y te mereces esto y más.

Las mejillas se le tensaron en un intento forzado de no ponerse como un tomate. Intentaba no mostrarme cómo se sentía, pero solo con mirarla a los ojos podía intuir todo lo que le pasaba por la cabeza.

—Ojalá las cosas hubieran sucedido de otra manera —dijo.

—¿Qué quieres decir? —Encerré su mano bajo la mía.

—La fiesta. Ojalá nos hubiéramos conocido de otra manera y en otras circunstancias... —Miró al techo con nostalgia.

—Eh, eso ahora no importa. Lo que importa es lo que pasa en el presente y lo que pasará en el futuro. No dejes que el pasado te siga atormentando, o nunca vas a pasar página.

Asintió y se le iluminó la cara.

—Sé qué hacer para que cambies de humor —le dije.

Enarcó una ceja y me observó atentamente mientras me levantaba de la silla.

—¿Qué estás haciendo? —Miró a su alrededor como si esperara que pasara algo—. ¿Qué estás planeando?

Me llevé una de las manos a detrás de la espalda e hice una pequeña reverencia.

—¿Bailarías conmigo?

Se levantó y la llevé al centro del local, donde había una pequeña pista de baile.

—No sé bailar —murmuró.

—Yo te enseñaré —le respondí, sonriendo con entusiasmo.

—Me da vergüenza —replicó alisándose el vestido.

La música era suave, un vals instrumental en el que el violín era el protagonista.

—Nadie va a verte —le aseguré, señalando las mesas vacías a nuestro alrededor—. Sólo estamos tú y yo. Cierra los ojos y deja que te guíe.

Me rodeó con los brazos y cerró los ojos. La cogí por las caderas y empecé a balancearme con ella para que se relajara. Le temblaban las piernas y estaba muy rígida.

—Acércate más —le pedí.

Me abrazó y apoyó la cara en mi pecho. Su respiración estaba agitada, al igual que mis latidos.

Bailamos, dejando que la música guiara nuestros pasos mientras mi mente se perdía en Cathy, la

mujer que me estaba predestinada.

Después de bailar y terminar de cenar, le di las gracias a Giovanni y a su equipo por la comida y me dirigí a mi coche con Cathy agarrada a mi brazo. Le abrí la puerta y conduje hasta casa sintiéndome el hombre más afortunado del mundo.

—Gracias por la cena. He disfrutado mucho con ella —me dijo.

—Yo también lo he disfrutado, y espero que no sea la última —le dije sinceramente.

Cuando llegamos a casa, todo estaba tranquilo. Mi madre dormía y el resto del personal estaba en sus puestos de trabajo.

—Bueno, supongo que me iré a mi habitación —me dijo.

Bajó la mirada, tenía las comisuras de sus labios tensas y me di cuenta de que no quería despedirse. Le erguí la cabeza y, sin pensarlo, la besé. Ella me rodeó con los brazos, se puso de puntillas y me devolvió el beso.

La cogí por la cintura y la guie hasta mi habitación, me aseguré de cerrar la puerta con llave y la desnudé entre besos. La tumbé sobre la cama y, mientras besaba su vientre, me quité la ropa. Estábamos completamente desnudos. Su cuerpo y el mío se deseaban, y ahora que estábamos aquí, no podía pensar en otra cosa que no fuera ella.

Me tumbé encima de ella y empecé a besarle el cuello. Ella gimió y se tensó.

—Sigue. Bésame más —seguía diciéndome.

Se me estaba poniendo dura. Ella restregó las piernas contra mi polla hasta cogerla con una de sus manos y, tras masajearla, la puso encima de su sexo y me miró a los ojos.

—Hazme tuya —me suplicó.

Me deslicé dentro de ella y empecé a moverme con suavidad.

—Deseaba esto más que nada en el mundo —le dije.

—No quiero que pares —me dijo—. Sigue.

La besé y acaricié sus labios mientras la hacía mía. Su sexo estaba apretado y caliente y, al

mismo tiempo, suave y muy húmedo. Me deslicé con facilidad dentro de ella, y cuanto más lo hacía, más fuerte gemía.

—No quiero dejarte marchar —le dije.

Me miró, se mordió el labio inferior y empezó a jadear.

—Quiero quedarme para siempre.

Hicimos el amor toda la noche y, cuando terminamos, se quedó dormida sobre mi pecho. La cubrí con mis brazos y pude dormir tranquilo, sabiendo que mi mundo estaba completo.

Capítulo 12: Una decisión difícil

Cathy

Los rayos del sol naciente atravesaron las finas cortinas de la habitación de Eric y su reflejo me dio justo en los ojos, obligándome a despertar. Era muy temprano. Todo estaba en silencio, a excepción de la respiración de Eric que me soplabla en la nuca.

Intenté moverme, pero él seguía dormido y se aferró más a mí. Me encontraba entre sus fuertes brazos y su cuerpo desnudo envolvía el mío. Sentía su calor y, sobre todo, su olor.

Esto no puede estar pasando. ¿Qué estoy haciendo aquí?

Me reprendí a mí misma, recordando lo fácil y rápido que caí en los brazos de Eric. Todo sucedió muy rápido cuando llegamos a su casa. Me besó, y después de eso, todo se volvió borroso. Minutos más tarde, estábamos en su habitación, dejándonos llevar por nuestros instintos y haciendo el acto más puro de amor.

Eric gimió un gruñido. El reflejo de la luz del sol le había llegado a los ojos y le estaba irritando. Se dio la vuelta, soltándome de sus brazos, y siguió perdiéndose en su profundo sueño.

Me deslicé con cuidado por las sábanas, alerta para no rozarle con mi cuerpo. Me levanté sin hacer ruido y, al poner los pies en el suelo, sentí cómo la frialdad de las baldosas me subía por los pies hasta el resto del cuerpo, provocándome escalofríos.

Rebusqué entre las sábanas hasta encontrar mi vestido, me costó ponérmelo. Cogí los tacones y decidí no ponérmelos para no hacer ruido y alertarle de mi marcha. Abrí la puerta mientras le imploraba a la diosa que no hiciera ruido. Miré a ambos extremos del pasillo y me aseguré de que no había nadie cerca para apresurarme a mi habitación sin mirar a los lados. Era una costumbre mía; pensaba que, si yo no veía a nadie, nadie podría verme a mí.

Una vez dentro, cerré la puerta y me senté en el suelo, apoyándome contra ella. Entonces fue cuando pude dejar de contener la respiración.

Me llevé la cara entre las manos, pero aún con todo mi esfuerzo, no podía sacarme a Eric de la cabeza. Podía sentir sus caricias, sus besos y sus mordiscos por todo el cuerpo como si estuvieran sucediendo justo en ese instante. En ese momento, me di cuenta de que seguía sintiendo algo por él, no era un simple encaprichamiento ni atracción sexual, sino amor y que, por mucho que lo intentara, no iba a poder dejar de sentirlo.

Era el heredero de la Manada de Night y su futuro alfa. Yo era una persona corriente para ellos. Puede que en el mundo humano me consideraran una empresaria de éxito, pero para los lobos era una vergüenza. Además, ya ni siquiera me consideraba una cambiaformas y mucho menos pertenecía a una manada. No era digna de estar con él. Pero a Eric no parecía importarle, y sus sentimientos hacía mí eran reales y cada vez más fuertes, porque podía sentirlos en cada rincón de mi ser.

No puedo hacerle esto. No puedo dejar que dañe su reputación entre los lobos enamorándose de una cambiaformas que no tiene la habilidad de cambiar. Eso haría que las otras manadas vieran a la manada de Night como débil y vulnerable. Por no mencionar que mi padre se enteraría de algún modo e intentaría sacar provecho a mi costa.

¿Qué podría ofrecerle? ¿Qué tengo que pueda ser útil para la manada?

Me imaginé diferentes escenarios, tratando de encontrar uno en el que pudiéramos estar juntos, pero ninguno encajaba. Él y yo no éramos el uno para el otro. Me detuve y pensé que tenía que ocuparme de mis sentimientos antes de acabar decepcionada o con el corazón roto.

Así que decidí tomarme lo que había pasado como una aventura de una noche. Lo pasamos bien, echamos un buen polvo y llegamos a conocernos un poco más. Pero eso no podía volver a pasar por el bien de todos.

Me levanté, abrí mi bolsa de viaje, y vi que casi no me quedaba ropa, había planeado pasar un día como mucho fuera de casa y, como sabía lo indecisa que era con la ropa, eché unas cuantas prendas más. Después de ponerme este conjunto, no me quedaría nada que ponerme.

Me puse una camisa de franela negra con el logotipo de una banda de rock, unos pantalones beige informales y unas zapatillas blancas. Mi atuendo no pegaba en absoluto, pero era lo único que tenía limpio.

Cuando me miré en el espejo, vi que no estaba tan mal. Era un poco juvenil, pero tampoco era terrible.

Agarré el picaporte, pero antes de que pudiera abrir la puerta, alguien estaba dándole unos golpecitos. Tengo que admitir que el sonido me sobresaltó y me hizo dar un respingo, pero al instante me calmé, o al menos fingí hacerlo.

Abrí la puerta para encontrarme con una de las criadas con el típico uniforme. El mismo que llevan los de seguridad y los empleados, el único que es diferente es el que llevan los cocineros.

—Hola, Sra. North. La Sra. Night la invita a desayunar. La está esperando en el comedor —me informó.

—Ah, qué maja. Ahora bajo —le dije.

La chica hizo una leve reverencia y se alejó por el pasillo.

Me quedé un momento ahí parada, viendo cómo se marchaba y aprovechando ese tiempo para calmar los latidos de mi corazón. Sabía que yo estaba sensible y nerviosa y que, si llegaba así al comedor, ella percibiría mis latidos y podría sospechar que pasaba algo.

Todavía no tenía hambre después de la comilona que me pegué ayer, con aquella deliciosa pasta y los diferentes platos de marisco. Pero no podía rechazar la invitación de Lydia, no sólo por ser mi anfitriona, sino por el simple hecho de ser una luna. Para nosotros, éstas son tan importantes como el alfa y, aunque no tienen el mismo poder, ambos infunden el mismo respeto.

Ya conocía el camino hacia el comedor y, mientras avanzaba por el pasillo, me sorprendió lo familiar que me resultaba el lugar. Ya reconocía las pequeñas marcas en el suelo, donde en algún momento debió de haber una escultura o un dibujo que simulaba estrellas.

Me detuve antes de entrar en el comedor, me inspeccioné las manos, me masajé el cuello para asegurarme de que no tenía ningún chupetón y, a continuación, tras una respiración larga y profunda, di un paso al frente.

—Buenos días, querida —me saludó Lydia, sentada a la cabecera de la mesa. Iba vestida con tonos azul claro, no llevaba más que crema solar en la cara y el pelo recogido en una coleta.

—Buenos días, Lydia —la saludé a mi vez y tomé asiento a su izquierda.

—¿Qué te está pareciendo la estancia en nuestra casa?

—Vuestra hospitalidad está siendo una maravilla, y aunque sé que estoy aquí por trabajo, me he

sentido muy a gusto —respondí.

—Me alegro mucho —respondió ella.

Esta vez la que emergió de la cocina era otra mujer, mayor, con el pelo gris y recogido hacia atrás. Era de piel morena, rasgos marcados y complexión gruesa.

—¿Qué les apetece comer hoy? —preguntó la mujer.

—Me gustaría tomarme un zumo de naranja y unas tostadas con queso —dije.

—¿Sólo? El desayuno es la comida más importante del día —me instigó Lydia, casi parecía que fuese mi madre.

—Sí, es que hoy no tengo mucha hambre —comenté.

—Está bien —murmuró, arrugando los labios—. A mí hazme unos huevos revueltos, tostadas y mucho beicon.

—Marchando —replicó la mujer y se fue a la cocina.

—¿Dónde está la otra chica? —pregunté por pura curiosidad.

—¿Magdalena? Es su día libre.

—¿Día libre? —Enarqué una ceja y la miré estupefacta.

—Sí, los empleados tienen dos días libres a la semana —dijo como si fuera de lo más normal.

No podía evitar pensar en mi padre, en cómo hacía trabajar a sus empleados sin descanso y por un sueldo miserable en la mayoría de los casos. Esta manada es tan diferente a la de mi padre que a veces me pregunto si realmente son cambiaformas. O si simplemente tuve la mala suerte de nacer en una cueva poblada por monstruos a los que yo llamaba familia.

La chica morena nos trajo la comida, sirviéndole primero a Lydia, antes de pasar a llenarme a mí el vaso de zumo de naranja hasta arriba antes de marcharse.

—Buen provecho —le dije a Lydia.

—Igualmente, querida, disfruta de la comida —respondió.

Me sentía culpable con cada bocado y cada trago que daba. No podía ni mirar a Lydia a la cara sin pensar en cómo la noche anterior me había acostado con su hijo bajo su propio techo. ¿Qué clase de perturbada hace eso?

—¿Te encuentras bien? —Dejó de comer y se limpió los labios con una servilleta—. Pareces un poco dispersa.

Sentí un nudo en la garganta. La miré y quise confesarle lo que había pasado, pero al mismo tiempo me sentí avergonzada de mí misma.

—Estoy bien, es sólo que no he dejado de pensar en el negocio y en todo el trabajo que tendré cuando vuelva. —Lydia no parecía contenta con mi respuesta.

—¿Estás segura de que... no hay nada más que te inquiete? —insistió.

—Estoy bien, de verdad.

—Buenos días, señoritas. —Eric entró en el comedor bostezando y con la cara todavía hinchada de recién levantado.

—Buenos días, Eric —le saludé con calma.

—Por qué no me esperaste... te busqué en cuanto me levanté, pero ya te habías ido —dijo sin más.

Sentí que la sangre se me subía a la cabeza.

—¿Estuvisteis juntos anoche? —preguntó su madre.

—No, es que ayer vino a mi habitación para bajar a desayunar conmigo, y le había prometido desayunar hoy también con él —expliqué para no levantar sospechas.

Observé la expresión de Eric para ver que tenía la misma cara que cuando confesó en el laboratorio que sí nos conocíamos. Su expresión proclamaba que diría la verdad sin importarle las consecuencias. Así que clavé los ojos en los suyos y le dirigí una mirada amenazadora y seria.

Se encogió de hombros y se sentó al otro lado de su madre, justo enfrente de mí.

Magdalena salió de la cocina con un plato lleno de tortitas con miel y almendras y se lo puso delante.

—Lo de siempre —le dijo.

Él asintió y empezó a hincar el diente.

—Bueno... ¿Cómo fue la reunión de negocios de anoche? —le preguntó Lydia con un tono despreocupado.

—Bastante bien, mejor de lo que esperaba —respondió.

—Debiste de pasarlo bien porque llegaste muy tarde. —Cogió una de las tortitas del plato de su hijo.

Miré hacia la puerta pensando en una forma de darme a la fuga. Me sentía cortada porque, aunque no estaba segura de que nos hubiera visto llegar juntos a la casa, era una posibilidad.

—Sí, la velada se alargó un poco, y el vino estaba de rechupete.

—Muchas veces no es por el vino, sino la compañía —continúo ella.

Estaba claro que quería indagar más, y yo temía que a Eric se le escapara algo que nos delatara a ambos.

—Tan sabia como siempre —respondió él y siguió disfrutando de su comida. No había dejado de mirarme a los ojos y a los labios en ningún momento, y su madre pudo darse cuenta de que algo pasaba entre nosotros.

Lo intenté todo para desviar su atención de mí: miré en otra dirección, volqué a propósito el salero sobre la mesa..., pero hiciera lo que hiciera, su profunda mirada oscura me seguía en todo momento. Le bastaba con la mirada para poner mi mundo patas arriba y arrastrarme a los recuerdos de la noche anterior, cuando no importaba nada más que nosotros dos y nos dejamos llevar por nuestros deseos carnales.

Por favor, no me mires más con esos ojos, o me perderé en un abismo del que nunca podré volver.

Capítulo 13: Por toda la eternidad

Eric

Mi madre me miraba con una fina línea dibujada en los labios y supe que se estaba conteniendo de decir algo. Pero era Cathy la que estaba más tensa. Empezó a sudar y a mirar en todas direcciones para evitar mi mirada.

—Cathy, ¿has terminado de comer? —le preguntó entonces mi madre.

—Sí, estaba todo muy rico —respondió con todavía una tostada en el plato a la que apenas había dado dos mordiscos.

—Excelente —Mi madre apartó su plato y apoyó ambas manos entrelazadas sobre la mesa—. ¿Podrías esperarme en el laboratorio de fragancias?

Cathy se levantó como si hubiera estado esperando la oportunidad de marcharse desde el instante en que yo puse un pie en el comedor. Sonrió nerviosa y se alejó por el pasillo, y yo la seguí con la mirada hasta que desapareció de mi vista.

Dejé las tortitas porque ya no me apetecían y me levanté de la silla.

—Quédate, por favor. Quiero hablar contigo un rato —dijo mi madre, con voz tranquila y lo bastante baja para que solo yo la oyera.

Suspiré y volví a sentarme.

—¿De qué quieres hablar?

—No me he tragado vuestras mentiras. Se os da de pena mentir, lo sabéis, ¿verdad?

—No sé de qué estás hablando —contesté. No porque me sintiera inseguro, sino porque quería resguardar la mentira de Cathy.

—No nací ayer, hijo —respondió—. Vi cómo reaccionó Cathy cuando apareciste, además de que tú no eres nada discreto.

Me acomodé en la silla y la miré directamente a la cara.

—¿Te quedarás contenta si te digo que me gusta?

—No, quiero saber toda la historia —insistió—. Anoche, antes de acostarme, fui hasta la habitación de Cathy para desearle buenas noches, pero ¿adivina qué? No estaba allí, a pesar de que su coche seguía en el garaje. Qué coincidencia, ¿verdad?

Sabía que había perdido y que dijera lo que dijera, no me creería.

—Vale, tú ganas —le dije—. Anoche la llevé a cenar a un restaurante italiano.

—Qué romántico —me interrumpió—. Perdona, me he emocionado un poco. Sigue. —Sacudí la cabeza, la miré y no pude evitar reírme.

—Te cae muy bien, ¿no? —le pregunté, a lo que ella asintió—. Hice todo lo que pude para que se sintiera como una princesa, y cuando la traje a casa, nos besamos.

Omití el resto de los detalles porque no quería hablar de esas cosas con mi madre a estas alturas de mi vida, y mucho menos sin mi padre cerca para brindarme apoyo.

Abrió mucho los ojos, que le brillaron ante lo que le estaba contado.

—Hay algo que todavía no termino de comprender —dijo—. ¿Por qué no nos hablaste de ella antes?

Tragué saliva con fuerza y pensé en contarle todo lo que había pasado, pero es algo muy personal para mí y que nunca había compartido con nadie.

—Porque no pensé que fuera importante. Es decir, estaba comprometido con Chloe —respondí—. Pero lo que sí puedo decirte es que en cuanto la vi pensé que era la mujer más hermosa del mundo entero.

Se quedó muy callada, mirando hacia arriba, ideando un plan para acercarnos.

—Me gusta mucho. Es guapa, amable y respetuosa, por no hablar de que ha construido un

imperio de la nada, con nada más que su talento y entrega —dijo mi madre—. Tienes buen ojo para las mujeres, me gusta para ti. Sería una buena luna para nuestra manada.

Desde que ocurrió todo el embrollo con Chloe, mi madre había intentado que saliera con muchas mujeres, incluidas hijas de poderosos alfas o miembros del consejo. Se había tomado muy en serio su papel de cupido.

—Nunca te había oído hablar así de una mujer —le dije.

—Es sólo que algo me dice que ella es la correcta. Puedo verlo en sus ojos. Por no hablar de lo difícil que es ignorar la química entre vosotros.

—¿Y qué pasa con Candy? —pregunté, enarcando una ceja.

Se llevó la mano a la frente e hizo una mueca con la boca.

—Sé que Candy tiene una mejor posición entre los de nuestra especie y que es la heredera de la manada de Mist, pero no se me ocurre una mujer mejor que Cathy para ti —contestó sin una pizca de remordimiento en la voz.

Alcé las cejas y sonreí.

—Al menos esta vez no me echarás un sermón cuando deje de salir con ella —repliqué.

Puso los ojos en blanco y se levantó de la silla.

—Ya he perdido mucho tiempo, tengo que ir a clase. —Se me quedó mirando, como esperando a que dijera o hiciera algo—. No te hagas el duro. Sé que te mueres por venirte conmigo.

—No quiero invadir vuestro espacio ni incomodaros —respondí.

—¡De eso nada! A las mujeres nos gusta ver la dedicación que muestra un hombre con nosotras, su capacidad para hacernos reír y su voluntad de conquistarnos —declaró con voz firme—. Mueve el culo y vete a conquistar a esa mujer.

—Pero, mamá...

—Nada de peros, el reloj no para de contar y pronto se marchará. Aprovecha el tiempo que le queda con nosotros —me animó.

—Vale, nada de excusas —añadí, levantándome de la silla y sintiendo cómo me recorría la adrenalina—. Voy a darlo todo.

Fuimos hasta el laboratorio en silencio, ella entró primero y yo la seguí. A Cathy se le pusieron las mejillas rojas como un tomate al verme y rehuyó mi mirada.

—¿También vas a mirar lo que hacemos hoy? —me preguntó con voz temblorosa.

Me acerqué a ella, la ayudé a ajustarse la bata de laboratorio y cogí otra que estaba colgada.

—No, de hecho, voy a aceptar tu oferta. Quiero que me enseñes a mí también.

Cathy miró a mi madre, pero ella estaba fingiendo no prestar atención a lo que ocurría.

Me puse las gafas de seguridad y esperé junto a mi madre las instrucciones de Cathy. Estaba nerviosa. Mi sola presencia conseguía alterarla hasta este punto, a pesar de que estaba haciendo todo lo posible por actuar como si no pasara nada. En un momento dado me miraba con expresión impertérrita para al segundo siguiente cambiar su expresión por otra más dura.

—Comencemos, pues. —Cogió una cesta pequeña donde había una manzana, melocotones, peras y unos trozos de coco—. Hoy extraeremos el aceite esencial de las frutas y lo utilizaremos como base para nuestros perfumes. Elegid una fruta.

—Yo quiero los melocotones —Mi madre agarró tantos como pudo.

Cathy se plantó entonces delante de mí. Ahora estaba más tranquila y me miraba con expresión totalmente seria.

—¿Qué me recomiendas? —le pregunté.

—Coco —respondió sin más.

—¿Por qué el coco? —Cogí los trozos.

—Porque tiene un aroma tropical y es de mis favoritos —mencionó.

Antes de coger el último trozo, deslicé la mano por encima de la suya a posta para ver su reacción.

—Perdona —dije.

—No pasa nada —respondió ella, frunciendo los labios—. Empecemos de una vez, este proceso es un poco largo.

Dejó la cesta en uno de los estantes laterales del laboratorio.

—Lydia, tienes que poner las frutas en la prensa para extraer los líquidos y así después iniciar el proceso de filtrado —le indicó a mi madre, llevándola al extremo del banco de trabajo donde ya había montado la pequeña prensa mecánica y le explicó con detalle cómo llevar a cabo el procedimiento.

Cathy se volvió hacia mí con una expresión serena y muy profesional. Se había metido en su papel.

—El tuyo es más sencillo, tienes que moler los trozos de coco con agua, y cuando obtengas una sustancia completamente blanca, separaremos los líquidos de los sólidos y calentaremos el líquido hasta que se evapore todo y nos quedemos sólo con el aceite —me informó sin una sola pausa.

—¿Eso es todo? —pregunté, dándole un mordisco a un trozo de coco—. Está rico, ¿quieres un poco?

Me quitó el coco de las manos.

—No tendrás perfume si te comes los ingredientes.

Me concentré en todo lo hacía para que ella notara mi interés por conocer su pasión. Quería que viera que no era uno de esos hombres que dicen cosas solo para impresionar a las mujeres, sino que hablaba con el corazón en la mano.

Ella se movía de un lado a otro, resolviendo las dudas de mi madre y dándonos instrucciones para el siguiente paso.

Me limité a observarla y a escuchar lo que decía, asombrado por su belleza y por lo encantadora que se veía haciendo lo que le gustaba. Por más que intentaba concentrarme en lo que tenía entre manos, no podía evitar admirarla cada vez que ella no me estaba mirando.

—Muy buen trabajo —me dijo, hundiendo los dedos en un pequeño recipiente de cristal que tenía delante, donde había guardado el extracto de coco—. Te ha quedado perfecto a la primera. Tienes un talento natural para esto.

—¡Dios mío! —exclamó mi madre, haciendo que a Cathy casi se le cayera el frasquito—. Había olvidado mi cita con el dentista. Me tengo que ir.

Se quitó el equipo de seguridad y se apresuró a ordenar las cosas lo mejor que pudo.

—Podemos continuar mañana con el siguiente paso, entonces —dijo Cathy.

—No, no, querida, no pares por mí —le respondió mi madre, cogiéndole las manos a Cathy y mirándola a los ojos.

—¿Estás segura? —Cathy intentó rehuir de mí una última vez.

—Del todo. Seguid sin mí, insisto.

Cathy asintió con la resignación pintada en la cara y se acercó a mí. Mi madre aprovechó que no la miraba y moduló con los labios «buena suerte», antes de darse media vuelta y salir del laboratorio sin más preámbulos.

—Ahora debemos purificar el extracto de coco y separar la esencia aceitosa del líquido acuoso —explicó.

La miré y no pude pensar en otra cosa que en lo que había pasado anoche, en cómo se había entregado a mí y en cómo nuestros cuerpos se habían unido. Pero me controlé y me concentré en lo que estaba haciendo. Escuché sus instrucciones y las seguí al pie de la letra.

—Tiene buena pinta. Apaga el fuego —me dijo.

Apagué las llamas del pequeño calentador portátil y esperé hasta que el aceite se separó del agua en dos capas. Toda la habitación olía a coco. El aroma era suave, pero se podía percibir por todas partes. Levanté el recipiente con el contenido, pero en cuanto lo cogí, ambas capas se mezclaron.

—¿Cómo arreglamos esto ahora? —pregunté.

—¿Quieres la opción fácil o la difícil?

—No quiero que pienses que soy un vago, pero voy a decantarme por la fácil —respondí, secándome el sudor de la cara causado por el vapor.

—Sabia elección. —Me quitó el recipiente de las manos y lo metió en la pequeña nevera que

había al final del laboratorio.

—¿Y ahora qué?

—Ahora sólo tenemos que esperar a que se produzca la magia —comentó y se sentó en una de las sillas. Se quitó los guantes, se soltó el pelo y empezó a masajearse suavemente la cabeza.

—¿Quieres hablar? —pregunté, tomando asiento frente a ella.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó, cruzando las piernas.

—De nosotros.

—No hay ningún nosotros. Lo que pasó anoche fue un error —afirmó, rechinando las palabras—. No podemos estar juntos. Somos de mundos muy diferentes.

—Eso no es verdad —repliqué—. Tú, más que nadie, sabes que todo lo que acabas de decir no es verdad. Lo siento dentro de mí, y tú también lo sientes.

—Te equivocas —ladró y ajustó su postura.

—¿Me estás diciendo que no sientes nada por mí?

Se esforzó por evitar responderme. Los latidos del corazón se le aceleraron, al igual que la respiración.

Cathy estaba a punto de explotar, y yo no podía contenerme más; así que, sin pararme a pensarlo, me acerqué a ella y cubrí sus labios con los míos. Sabía que podría reaccionar mal, pero se le suavizó la boca y me devolvió el beso.

Capítulo 14: celos y ferocidad

Cathy

—Por favor, para. —Empujé a Eric—. No vuelvas a hacer eso.

Podía sentir que la conexión entre él y yo había crecido. Mis labios anhelaban los suyos y todo mi cuerpo quería batirse en un duelo de amor en el que sólo ganaría la pasión.

—¿Por qué haces esto? —me preguntó, lamiéndose sutilmente el labio—. ¿Por qué sigues alejándome?

Guardé en silencio, observando su semblante. Estaba confuso, pero furioso al mismo tiempo.

—Te he dicho que no podemos estar juntos —dije.

—Dame una buena razón, y te juro que te dejo en paz.

Razones tenía de sobra, pero él no iba a entenderlas, así que pensé en usar una carta que nunca falla.

—No tengo que darte una razón. Tienes que respetar mi decisión y punto —proclamé.

Eric me miró con incredulidad ante lo que había salido de mi boca.

—Dime que no sientes nada por mí. Dime que no te mueres por repetir ese beso —insistió.

—Esa es la cuestión, me gustas, es bastante obvio —grité—. Pero no estoy dispuesta a renunciar a mi vida y a mi identidad por un simple capricho. —Mis palabras eran hirientes, no sólo para él, sino para mí. Intentaba parecer dura, pero por dentro estaba hecha pedazos flotando en un mar de confusión.

—¿Eso es lo que soy para ti entonces, un mero capricho?

—La verdad es que no sé lo que eres para mí —dije con voz clara.

Eric enderezó la espalda, se cruzó de brazos y me observó en silencio.

—No alarguemos esto más, ¿de acuerdo? —propuse—. Terminemos lo que estábamos haciendo para que tu madre no sospeche y podamos largarnos de aquí.

Sentí que quería salir corriendo hacia el bosque y huir lo más lejos posible de él.

—Bueno, pues venga, terminemos —contestó.

Tenía los ojos apagados y la mirada perdida y a la deriva, como si su mente estuviera en cualquier otro lugar menos aquí. Me levanté y fui a la nevera, no sólo para comprobar el estado del componente principal, sino para poner distancia. Cogí la botellita, el aceite ya estaba opaco, y su textura era firme.

—Está listo —anuncié.

Le entregué la botella y extrajo el aceite solidificado con una paleta metálica con sumo cuidado para que, a continuación, lo depositara en una destilería, donde refinamos el aceite y obtuvimos la esencia.

—Muy bien, ahora hagamos la fragancia —le dije—, ¿quieres añadirle algo más?

Miró el estante con los frasquitos de colonia y sacó la esencia de jazmín.

—Este —anunció.

Fruncí el ceño ante su elección, no tenía mucho sentido para mí. Estaba pensando más bien en aromas más comunes como la canela o la vainilla, que combinan muy bien con el coco.

—¿Por qué ese? —quise saber.

—Es un aroma que me aporta paz —respondió con seriedad y se centró en lo que hacía.

Cogió los ingredientes y se puso con el proceso él solo. Lo hizo con tanta naturalidad y seguridad que me sorprendió que no me pidiera ayuda en ningún momento. Fue como si hubiera memorizado todos los pasos que yo llevé a cabo ayer y los estuviera repitiendo en secuencia sin cometer ningún error.

—Puedes añadirle un poco más de alcohol para suavizar su olor o un poco más de adherente para que el efecto dure más tiempo —le dije.

—Creo que así ya está bien —dijo, envasando el producto en un recipiente de plástico.

—¿No vas a probarlo?

—Se me ha caído un poco en la mano mientras lo envasaba —respondió—. Ya lo he probado sin querer.

Acerqué la nariz a su mano para oler el resultado.

—Por la Diosa de la Luna, huele mejor de lo que pensaba —exclamé, realmente intrigada—. Los olores combinan muy bien, y me recuerda al final del verano, cuando a los árboles se les empiezan a caer las hojas y desprenden ese aroma que huele todavía a algo fresco y puro.

Miré sus labios que pedían a gritos ser besados mientras hablaba. Su cuerpo escultural destacaba bajo aquellas prendas hechas a medida, y no pude pensar en otra cosa que no fuera lanzarme a sus brazos. Él seguía hablando, pero mi cerebro lo ignoró para centrarse únicamente en todos los atractivos rasgos de Eric.

Formó una línea con los labios.

—Espero que eso signifique a algo bueno —dijo—. Bueno, supongo que hemos terminado con la clase.

Cuando volví a mirarle, sentí cómo empezaba a derretirme por él, así que antes de dejarme llevar de nuevo por lo que sentía, salí corriendo del cuarto sin despedirme para encerrarme en mi habitación, el único lugar seguro donde Eric no podía seducirme, pero donde mis pensamientos me hacían anhelarle más.

Una vez dentro de mi habitación, fui a por el móvil para ver qué tal le iba a mi hijo y ponerme al día con mis cosas porque, aunque estaba aquí, aún tenía asuntos de los que ocuparme ahí fuera.

Tenía varias llamadas perdidas de Larry y tres mensajes suyos con la etiqueta de urgente que ignoré por completo. No me apetecía contestarle. Antes lo hacía por obligación, por la necesidad de encajar con las mujeres que me rodeaban, pero después de ver y sentir a Eric, no puedo pensar en otra cosa.

La cabeza dejó de darme vueltas cuando recibí una videollamada de mi hijo. Respondí de inmediato.

—Hola, mi niño. Te echo mucho de menos —dije con alivio cuando lo vi.

—Hola, mami, yo también te echo mucho de menos... ¿cuándo vuelves a casa? —me preguntó arrugando la barbilla y con los ojos muy abiertos.

—Volveré a casa en dos días, cariño, te lo prometo —le aseguré—. He estado muy ocupada y por eso no te he llamado antes.

Asintió con la cabeza.

—Lo sé, mami, sé que estás muy ocupada. Quiero que sepas que te quiero mucho y que quiero verte pronto.

—Yo también te quiero mucho. ¿Puedes pasarme a Nani un momento?

Esbozó una sonrisa que dejaba a la vista el diente que aún no le había salido y le lancé un beso.

—Hola, señora —saludó Nani con una máscara verde pegada a la cara—. Disculpe, estaba de relax.

—No, no pasa nada. Solo quería saber cómo ha ido todo por casa —dije, aguantándome la risa porque tenía unas pintas muy graciosas.

—Ha estado todo muy tranquila. Elliot ya ha terminado con sus deberes, así que le he estado enseñando a sumar. Aprendió todo en menos de un día. Me impresiona lo rápido que lo pilló todo al vuelo —comentó, haciendo que el corazón se me calentara de amor con sólo saber que mi hijo era un niño extraordinario y muy inteligente.

—Gracias por todo lo que haces. Eres la mejor niñera del mundo —afirmé.

—Otra cosa, ayer Larry se pasó por aquí, te estaba buscando y le dije que te encontrabas fuera de la ciudad. Parecía un tanto preocupado.

—Gracias por el aviso —dije—. Me ocuparé de ello.

Elliot pegó su mejilla a la de Nani por accidente, en su ansia por verme antes de despedirse, y no

pude contener la risa.

—Te quiero mucho, cariño. Adiós Nani, nos vemos muy pronto, cuídate.

Colgué y me quedé tumbada y mirando al techo. El teléfono volvió a vibrarme con otro mensaje de Larry, que empezaba con un «Hola guapa»; después de eso, no quise leer más. Bloqueé la pantalla y perdí la noción del tiempo pensando en Eric. Me toqué los labios e imaginé que me besaba. No me obligué a alejar esos pensamientos. Esta vez los recibí con los brazos abiertos y los disfruté.

Era mi hombre ideal, lo deseaba, y anhelaba que todo fuera diferente, que pudiera hablarle de Elliot y pudiéramos formar una familia aquí, en mi casa o donde fuera. Lo único que quería era a que estuviésemos los tres.

—Señora North, ¿está despierta? —Llamó a la puerta una de las criadas.

—Sí, estoy aquí —respondí, levantándome de la cama.

—No es necesario que salga. Sólo quiero informarle que el señor Patric Night ha llegado a la casa y ha preparado una cena especial para conocerla a usted. La comida se servirá a las nueve —anunció.

Su voz se fue desvaneciendo en mi cabeza y me entró el miedo. Mi padre solía decir que Patric era un alfa muy astuto y su mayor rival. Siempre contaba historias de sus batallas y de cómo estaban siempre al borde de matarse el uno al otro. Mi concepto de él era el de un monstruo igual o peor que mi padre.

—Me encantaría, pero no tengo la ropa adecuada —le dije.

—Mire en el armario, ahí hay ropa más que de sobra —me informó antes de alejarse por el pasillo.

En esta habitación se podría alojar fácilmente a una familia y, aunque llevaba aquí dos días, me había limitado a usar el baño y la cama, por lo que ni se me pasó por la cabeza revisar el armario.

Me dolían los pies porque no me había quitado los zapatos en todo el día, así que aproveché para quitármelos y caminar sobre la mullida moqueta que cubría todo el suelo de la estancia hasta el armario. Cuando lo abrí, resultó ser casi del tamaño de la habitación.

Así es como se gasta el dinero la gente rica.

Había ropa vintage y de marcas de diseño como Versace, Carolina Herrera y otras del estilo. Todas las prendas conservaban las etiquetas y el plástico protector. Todas eran de mujer y, casualmente, de mi talla. No había duda de que esto era obra de Eric.

Le eché un vistazo el teléfono para comprobar que el reloj marcaba las 19:31. Era demasiado tarde, teniendo en cuenta lo que tardaba yo en prepararme, y no era el momento de causar una mala impresión llegando tarde.

Corrí al baño y, mientras me cubría el pelo con un gorro de ducha, dejé que la bañera se llenara de agua caliente. Me sumergí en ella y me di un baño rápido pero concienzudo con los bálsamos de mi última línea de productos de cuidado personal, perfumados con flores de primavera.

Salí de la bañera, me sequé con una toalla y me miré en el espejo, sintiéndome sexy. No pude evitar pensar en Eric y en cómo me tocaría de estar aquí conmigo, así que fui al armario a buscar un vestido apropiado, pero que tampoco se pasara de conservador que le fuese a gustar.

Después de buscar y probarme varios vestidos, me decidí por uno de color verde bosque, largo, pero con una raja en la pierna, de cuello alto y la espalda descubierta. Me puse unas plataformas bajas del mismo color, un collar sencillo y me recogí el pelo en un moño.

Mirándome en el espejo, arreglé los mechones rebeldes y me pinté los labios de color burdeos.

Miré el reloj y vi faltaban cinco minutos para las nueve. Me eché un último vistazo y puse tumbo al comedor con pasos seguros y la cabeza bien alta.

—Así que usted es la señorita de la que tanto mi mujer como mi hijo no paran de hablar dijo un hombre de mediana edad con bastantes canas en la cabeza, ojos oscuros, alto y con los antebrazos más grandes y musculosos que había visto en mi vida.

Lydia estaba a su lado, cogiéndome de la mano. Llevaba un vestido largo con mangas color vino y un collar de perlas negras adornándole el cuello.

—Encantada de conocerle por fin. —Le estreché la mano—. Usted debe ser el Sr. Patric.

Me cogió la mano, le dio un sutil beso y me devolvió una sonrisa.

—El honor es todo mío.

—Ese vestido te queda espectacular —me dijo Lydia después de escudriñarme con la mirada—. Esos tonos te favorecen.

—Tú también estás muy elegante —contesté—. Siempre eliges la ropa adecuada.

Sonríó tanto que le resultó imposible mantener los ojos abiertos.

—Vamos a sentarnos mientras esperamos a Eric. Debería llegar en cualquier momento —dijo Patric, comprobando su reloj de oro.

Me senté junto a ella en el otro extremo de la mesa, de frente a Patric, porque la costumbre en las manadas era que a la izquierda del alfa siempre se sentase su luna, su heredero a la derecha, y en frente el invitado.

Después de tomarnos la primera copa de vino mientras esperábamos a Eric, éste apareció en el pasillo con un traje azul claro que resaltaba sus rasgos. Al verle, sentí que me emocionaba, pero la sensación duró poco porque detrás de él venía una mujer rubia cogiéndole de la mano.

Nadie pareció sorprenderse. De hecho, todos se levantaron cuando ella los saludó. Los imité para no ser irrespetuosa, pero por dentro las dudas y la ansiedad me estaban matando.

¿Quién demonios es esta mujer?

Capítulo 15: La única forma

Eric

La expresión alegre se borró de la cara de Cathy en cuanto entró Candy tomándome de la mano.

Mi acompañante era rubia, de ojos azules, pecas en la nariz y las mejillas, y delgada, pero con una cintura de guitarra. Ambas tenían mucho en común. Eran empresarias, decididas, ambiciosas, y por sus venas corría la sangre de un alfa.

—Hola, soy Cathy —se presentó fingiendo una sonrisa.

Ambas rubias se dieron la mano y se sonrieron. Candy ignoraba lo que sucedía y se limitó a tratarla como una invitada más, pero la incomodidad en el rostro de Cathy era más que evidente.

—Encantada de conocerte. Llámame Candy —respondió.

Candy era la primogénita de la manada de Mist, una de las manadas que habitaban bajo el dominio de mi padre. Nos presentaron hace un par de meses en una fiesta, y mi madre hizo todo lo posible para que saliéramos.

Para mi madre, encontrarme una compañera era la prioridad número uno, y no una cualquiera, sino una digna de ocupar su lugar. Antes de que apareciera Cathy, la heredera de la manada de Mist era su favorita.

—Te estábamos esperando —dijo mi padre—. No sabíamos que fueras a traer a una invitada, pero para ti siempre habrá un sitio en esta mesa, querida. —Mi padre solo lo decía porque era su forma de demostrar hospitalidad, pero el comentario le sentó muy mal a Cathy.

—Muchas gracias, alfa Patric —respondió—. Siempre es un honor para mí estar aquí.

Cathy ya no disimulaba su incomodidad. Enarcó una ceja y las orejas se le movieron de forma involuntaria.

—Ahora que ya estamos todos, vamos a cenar —dije.

Llevé a Candy de la mano hasta su silla, justo al lado de donde yo me sentaría. Arrastré la silla y la ayudé a sentarse.

—¿Todo bien? —le pregunté.

—Sí, cielo —respondió ella.

No me volví para mirar a Cathy, pero podía sentir la presión de su mirada sobre mí, su fastidio y cómo contenía su ira. Y me encantaba.

Mi madre esperó a que me sentara y me lanzó una mirada asesina, juzgándome por haber traído a Candy justo hoy.

Me encogí de hombros. Después le cogí la mano a Candy y puse ambas sobre la mesa, asegurándome de que Cathy pudiera verlas.

No había planeado nada de esto, pero Candy llevaba días insistiéndome para ir a cenar, aunque yo siempre acababa excusándome para pasar más tiempo con mi compañera. Cathy no hacía más que alejarme, así que, cuando mi padre llegó de cazar y anunció que organizaría una cena para conocer a Cathy, vi una oportunidad única de darle celos para que de una vez por todas aceptara que sí siente algo por mí.

—¿Quién tiene hambre? —preguntó mi padre para poner fin al incómodo silencio que reinaba en la mesa.

Levanté la mano con la que sujetaba la de Candy y miré a Cathy directamente a los ojos. Estaba seria, callada y apretando la mandíbula.

—Chicas, por favor, traed la cena —anunció mi madre.

Beatrice y una mujer nueva salieron de la cocina con el uniforme blanco que sólo vestían para acontecimientos especiales. Llevaban entre las dos una bandeja de metal con carne del ciervo que había cazado mi padre. Olía fresco, y pude notar que lo habían preparado con romero, ajo y mantequilla. El olor resultaba exquisito al paladar.

Detrás de las dos mujeres, Magda acercaba un carrito con ensalada y varias botellas de vino tinto.

—No fue una presa fácil. —Mi padre miró con orgullo la carne.

Tras dejar la carne en la mesa, Magda nos sirvió los platos, añadió la ensalada de guarnición, nos llenó las copas y regresó a la cocina junto con la nueva. Beatrice se quedó junto a la puerta con una botella de vino en la mano y una servilleta de tela colgándole del antebrazo.

—Buen provecho —dijo mi madre—. Ya podéis comer.

Probamos el ciervo mientras mi padre nos observaba para captar nuestras reacciones.

—El ciervo está muy suave y fresco. Nunca había probado algo así —dijo Cathy tras dar su primer bocado.

Mi padre sonrió, complacido.

—He oído que es usted diseñadora de fragancias —Mi padre empezó a sentirse lo bastante a gusto como para hablar con ella.

—Sí —Se limpió la boca con una servilleta—. Tengo mi propia línea de productos y sucursales en Estados Unidos y una nueva en París.

—Es impresionante que una mujer tan joven haya conseguido todo eso —continuó el alfa—. ¿Y qué hizo mi esposa para persuadir a una mujer tan ocupada para que viniera a enseñarle?

Mi madre sacudió la cabeza poniendo los ojos en blanco.

—Nada, simplemente fue simpática conmigo y, cuando me lo pidió, no pude evitar aceptar —respondió Cathy.

Candy tomó un sorbo de vino y la miró con intriga.

—Tú eres la famosa Cathy North de la que todo el mundo habla. Es un honor conocerte por fin. No sabía que eras una de los nuestros, ¿a qué manada perteneces?

—No soy de ninguna manada —respondió ella con cara seria—. Mi única identidad es ser diseñadora de fragancias y empresaria.

—Lo siento, pensé que eras...

—¿Alguien quiere más vino? —intervino mi madre justo a tiempo antes de que mi padre empezara también a hacer preguntas incómodas a Cathy.

Le apreté con suavidad la mano a Candy y ella comprendió que no debía preguntar más.

—¿Es humana? —me susurró, inclinándose más hacia mí.

Miré a Cathy, que estaba que echaba humo al ver que la rubia se acercaba tanto a mí.

—No, pero no le preguntes por su pasado. No le gusta hablar de ello —susurré mientras le apartaba uno de los mechones de pelo de la cara con la mayor delicadeza posible.

—De acuerdo —respondió ella y siguió bebiendo vino.

Me sentía mal porque de alguna manera sentía que estaba utilizando a Candy, pero al mismo tiempo, me encantaba ver cómo Cathy reprimía sus emociones y fingía que no le molestaba en absoluto.

—¿Quieres más ensalada? —le pregunté a Candy, limpiándole un poco de salsa de los labios.

—Sí, pero sólo un poco. —Le eché un poco más en el plato y le hizo un gesto a Beatrice que le rellenara la copa a Candy.

No sólo tenía sobre mí la atención total de Cathy, sino también la de mi madre, que no entendía en absoluto lo que estaba pasando, pero, por su expresión, supe que tendríamos unas palabras.

Mi padre todavía ignoraba que Cathy era hija de Sith, mi madre desaprobaba cada una de mis acciones y Cathy estaba furiosa y callada en su asiento. Después de comer hasta hartarnos, escuchamos a mi padre presumir de sus batallitas en sus días de gloria, cuando aún había guerras entre las manadas.

—Antes de despedirnos, quiero hacer un brindis. —Mi padre se levantó y alzó su copa—. Quiero dar las gracias a Cathy por haber acompañado a mi luna todo el tiempo que estuve ausente y por haber hecho realidad su sueño. También a Candy y a su manada, porque siempre habéis sido leales y hemos conseguido muchas cosas juntos. Y, por último, a mi luna y mi hijo porque son los pilares de mi vida. Salud.

—Salud —dijimos al unísono y chocamos nuestras copas.

—Es un poco tarde y ya estoy cansado —anunció mi padre—. Me voy a la cama, pero si queréis, continuad sin mí.

Mi madre se despidió también y acompañó a mi padre al dormitorio.

—Ha sido un placer conocerte y espero que podamos ser amigas —le dijo Candy a Cathy.

—El placer ha sido mío, y me encantaría, pero en unos días volveré a la rutina y no creo que volvamos a vernos —respondió ella.

Cathy asintió, se dio medio vuelta y se alejó en dirección a los jardines, ignorando por completo mi presencia. Su declaración me hizo darme cuenta de que ya casi se había ido. Me había prometido conquistarla mientras estuviera aquí, pero no importaba si se iba, iría tras ella y me aseguraría de intentarlo tantas veces como pudiera hasta que finalmente confesara sus sentimientos y me diera una oportunidad.

Cuando se fue, me quedé a solas con Candy.

—Gracias por esta cena. Me he divertido mucho. —Se alisó el vestido.

—Gracias por venir. Ahora déjame llevarte a casa.

Había cumplido mi objetivo, y era momento de pasar a la segunda fase de mi plan, pero para ello necesitaba estar a solas con Cathy.

Candy hizo una mueca y supe lo que significaba. Deseaba algo más, pero mi mente estaba en otra parte.

—No hace falta. Puedes llevarme Lucas, o puedo llamar yo a alguien —me dijo.

—Ven conmigo —La conduje hasta la entrada, donde Lucas ya estaba montando guardia, y le entregué las llaves de mi Porsche—. Llévala a casa.

Lucas asintió y sus ojos se abrieron como platos al ver las llaves. Se apresuró hacia el coche y lo acercó a la entrada.

—Espero que nos volvamos a ver —dijo ella.

—Yo también —respondí, sabiendo que probablemente no volvería a verla, al menos no en una cita.

La ayudé a subir al coche y esperé hasta que salieron de la propiedad.

Ya de vuelta a casa, vi a Cathy por una de las ventanas caminando sola y sin rumbo por el jardín. Fui hasta ella sin el menor sigilo, pero aun así no se dio cuenta de mi llegada. Estaba absorta hasta el punto de ignorar todo lo que la rodeaba.

—¿Qué haces aquí sola? Hace frío —hablé yo.

—¿Qué haces aquí? Creía que estarías con tu novia. —Apretó los dientes. Evitó mi mirada y empezó a caminar en dirección contraria a la mía.

—¿Estás celosa?

—¿Celosa? ¿Por qué iba a estarlo? —dijo, acelerando el paso.

La seguí y la agarré de la mano.

—Espera.

—Déjame en paz, ¿quieres? —contestó ella con voz firme y unos ojos que prometían una tormenta inminente.

—Puedo explicarlo, por favor.

—¿Explicar qué? No tienes que explicarme nada. Tú y yo no somos más que amigos —replicó con tono crispado.

—¿De verdad lo sientes así?

—Aléjate de mí —gruñó.

Tiré de ella y la acuné entre mis brazos, ella me empujó e intentó zafarse, pero cuanto más lo intentaba, con más fuerza la sujetaba.

—Los celos se te están escapando por cada poro de tu cuerpo, y me gusta —susurré.

Siguió resistiéndose hasta que se rindió entre mis brazos.

—Sí, lo reconozco —admitió alzando la voz—. Estaba celosa. ¿Contento?

—Ahora, sí —dije, acercando mi cuerpo más la suyo.

La luna de esa noche se encontraba oculta por una nube y las estrellas escaseaban en el cielo. Me tumbé en la hierba y la abracé contra mi pecho, sin importarme si se me ensuciaba la ropa.

—Este vestido te queda precioso. Desde que lo elegí, no he dejado de imaginarme lo guapa que estarías con él puesto.

Se dejó caer encima de mí, se acurrucó en mi pecho y observamos el cielo nublado.

—¿Por qué la trajiste contigo? —me preguntó.

—Porque sabía que así dejarías de engañarte a ti misma y aceptarías que estás enamorada de mí —respondí sin más.

—¿Está ella enamorada de ti?

—No lo creo. Su padre la presiona para que salga conmigo y, sinceramente, ella no significa nada para mí. Sólo acepté salir con ella para complacer a mi madre.

Suspiró y empezó a masajearme el bíceps.

—No vuelvas a hacer eso —me ordenó.

—Sólo si admites que estás perdidamente enamorada de mí —la desafié.

Se le aceleró el pulso. Se apoyó en mi pecho, dejando que su pelo me rozara la cara, y me miró con sus ojos grises como tormentas.

—Me gustas, y no puedo explicar lo que siento por ti —confesó—. A lo largo de estos años he intentado olvidarte, pero siempre soñaba contigo, o te aparecías en mi mente cada vez que podías.

Cathy no tenía forma de saberlo porque su loba no se había despertado, pero yo había sentido esa sensación todos los días durante estos seis años, un vacío interior que nada ni nadie podía llenar, el anhelo de conocerla y llevármela conmigo. Hubo tantas veces en que soñé con ella y, al despertar, le imploré a la Diosa de la Luna que la trajera a mi lado, aunque sólo fuera un instante para sentir su cuerpo junto al mío y besar sus labios.

—Cathy, quiero todo de ti. Te necesito —le confesé.

Sonrió y preparó los labios para mí. La besé con ternura y ella se dejó llevar. Me levanté, la cogí en brazos y me dirigí a mi habitación, pensando en las distintas formas en que la haría mía.

Capítulo 16: El primer paso

Cathy

Eric me llevó en brazos hasta su cama, me tumbó en ella y se quitó el abrigo azul que tenía la espalda manchada de verde por la hierba del jardín.

—Cathy, no sabes lo difícil que es estar cerca de ti y contener las ganas de besarte —me dijo, tumbándose a mi lado.

De forma inconsciente, me aparté de él y le puse la mano en el pecho para evitar que se acercara.

—Lo sé, yo siento lo mismo —le dije, manteniendo el brazo firme—. Pero no podemos dejarnos llevar. No somos los mismos de hace seis años. Tenemos responsabilidades.

Eric rodeó sutilmente mi muñeca con la mano y la movió hacia un lado. Se acercó más a mí, lo suficiente para aumentar la tensión y el deseo que sentíamos el uno por el otro.

—¿Por qué te esfuerzas tanto en alejarme de ti? ¿De qué tienes miedo? —me interrogó, atravesándome los ojos con esa mirada profunda suya que, con la ausencia de luz, parecía más oscura y algo misteriosa.

Sentía la boca y la garganta secas. Tragué saliva y me eché hacia atrás.

—No quiero nada serio en este momento —dije.

Sentí que me subía la tensión, podía oír mi propio pulso, me palpitaba la cabeza y empecé a sentir un ligero dolor.

—Sé que no estás siendo sincera. —Juntó las palmas de las manos, se tapó la boca y la nariz, y suspiró con pesadez—. Puedo darme cuenta de ello con sólo mirarte.

Eric me estaba poniendo tan nerviosa que no podía mentirle. Mi propio cuerpo me estaba delatando, convirtiéndome en un libro abierto para él. Llegados a este punto, sabía que no podía

seguir mintiendo, pero tampoco quería rendirme tan fácilmente.

—¿Qué harás cuando me vaya? —Apreté más las sábanas—. ¿Dejarás todo atrás y te vendrás conmigo?

Volvió a suspirar y apoyó las palmas de las manos en mis mejillas, pegando mi cara a la suya.

—Sabes que no puedo abandonar la manada, y mucho menos mis responsabilidades. No puedo huir como hiciste tú —me dijo con lentitud, sopesando sus palabras. Me relajé y dejé que me cogiera entre sus manos.

—Yo tampoco puedo quedarme aquí y renunciar a todo —respondí—. He hecho mi vida, he construido mi propia identidad. Cathy North, la diseñadora de fragancias, es quien soy.

Después de decirle esto, esperaba que me pidiera que me fuera de su habitación, pero, por el contrario, se acercó aún más a mí.

—Lo sé, y nunca te pediré que renuncies a tu vida —dijo con tono apaciguador—. Pero podemos encontrar un equilibrio juntos. Al menos, podemos intentarlo. No perderemos nada.

Eric no era un hombre al que resultase fácil decirle que no. Ansiaba estar con él, fantaseaba con ello, pero pensar en todo lo que ocurriría me producía un cosquilleo y un picor por todo el cuerpo.

—¿Estás seguro de que quieres intentarlo? —le pregunté—. ¿Qué pasará con Candy o cuando tu padre descubra que soy una Sith?

Apretó los labios hasta formar una fina línea.

—Ya le dije que Candy no significa nada para mí. Le diré que ya no tengo intenciones de salir con ella ni de ser nada más que aliados. Y, en cuanto a lo de mi padre, no es ningún idiota. Debe de sospechar que eres una Sith, y seguramente alguno de sus informantes ya le habrá dicho algo —añadió.

El corazón se me paró de repente y noté que me costaba respirar.

—¿Y por qué no dijo nada? ¿Por qué me permitió quedarme aquí?

—Porque no te ve como una amenaza y confía en el criterio de mi madre y en el mío —

respondió—. Va en serio cuando te digo que mamá le ha hablado mucho de ti. Esa mujer te adora.

Sus labios estaban muy cerca de los míos. Podía aspirar su aliento frío y sentir cada respiración chocando contra mi pecho.

—¿Crees que tus padres lo aprobarán? —Con cada palabra que salía de mi boca, el pulso se me aceleraba hasta el punto de que el corazón quería salirse del pecho.

—Estarán de acuerdo, sobre todo mi madre, créeme —respondió.

Me miró de tal manera que me desnudó sin ponerme un dedo encima. Vio mi alma y lo más profundo de mí, haciendo que me derritiera aún más por él. Por más que intenté ocultar mis emociones para no caer rendida ante él tan fácilmente, mi mirada se clavó en sus labios carnosos, que me tentaban a pecar.

—Eres la mujer que quiero a mi lado —confesó mientras borraba la distancia que nos separaba y sus labios se encontraban con los míos justo cuando yo andaba con las defensas bajas.

Sus besos eran cálidos como el verano más luminoso pero sutiles como la primavera. Me acarició la cara con las manos mientras yo me dejaba llevar, permitiendo que mi cuerpo se deleitara con el calor y las caricias de Eric.

Se arrancó la camisa, dejando al descubierto su pecho, su abdomen esculpido y sus pectorales firmes. Me cubrió con sus brazos mientras me besaba con delicadeza la frente.

—Yo... —Intenté hablar, pero mi mente estaba tan perdida en él que no pude formular una sola palabra coherente.

—No digas nada y disfrutemos del momento —Abrió la palma de la mano para poder mirar la mía, luego entrelazó sus dedos con los míos y me dio otro beso.

El pulso de Eric era normal, pero su temperatura corporal se disparaba, haciendo que el frío de la noche desapareciera para mí. Me agarró la cintura con la otra mano y me la apretó suavemente, antes de darme la vuelta.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté, jadeando con descontrol.

A Eric se le levantó la comisura de los labios, mostrando sutilmente sus dientes de porcelana. Se

puso encima de mí, me cogió la otra mano, la colocó estirada por encima de mi cabeza y apretó sus labios contra los míos, fundiéndose en un beso lento.

En ese momento, yo era de Eric. Sentí que cada célula de mi cuerpo disfrutaba del contacto con él, y mis deseos fueron en aumento.

Me dio la vuelta mientras me subía el vestido, dejando al descubierto mi ropa interior de encaje. Sentí cómo su polla crecía de tamaño bajo sus pantalones al entrar en contacto con mi cuerpo.

Al verme, me lamió los labios con la punta de la lengua y me apretó el muslo con una de sus manos. No pude evitar mordirme los labios mientras giraba sobre mí misma para poder mirarle a los ojos.

—¿Estás segura? —me preguntó.

Me aferré más a él. Eric sabía lo que yo quería.

—Sí, lo estoy —logré decir entre mi respiración agitada y los jadeos que no podía controlar.

Eric apretó su cuerpo contra el mío y se bajó la cremallera de los pantalones. Sentí su polla dura golpearme las nalgas. Tenía un hambre voraz de mí; todo su cuerpo estaba agitado.

—Me gusta provocar esta reacción en ti —confesó, frotando su virilidad con mi sexo húmedo.

Los pezones se me pusieron erectos, sobresaliendo de la tela del vestido, y sentí que me humedecía cada vez más.

Apreté más las manos en puños de forma inconsciente porque tenía la sensación de que podría resbalarme debido a lo débiles que sentía las piernas. Eric tenía el poder de hacerme perder el control de mi cuerpo con solo tocarme.

Colocó su miembro en mi entrada y empezó a metérmelo lentamente, mi sexo estaba muy apretado, y sentí su gruesa polla abriéndose paso dentro de mí, haciendo que me corriera. Puso una mano sobre mi boca y negó sutilmente con la cabeza.

—Shh, recuerda que mis padres son lobos. Podrían oírnos —susurró con ese tono seductor mientras se hundía más en mí.

Cuando estuvo completamente dentro, me empujé contra la cama y aflojé un poco las manos

para que Eric pudiera tener más control sobre mí. Me apretó los muslos y empezó a penetrarme con suavidad, pero poco a poco fue aumentando el ritmo.

Me mordí el labio con tanta fuerza que me salió sangre.

—¿Te duele? —me preguntó con la voz entrecortada y ralentizando el paso.

—Sí, pero no pares —respondí en medio de un gemido contenido, sintiendo como el placer se apoderaba de mi cuerpo« una sensación que se extendía por todo mi cuerpo, haciendo que sintiese todo su cuerpo contra el mío a pesar de tener el vestido puesto.

Aceleró aún más el ritmo mientras me toqueteaba las nalgas. Sus caricias era muy sexis y tenían el poder de hacerme perder el control con cada roce. Tenía el cuerpo cubierto de sudor y las mejillas enrojecidas por el esfuerzo, pero eso le daba un aspecto más rudo y masculino.

Contuve mis gemidos, pero no podía controlar mi expresión por más que lo intentase. Mi boca se abría por sí sola y los ojos se me ponían en blanco con cada embestida, que a estas alturas eran más fuertes y precisas, dejando que su polla se adentrara más y más.

—Voy a... —No pude terminar la frase porque mi cuerpo empezó a temblar, y perdí la fuerza y el control sobre él. Las piernas se me aflojaron, Eric me apretó más fuerte y aceleró el ritmo hasta que se detuvo, y sentí también su clímax.

Jadeó y su respiración se descontroló mientras me rodeaba con los brazos, me daba la vuelta y hundía la cabeza en mi pecho.

Cuando terminó, me tumbó de nuevo en la cama con él a mi lado, rodeándome el cuerpo con sus fuertes brazos. Su pulso y su respiración seguían agitados. Volví a sentirme completa y tuve la sensación de que esto era lo correcto y de que estaba con el hombre con el que necesitaba estar y que sabía cómo complacerme.

—No pude evitar dejarme llevar —dijo.

—Yo me lo he pasado en grande. —Me acurruqué en su pecho sudoroso.

Eric me besó la frente y me miró con la expresión que tenía hace seis años como si hubiera encontrado una joya, la misma mirada que me despertaba por las noches anhelando un instante a su lado.

—Entonces, ¿vas a darme una oportunidad? —me preguntó, calmando su respiración.

Sólo podía pensar en nosotros y en lo que sentía por él. Pero las dudas crecían en mí. Sabía que era cuestión de tiempo que tuviera que contarle lo de Elliot y, aunque no dudo de que Eric sería un buen padre, tengo miedo de lo que pueda pasar.

—¿Qué quieres exactamente? —le pregunté para darme más tiempo a pensar mi respuesta y para saber qué quería exactamente conmigo.

Me acarició la mejilla y se aseguró de que mi mente estuviera en el presente con él.

—Quiero que tengamos algo serio, pero sin presiones. Entiendo que tú tienes tu vida en la ciudad y yo tengo la mía aquí, junto con mis responsabilidades como futuro alfa de la manada. Pero sé que eso no es un obstáculo y que encontraremos la manera de que funcione.

Le sonreí inconscientemente.

—Entonces sí, te daré una oportunidad —respondí con toda sinceridad, sintiendo que el pulso se me aceleraba a mil por hora y que tenía la cabeza llena de miedos e inseguridades, imaginando los peores escenarios ficticios que sólo reforzarían mis pesadillas.

—Te prometo que no te arrepentirás —afirmó con una sonrisa de victoria pintada en la cara.

Lo abracé con fuerza y lo apreté contra mí mientras me fundía en su pecho, imaginándonos en un altar frente a la luna llena, pronunciando nuestros votos y recibiendo la bendición de la luna. Aunque había dejado atrás mi vida de cambiaformas y a mi antigua manada, seguía anhelando encontrar en Eric a mi compañero y vivir esa fantasía de la que siempre oía hablar a los demás.

Cerré los ojos y me permití soñar despierta, escuchando la respiración de Eric y sintiendo cómo nuestros latidos se sincronizaban en armonía.

Capítulo 17: Cariño

Cathy

Sentía el cuerpo ligero como una pluma. Tenía los pies descalzos y empapados de barro seco, y los dedos magullados y con grietas sangrantes.

Eché un vistazo a mi alrededor, sintiendo que se me aceleraba el pulso.

Me encontraba en medio de un espeso bosque con árboles tan altos que sus copas ocultaban el cielo por completo. Podía oír el silbido del viento al chocar contra las hojas y atravesar el denso bosque. Estaba completamente desnuda, pero, a pesar de ello, no sentía frío ni dolor en los pies.

¿Cómo demonios he llegado hasta aquí?

—Eric —grité con todas mis fuerzas, pero mi voz se hizo eco entre los árboles.

Sentía que me observaban desde todas las direcciones, pero, por más que lo intentaba, no podía ver ni oír nada. Cuanto más intentaba comprender lo que ocurría, menos encajaba nada.

—¿Hay alguien aquí? —pregunté mientras me temblaba la voz.

—Estoy aquí mismo. ¿Por qué no puedes verme? —se dejó oír una voz agónica y ronca, como si alguien estuviera delante de mí.

Agité la mano en el aire, intentando descifrar si era alguien invisible o si me estaba imaginando cosas.

—¿Dónde estás? —pregunté, confusa.

Se hizo el silencio y el viento sopló con más fuerza, azotándome la cara.

—Cathy, siempre he estado aquí, esperándote —dijo la voz con más claridad esta vez—. ¡Cathy!

—La voz se parecía a la mía, pero era más ronca, como si se hubiera cansado de tanto gritar sin

que nadie la escuchase.

—Cathy, ¿estás bien? —Escuché la voz de Eric en el oído como un susurro que me puso los pelos de punta.

Parpadeando al abrir los ojos, me encontré de pie en medio del bosque, observando desconcertada lo que me rodeaba. Pero mi perspectiva era diferente y mis sentidos más agudos. El hambre y la agonía presentes en mi interior me hicieron darme cuenta de que éste no era mi cuerpo, y poder sentir también sus miedos me lo dejó aún más claro. Me dolía la garganta, y el indudable sabor de la sangre me inundaba la boca. Y, a pesar de que temblaba de miedo, no era capaz de moverme, como si estuviera arraigada al suelo.

—¡Socorro! —grité, sintiendo que la garganta se me desgarraba y el sabor de la sangre se intensificaba en mi boca—. Por favor, que alguien me ayude. —No era yo quien decía las palabras, pero así lo parecía. De algún modo, me sentía conectada a esta persona a un nivel que no podía explicar. Sentía su desesperación, su deseo de huir y cómo esas ataduras le succionaban la vitalidad.

—Cathy, despierta —gritó Eric, y sentí como si me arrancaran a la fuerza del cuerpo que habitaba.

Expulsé todo el aire que contenía y empecé a jadear mientras el corazón me latía sin control. Abrí los ojos y lo vi estaba tumbado en la cama mirándome directamente a la cara con los ojos muy abiertos y el pulso latiéndole con fuerza.

—¿Estás bien? —me preguntó.

Estaba completamente cubierta de sudor, tenía la garganta seca y me faltaba el aire.

—Sí, creo que sí —respondí, sentándome con su ayuda—. He tenido un sueño muy raro.

—Una pesadilla, diría yo —dijo, secándome el sudor de la frente con la palma de la mano y, por primera vez, mi calor corporal era tan elevado que no sentí el suyo tan acogedor—. Cuando me desperté, tenías la cara roja y estabas conteniendo la respiración. Intenté despertarte, pero no respondías, ¿te encuentras bien? —preguntó por última vez con preocupación.

Asentí, confusa. Respiré hondo y miré vagamente su escritorio desordenado hasta que me fijé en la hora y salí de mi trance.

—¡Mierda! Es tarde. Tu madre debe de estar esperándome.

—Si quieres, puedes ducharte aquí —me ofreció.

—No tengo ropa aquí —dije y me levanté de la cama apresuradamente, recogiendo mis pertenencias—. De verdad que me tengo que ir, lo siento. —Le di un besito y salí de su habitación directa a mi cuarto.

Ya en el cuarto de baño, me duché en piloto automático, como si mi cuerpo lo hiciera todo, pero de algún modo me ausenté pensando en aquel extraño sueño. Sentía como si la duda me corrojera por dentro y un sonido desgarrador me martilleaba la cabeza.

Me vestí con una ropa sencilla y, para cuando salí de mi cuarto, Eric ya me estaba esperando, vestido con un traje negro, gafas de sol cuadradas y una pulsera dorada.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté.

—Sólo quería asegurarme de que estabas bien después del susto que me has dado esta mañana —dijo—. Déjame acompañarte al laboratorio.

Me cogió de la mano y me guio por el pasillo. Me pareció muy natural, como si ése fuera el orden correcto de las cosas. Su mano encajaba en la mía. Su tacto era suave, y sentí que las mariposas de mi estómago revoloteaban en armonía, produciéndome una cálida sensación.

Eric me abrió la puerta.

—Nos vemos luego —se despidió.

—¿No te quedas?

—Me encantaría más que nada en el mundo, pero no. Tengo un asunto que atender con mi padre que no puede esperar —comentó sin dar más detalles. Me dejó un sutil beso en la mejilla y se despidió de su madre con una sonrisa.

Lydia ya estaba sentada en el escritorio con la bata de laboratorio y las gafas puestas, jugando al *candy crush* en el móvil a todo volumen.

—Siento mucho haberte hecho esperar. Es...

Lydia enarcó una ceja, dejó el móvil a un lado y me miró con expresión serena.

—¿Hay algo entre vosotros dos?

Sentí un nudo en la garganta, una de las cosas que más temía acababa de ocurrir. Tener que aceptar delante de otras personas mis sentimientos.

—Sí, estamos saliendo —afirmé, y sentí que me quitaba un gran peso de encima.

Mi mente dejó de divagar y me enraicé en el presente, esperando la respuesta de la luna de la manada de Night.

A Lydia se le ablandó de inmediato el semblante y dejó escapar una sonrisa.

—Ya era hora —dijo—. Me alegro de que por fin hayáis decidido daros una oportunidad.

Me sonrojé de vergüenza, aquella no era en absoluto la reacción que esperaba de ella, pero era una monada verla tan emocionada.

—Muchas gracias por recibirme tan bien y por todo —le dije—. Ahora, ¿crees que deberíamos terminar con el perfume?

Asintió, sin dejar de mirarme esa luz en los ojos.

Cogí el extracto de melocotón y se lo entregué junto con las medidas exactas de adhesivo, alcohol y disolventes para que lo mezclara en un recipiente.

—Antes de ti, había perdido la esperanza de que Eric decidiera ir en serio con una mujer y casarse —mencionó mientras mezclaba los productos—. Tuvo una pretendiente, pero resultó ser una embaucadora que huyó el mismo día de su boda cuando mi hijo descubrió sus planes. — Lydia se perdió en sus recuerdos, adoptando una expresión sombría y mezclando sin parar los líquidos en el recipiente de cristal—. Eric nunca volvió a confiar en las mujeres.

Respiré hondo y asentí, comprendiendo que eso no sólo afectó a Eric, sino también a su madre, que se preocupaba por él.

—Debió de ser duro, lo comprendo —añadí, poniendo la mano sobre la suya para evitar que derramara los ingredientes—. Pero al menos fue antes de la boda. Si se hubieran casado, podría haber sido un desastre.

Ella asintió, se limpió las manos con una servilleta de papel y añadió el alcohol para diluir la solución espesa.

—Pero en cuanto te vio, cambió por completo. Pude ver en sus ojos el brillo que había perdido. El mismo que solía tener en Navidad cuando abría sus regalos todo emocionado o cuando ganaba un torneo de lucha en el instituto.

—No sabía que Eric practicara lucha libre. —Hice una mueca arrugando la comisura de los labios y juntando las cejas.

Lydia empaquetó el producto, sin siquiera probarlo. Se sentó y me cogió las dos manos.

—Solía tener mucha energía cuando era pequeño, tanta que nunca se cansaba y no me dejaba cumplir con mis deberes —dice enseñándome los dientes con su amplia sonrisa—. Me era imposible seguirle el ritmo, así que lo apunté a todas las actividades que pude. Como lucha libre, béisbol e incluso natación.

Pensé en Elliot de inmediato. Era exactamente igual, imposible de apaciguar y con tanta energía que a veces me dejaba exhausta de tanto correr detrás de él por el parque.

—¿Era un buen atleta? —pregunté, solo para saber más de él.

—El mejor de todos. Ganó todas las medallas de oro y la universidad a la que fue le ofreció una beca. —Lydia habló hinchando el pecho y con la mirada perdida en el pasado, como si viera esos recuerdos.

La hora pasó volando, y me enteré de cosas nuevas, como que Eric era el más listo de su clase, que se había graduado dos años antes y había ganado un campeonato de matemáticas. Cada vez que mencionaba algo, no podía evitar relacionarlo con mi hijo.

—¿Todavía estáis aquí, señoritas? —preguntó Eric entrando en el laboratorio, con cara de felicidad al vernos a su madre y a mí pasando un buen rato.

—El tiempo se ha pasado volando —dijo Lydia—. He disfrutado mucho hablando contigo.

Salió del laboratorio improvisado con pasos rápidos sin mirar a su hijo a la cara.

Eric negó con la cabeza y me miró.

—¿Qué te estaba contando mi madre? —preguntó—. Seguro que detalles embarazosos de mi infancia.

No pude evitar reírme.

—Más o menos —respondí.

—No tiene remedio, le encanta hacerme pasar vergüenza —dijo—. En fin, ¿estás ocupada ahora mismo?

Formé una línea con los labios y me encogí de hombros.

—Me lo tomaré como un no. —Me cogió de la mano y me llevó hasta su coche.

—¿Adónde vamos? —pregunté.

—A ver una película, hay un cine cerca —respondió.

—Pero no me he maquillado ni arreglado.

Eric me recorrió con la mirada.

—Estás preciosa. Con o sin maquillaje, eres una mujer impresionante.

Me sonrojé y subí al coche.

Con la mano sobre mi muslo, condujo despacio hasta un pequeño centro comercial con sólo dos salas de cine y alguna que otra tienda de ropa.

—No es el sitio más lujoso que hay, pero el ambiente es agradable —me aseguró.

El centro comercial estaba decorado con motivos marinos. Sus paredes eran de ladrillo naranja, el suelo de granito pulido y había poca gente.

Eric pagó las entradas, compró galletas saladas, refrescos y chocolatinas.

—Espera —dije, deteniéndome antes de entrar en la sala de proyección. El móvil me vibraba y lo saqué para comprobar quién era.

—¿Quién es «cariño»? —preguntó Eric, leyendo mi pantalla.

Sentí que se me revolvía el estómago y mi cuerpo se deshizo de las sensaciones que me rodeaban.

—Nadie importante —dije, colgando la llamada y guardándome el móvil en el bolsillo.

Eric cambió la expresión de su rostro a una más seria y sombría y no me dijo nada en todo el camino hasta nuestros asientos.

—¿Estás bien? —pregunté.

—Mmm, sí —respondió con frialdad.

Sabía que algo no iba bien, además el móvil no me paraba de vibrar. Quería contestar porque sabía que Elliot quería saber de mí, y yo me moría de ganas de saber de él, pero al mismo tiempo, no podía hacerlo al lado de Eric. O sacaría sus propias conclusiones.

—¿Puedes darme un segundo? Tengo que ir al baño. —Me dirigí al baño con premura.

—Hola, mi principito, siento no haber contestado. Mamá estaba ocupada.

Elliot miró con cautela lo que me rodeaba, cerrando un poco los ojos para concentrarse.

—Mami, ¿dónde estás? ¿Y por qué hay tanto ruido?

—En un baño. Estoy en una reunión y no podré hablar en un buen rato —respondí con voz tranquila.

Se me aceleró el pulso e inmediatamente sentí culpa y remordimiento. No solo le estaba ocultando la verdad a Eric, sino que ahora le estaba mintiendo a mi hijo.

—Sólo quería saber si estabas bien y si ibas a venir pronto —dijo mi niño con ojos de cachorrito y haciendo pucheros.

—Estaré pronto en casa, cariño, ¿vale? Pórtate bien y saluda a Nani de mi parte —le dije—. Te quiero.

Colgué y volví a mi asiento. La película ya había empezado y Eric la estaba mirando, pero con la mente en otra parte. Sabía que era cuestión de tiempo que tuviera que contarle toda la verdad, pero mientras pudiera evitarlo, lo haría.

Capítulo 18: Elliot

Eric

Estaba sentado junto a Cathy, cogido de su mano y fingiendo ver la película, pero no podía dejar de pensar en la llamada telefónica que había recibido, en la forma en que evitó contestar y en su repentina visita al baño. Me ocultaba algo, y yo sabía que tenía que ver con su supuesto pretendiente.

—¿Eric, hola! —Cathy me apretó la mano—. La película ya ha terminado.

Me fijé y vi que los créditos estaban a punto de terminarse. La sala estaba completamente vacía excepto por ella, yo y un trabajador que estaba recogiendo la basura que los demás habían dejado en sus asientos.

—Me he distraído por un momento —respondí sin mirarla a la cara para que no notara mi incomodidad.

Sentí un retortijón en el estómago, tensión en la mandíbula y en las piernas y, sobre todo, sentía una sensación de duda que crecía en mi interior y que no podía controlar.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó levantándose de su asiento con una sonrisa casi imperceptible. Sus ojos grises reflejaban las letras de la pantalla casi tan nítidamente como si las estuvieran proyectando en éstos.

—Lo siento mucho, pero voy a llevarte de vuelta a la mansión. Olvidé por completo que tenía una reunión con mi beta. —Traté de sonar natural.

Cathy no estaba de humor para nada. Lo notaba por su expresión distraída y su sonrisa sutil.

—No pasa nada. Aprovecharé para ponerme al día con mis cosas —respondió—. Tengo que repasar los informes de ventas y ver cómo ha ido la semana.

Me adelanté a ella y la conduje hasta el coche, puse cualquier canción en el reproductor y

arranqué apretando el volante con todas mis fuerzas y con los ojos fijos en la carretera.

—¿Estás bien? —Me miró fijamente, apartándose de la puerta.

Suavicé mi expresión e intenté fingir una sonrisa que acabó en una mueca extraña e inestable. Sentí que la cara se me ponía rígida.

—Sí, claro.

Conduje tan rápido que las luces de los demás coches se veían como destellos en mi parabrisas. Cathy se sujetó al cinturón de seguridad con las dos manos y apretó la mandíbula, pero no dijo ni una palabra en todo el trayecto hasta que llegamos a la mansión.

Lucas estaba de guardia en la entrada, como de costumbre, fumándose un cigarrillo. Le abrió la puerta y la ayudó a salir del coche, dejándome a mí en el coche que apestaba a nicotina.

—Gracias por la película. Me lo he pasado muy bien —me dijo, despidiéndose con un gesto de la mano.

Apreté el volante con más fuerza hasta el punto de que me crujieron las articulaciones y apreté la mandíbula.

—Yo también, te llamaré más tarde.

Me fui directamente al edificio de operaciones de la manada, donde pasaba la mayor parte del tiempo gestionando nuestros activos y dirigiendo las operaciones del equipo de preservación y salvaguardia del territorio.

—Creía que te habías tomado el día libre —dijo Andrew, frunciendo el ceño.

Estaba junto al portón de los muros que protegían el edificio y lo mantenían lejos del alcance de cualquier espía o curioso. Los muros eran grises y gruesos, completamente lisos para dificultar su escalada, y con alambres de espino hechos de plata pura en la parte superior para impedir que cualquier forastero no invitado o malintencionado pudiera acceder y sorprendernos sin ser visto.

—Yo también, pero hay un asunto del que me gustaría hablar en privado —respondí, haciéndole un gesto con la cabeza para que entrara conmigo en el edificio.

Le lancé las llaves del coche al miembro más nuevo de la manada, un chico de diecinueve años

que apenas conseguía transformarse bajo la luna llena.

—Vamos a la oficina, entonces —respondió mi beta, jugando con un manojito de llaves.

Andrew era el hijo mayor de Sebastian, el beta de mi padre y, por costumbre, su hijo se convirtió en el mío, pero, aparte de eso, siempre habíamos sido buenos amigos, casi hermanos.

Mi beta tenía la piel oscura, los ojos nacarados, una complexión gruesa, una voz tranquila y un carácter sereno. Era el candidato ideal para ser mi mano derecha, ya que siempre me daba los mejores consejos y veía las cosas desde un punto de vista diferente al mío.

—Vale, ¿de qué va esto? —Cerró la puerta tras de sí y se sentó en la silla frente a mi escritorio.

Mi despacho tenía un escritorio en forma de luna, un ordenador, archivos y unas pantallas que me daban acceso a las cámaras de seguridad del edificio y de la mansión.

—Se trata de Cathy. —Me dejé caer en la silla y me llevé las manos a la cabeza—. Creo que puede estar ocultando algo o a alguien. Estaba con ella y recibió varias llamadas que no quiso contestar delante de mí y empezó a actuar de forma muy sospechosa.

Andrew puso los ojos en blanco y suspiró.

—Mujeres... ¿es que nunca vas a tener suerte con una?

Acomodé la espalda en la silla y relajé las piernas.

—No quiero declarar nada por ahora. Sólo quiero que investigues un poco y me cuentes todo lo que averigües. Vive en Nueva York y su alias es Cathy North. Es dueña de una franquicia de perfumes. Eso es todo lo que sé hasta ahora.

—¿Tienes algo más que pueda ser útil, el nombre del tío o alguna pista que nos lleve hasta él? —Lo estaba apuntando todo en las notas de su móvil.

—No, lo único que pude ver fue que un tal «cariño» la estaba llamando. Cathy no contestó, así que no pude oír su nombre, ni su voz, ni nada.

—Veré qué puedo hacer al respecto. —Andrew asintió y salió del despacho.

Minutos antes, me sentía en un conflicto, pero ahora que he dicho lo que me preocupaba, me

siento más tranquilo y con menos tensión en los hombros. Sin embargo, pensar que Cathy podría tener a un hombre esperándola en casa me hace perder la cordura y la concentración. Empecé a atribuirme su rechazo hacia mí, su terquedad y su persistencia por mantenerme alejado de ella con este tal «cariño». No podía pensar en otra cosa.

Jugué con un lápiz recién afilado haciendo círculos en un billete viejo, di vueltas en mi silla y me recosté en ella con las palmas de las manos presionadas sobre los ojos, contando los minutos, sintiendo que el tiempo se detenía sólo para mí. Sin darme cuenta, el tiempo pasó volando mientras sólo estábamos yo y mis pensamientos tratando de dar sentido a esta situación y, justo cuando empezaba a sentirme más desesperado, oí abrirse la puerta.

—Eric. —Andrew entró sin tocar, con una carpeta llena de papeles y una expresión impertérrita—. Ya he averiguado todo lo que me pediste y... más.

Me puse recto y aparté todo lo que había sobre mi escritorio. Mi beta lanzó la carpeta encima.

—Qué rapidez —dije—. ¿Cómo has conseguido todo esto? —Abrí la carpeta y empecé a organizar los documentos oficiales y las fotos tomadas por las cámaras de los semáforos y los vehículos policiales que había por todas las calles de la ciudad. Algunas eran recientes y otras bastante antiguas.

—Es una chica muy prudente. Tiene las redes sociales privadas y no publica nada sobre su vida privada *online*, pero está en nuestro territorio, así que no puede esconderse de nosotros. —Me ayudó a separar las fotos.

—No me dejes en suspenso. Dime, ¿qué has averiguado? —pregunté, controlando la respiración.

—Se cambió el apellido hace seis años, en cuanto llegó a la ciudad. Su negocio ha crecido mucho en los últimos años, sus impuestos están al día, no tiene multas, ni siquiera por exceso de velocidad o saltarse un semáforo en rojo, y no tiene deudas ni tarjetas de crédito. Esa mujer ha conseguido pasar desapercibida del todo. —Andrew tragó saliva y sacó una foto donde Cathy salía cogida de la mano de un niño delante de una guardería—. Y tiene un hijo de cinco años llamado Elliot North. No hay constancia de quién es el padre, pero, si lo miras de cerca... creo que podrás averiguarlo.

Cogí la foto y me la acerqué a la cara. No podía creer lo que veían mis ojos. Se me paró el corazón y me empezaron a sudar las manos. El niño era igual que yo a esa edad, con los ojos oscuros, el pelo casi negro y la piel blanca, pero con los ojos y la nariz de Cathy. De inmediato

me vino a la mente la noche de pasión que compartimos, las caricias, los besos y cómo la hice mía. No tenía ninguna duda de que ese niño era hijo mío.

—¿Soy padre...? —pregunté en alto sin ser consciente.

Mi beta no sabía cómo reaccionar, así que mantuvo una expresión neutral.

—Exacto, ese niño es igualito a ti —respondió—. Y creo que es el «cariño» que la llamó.

Me llevé las manos a la cabeza, sintiendo que me invadía la emoción, pero también un poco de pesar por no haberlo sabido. ¿Por qué iba Cathy a ocultarme algo así? Soy el padre de ese niño y si alguien se merecía saberlo, ese era yo.

Recordé lo nerviosa que se puso, cómo se perdió en sus pensamientos cuando la interrogué sobre su huida de la manada y cómo parecieron entrarle las dudas a la hora de contármelo. Todo empezó a cobrar sentido. Ya no sentía miedo de perderla, sino que me sentía intrigado por toda esta situación.

—¡Gracias, Andrew, eres el mejor! —Cogí la foto del niño y me largué de la oficina.

—¿Adónde vas? —me preguntó él, siguiéndome de cerca.

—A hacerle frente a Cathy, necesito oírlo de su boca. Quiero saber por qué me ocultó la existencia de Elliot —le respondí, agitado y corriendo hacia la salida.

—Buena suerte, Eric —me gritó mientras yo corría hacia mi coche.

Cogí las llaves, me subí al vehículo y conduje con la foto de mi hijo en el volante, echándole un vistazo cada vez que podía.

Cuando llegué a la mansión, salí del coche dejándolo en marcha. En ese momento, no me importaba nada más que encontrar a Cathy.

—Buenas noches, señor... —me saludó Lucas, pero me apresuré a pasar a su lado y ni siquiera le dejé terminar la frase.

Avancé por el pasillo que parecía alargarse sin fin hasta que llegué por fin a la puerta de Cathy y llamé apresuradamente con los nudillos.

—¡Hola! Soy Eric. Tenemos que hablar. —Controlé el volumen de la voz para que nadie más me oyera.

—¿Eric? —dijo ella—. Dame un segundo, estoy...

Abrí la puerta para encontrármela tumbada en la cama y en mitad de una llamada. Colgó en cuanto me vio entrar.

—¿Qué pasa? ¿Por qué estás tan agitado? —me preguntó, levantándose de la cama y dejando el móvil en la mesilla.

Cerré la puerta y fui hasta ella, sintiendo que el corazón me iba a explotar.

—Voy a preguntarte algo, y necesito que me digas la verdad.

Abrió los ojos como platos, palideció y empezó a jugar con los dedos.

—¿A qué viene todo esto?

Cuando estuve tan cerca de ella que podía oír su respiración irregular y su pulso descontrolado, le enseñé la fotografía.

—¿Quién es este niño?

Cathy agachó la cabeza y me apresuré a sostenerla entre mis brazos porque sentía que podía desmayarse en cualquier momento.

—¿Cómo has conseguido esa foto? —me preguntó con nerviosismo.

Le entregué la foto y la ayudé a sentarse en la cama.

—Le pedí a mi beta que te investigara porque leí el nombre del contacto que te llamaba en el cine y pensé que me ocultabas algo relacionado con otro hombre, así que hice lo que tenía que hacer.

—Sabía que era cuestión de tiempo que te enteraras, pero nunca pensé que sería tan rápido —murmuró mirando al suelo con los hombros caídos. Pero enseguida hinchó el pecho con orgullo y clavó los ojos en los míos—. Ese niño es nuestro hijo. Se llama Elliot.

Le cogí la barbilla con la mano.

—Lo siento, debería haberte preguntado a ti directamente. Ahora comprendo que tenías tus razones —dije con alivio cuando todo empezó a cobrar sentido.

—Tenía miedo. No sabía cómo contártelo —confesó, le temblaba el labio inferior.

—No pasa nada —le aseguré, sonriendo con timidez—. No estoy enfadado, sólo conmocionado por la noticia. Y no podría estar más feliz de saber que soy padre.

Me senté en la cama y ella se recostó contra mi pecho. El cuerpo le temblaba y le costaba respirar.

—Siento mucho que te hayas enterado así.

La abracé y miré hacia el techo, pensando en las veces que había fantaseado con tener una familia, un hijo al que enseñarle todo lo que yo sabía y poder entrenar juntos. Esa fantasía podría ser ahora una realidad si tan solo Cathy me dejara formar parte de su vida.

Capítulo 19: No más secretos

Cathy

El corazón no me paraba de latir acelerado y, aunque Eric me había asegurado que todo iba bien, no me hacía a la idea de que lo que yo había tratado de evitar a toda costa hubiese ocurrido.

—Venga, te aseguro que todo va a ir bien. —Eric me acarició las mejillas—. No tienes nada que temer.

Pensé en mi hijo, me aterraba la idea de tener que separarme de él o de que quisieran arrebatármelo. Eric no parecía esa clase de hombre, pero el haber pasado tantos años bajo el yugo de mi padre me hacía desconfiar, sobre todo de aquellos que decían preocuparse por mí o mostrarme un poco de afecto.

—Perdona, es solo que me ha pillado de sorpresa —respondí, enderezándome de nuevo—. Pero me alegro de que hayas reaccionado así de bien.

Eric se acercó más a mí y me rodeó con sus enormes brazos. Su cuerpo desprendía un suave calor que abrazaba mi alma, y su aroma hacía que la tensión de mi cuerpo se desvaneciera lentamente.

—No puedo juzgarte por lo que hiciste. —Me pasó la mano por la frente para apartarme unos mechones de pelo—. Tenías tus razones. Lo importante es que ahora no estás sola. Nos tienes a toda mi familia y a mí.

Asentí, lamiéndome el labio inferior y respirando aún un poco agitada.

—¿Crees que tus padres se tomarán bien la noticia?

Me dedicó una leve sonrisa, pero que poseía la particularidad de transmitirme paz.

—Estarán encantados. Mi madre siempre ha querido tener nietos y, al ser hijo único, que esa responsabilidad recaerá sobre mis hombros.

—Elliot es un chico de lo más encantador e inteligente —le informé—. ¿Quieres ver más fotos?

A él se le iluminó la cara y asintió con frenesí.

—Claro que sí.

Cogí el móvil y Eric se acomodó en la cama. Yo me puse cómoda entre sus piernas y me recosté contra su pecho. Sentía su pulso contra mi espalda y su aliento en la nuca.

—Me encanta sentirte cerca —mencionó, besándome en el cuello y erizándome la piel.

Allí sentada, me sentí querida, como si estuviera dentro de una caja de romanticismo de la que no quería salir por nada del mundo. Tras suspirar y hundirme más contra su pecho, busqué entre mis álbumes uno que había creado solo con fotos de Elliot y momentos que habíamos vivido.

—Mira, esta foto es del día en que nació. Era muy pequeño y frágil. —Le mostré la primera foto que una enfermera nos había hecho juntos. Mi niño estaba arropado con una manta amarilla y tenía la punta de la nariz roja.

Eric me cogió de la mano antes de que le pasara el móvil para que la contemplara un poco más. Su respiración se había calmado y sus ojos no se apartaban de la pantalla, admirando cada detalle de la foto.

—Siento mucho que hayas tenido que hacer todo tú sola. Me habría encantado estar allí contigo y con el bebé —dijo con voz grave y melancólica.

Me acurruqué más contra él y suspiré.

—No es culpa tuya, yo tomé la decisión. Era joven y temía por mi futuro y el de mi hijo.

—Lo sé, pero no paro de pensar en que podría haberos pasado algo malo.

Me acarició la mejilla y le enseñé el vídeo de sus primeros pasos. Había grabado cada logro y cada acontecimiento para atesorarlos para siempre y, allí junto a Eric, mostrándole todo lo que se había perdido, supe que había sido la mejor decisión de mi vida.

—Nuestro hijo es precioso. Tiene tus ojos —dijo.

—Y es lo único, por lo demás es igualito a ti. Cada día era como tener delante de mí un vivo

retrato tuyo, y eso me hacía más difícil olvidarte.

Se rio en voz baja.

—Otro motivo para querer aún más a nuestro hijo.

—Tengo uno que te va a encantar. —Me desplazé por la carpeta, buscando un vídeo en concreto —. ¡Aquí está! —grité sin querer.

Abrí el vídeo: en él se veía a nuestro hijo sentado en su trona con la cara embadurnada de papilla. El vídeo se veía un poco borroso porque me temblaba la mano mientras lo grababa. Era un vídeo de Elliot agitando su cucharita de plástico favorita y, tras varios intentos, consiguió decir la palabra «papá».

Eric me cogió el móvil y se acercó el altavoz a la oreja para escucharlo de nuevo. Los ojos se le pusieron rojos y se le empañaron de lágrimas. Me derretí de amor al verle así. Me sentía conmovida en todos los sentidos y me sentí la mujer más afortunada del mundo.

—Está diciendo «papá» —dijo él, sacudiendo el cuerpo de un lado a otro.

De repente, recordé que me iría al día siguiente y que ésta era mi última noche en la mansión, pero no tuve el valor de decirlo en voz alta en este momento. Mi mente ignoraba todo lo que me rodeaba y divagaba entre mis pensamientos.

—Quiero traerlo a casa. Quiero que los dos os mudéis aquí conmigo —me dijo con los ojos encendidos y los pómulos tensos.

Me sentí aún más culpable y no quise fastidiar el momento.

—Podemos organizar una visita en algún momento —le respondí, cogiendo de nuevo mi teléfono y enseñándole más fotos de Elliot y más divirtiéndonos en diferentes lugares y algunas de las travesuras de mi pequeño que pude capturar en el teléfono, como la vez que pintó las paredes del piso con rotuladores de colores o cuando se vació un paquete de harina encima en un descuido mío. Los dos nos reímos mientras le contaba la historia que había detrás de cada foto.

—Cathy, nunca volverás a estar sola. A partir de ahora, cuidaré de los dos —me prometió dejando mi teléfono a un lado y sellando su promesa con un suave beso.

Sus labios se fundieron con los míos y me hizo olvidar los pensamientos contradictorios en mi

cabeza. Su mano me recorrió el vientre hasta llegar a la cadera y me giró hacia él.

—Te quiero —me susurró al oído y me besó el cuello.

Se me erizaron todos los pelos del cuerpo y se me curvó la espalda.

—Yo... —me interrumpió con un beso, colando su lengua en mi boca y acariciándome el techo de ésta.

Toqué su fuerte pecho y sus brazos y dejé que se me relajase el cuerpo para que pudiera ejercer más control mientras ponía sus pesadas manos sobre mis pechos. Me los apretó lo bastante fuerte como para hacerme gemir.

—Sigue —le dije, echándome hacia atrás, para que pudiera ver mejor mi cuerpo.

Eric me abrió la camisa de seda, dejando al descubierto mis pechos, y siguió masajeándolos.

—Me pones cachondísimo —rugió, hundiendo la cara entre mis pechos y pasando la lengua por su canal.

Le clavé las uñas en las piernas donde me estaba apoyando y sentí que se me mojaban las bragas. Me agarró el culo, me subió a su regazo, haciendo que quedase presionada contra su pene erecto que se le apretaba contra sus pantalones, y me restregó contra él.

—Eres mía. —Me humedeció el pezón con la punta de su lengua caliente.

Sentada encima de él, empecé a mover las caderas en círculos con suavidad para frotar mi entrepierna contra su polla dura.

—Soy tuya, toda tuya —jadeé.

Me miró a los ojos con una sonrisa traviesa. Se quitó la camisa de franela y terminó de rasgar la mía para dejarme el torso completamente desnudo.

—Tienes un cuerpo perfecto. —Besó una de las pocas estrías que tenía en el vientre y subió hasta la mitad de mis pechos con la punta de su cálida lengua.

Me admiraba y veía perfección incluso donde yo veía un defecto. Me hacía sentir deseada, y eso me excitaba aún más.

—Sigue besándome. Me encanta —le dije.

Toqué uno a uno sus marcados abdominales y le recorrí el ombligo. Le desabroché los pantalones, metí la mano dentro, cogí su polla palpitante y caliente y empecé a frotársela con delicadeza.

Eric gimió y me mordió una teta, haciendo que me arquease hacia atrás.

Me agarró con ambas manos y me tendió sobre la cama. Tiró de mí por los pantalones para ponerme a cuatro patas, me los bajó hasta las rodillas y me separó un poco las piernas. Pegué el pecho y la mejilla izquierda a las sábanas para mirarle de reojo.

—Qué culo más apetecible —dijo, dándome un suave azote antes de frotármelo.

Me entregué a él, esperando a que me hiciera suya de nuevo. En mi cabeza solo había espacio para él.

Eric se quedó en calzoncillos y me apoyó su hombría contra el culo mientras me repartía besos húmedos por la espalda cuando el móvil me empezó a sonar. Cogió el teléfono y lo giró para que viera quien llamaba. Era nuestro hijo. No se esperó para contestar la llamada. Elliot encendió la cámara, pero Eric no.

—Mami —gritó excitado mi niño.

No pude evitar observar el rostro de Eric que estaba concentrado en Elliot. Guardaba silencio, pero lo admiraba como si fuera una obra de arte y su mayor orgullo. El corazón se me agitó y el amor que sentía por Eric creció aún más en ese momento, reafirmando lo que sentía por él.

—Mamá, ¿estás ahí? —preguntó, pegado al micrófono.

—Sí, estoy aquí —contesté, sentándome en la cama. Eric tomó asiento a mi lado, agarrando el teléfono.

—¿Por qué me colgaste antes?

Miré a Eric, que no dejaba de mirar a nuestro hijo, quien estaba acercando los ojos a la cámara como si así fuera a conseguir verme a través de ella.

—Es un secreto que te contaré cuando llegue a casa —dije, y Eric se volvió para mirarme con los

ojos muy abiertos—. Te prometo que te va a encantar.

—Vale, mami, vuelves mañana, ¿verdad?

La expresión de Eric se suavizó y sus labios se alinearon de nuevo en una expresión aislada.

—Sí, cariño, mañana vuelvo a casa.

—Te echo mucho de menos —dijo, moviendo el teléfono de un lado a otro.

—Yo más —le aseguré—. Y también echo más de menos tus abracitos. —Él se rio divertido.

—Te daré muchos besos y abrazos cuando vuelvas a casa.

Me recosté contra el torso desnudo de Eric y respiré suavemente mientras disfrutaba de nuestro primer momento juntos como una pequeña familia. Eric tenía una expresión de tristeza ante la idea de mi regreso a la ciudad, pero, al mismo tiempo, se notaba que sentía una enorme emoción por oír la voz de su hijo y verlo por primera vez.

—Es hora de que te vayas a la cama. Mañana tienes que ir al colegio—le recordé.

Ladeó la cabeza e hizo un mohín.

—Ya lo sé, pero no queríairme a dormir sin darte las buenas noches.

Sentí nostalgia de estar lejos de mi hijo y me aferré a Eric.

—Buenas noches, mi niño, te quiero de aquí a la luna.

Finalizó la llamada y Eric dejó el teléfono sobre la mesilla con expresión sombría.

—No quiero que te vayas. —Me cogió de la mano—. Quiero traer a Elliot aquí, y quiero que los dos os quedéis conmigo para siempre.

Llegados a este punto, no dudaba de Eric, sabía que sus intenciones eran puras, pero seguía sin poder hacer lo que él quería de la noche a la mañana.

—Lo sé, y pronto lo haremos —dije—. Pero primero, tengo que encargarme de algunas cosas. Toda mi vida está allí, igual que la de Elliot.

Él frunció los labios y bajó los hombros.

—No sé si podré soportar estar lejos de ti —respondió—. No puedo dejar que vuelvas a desaparecer de mi vida. No podría soportarlo, mucho menos ahora que sé que Elliot existe. Quiero recuperar todo el tiempo perdido con él.

Me sentía entre la espada y la pared, no quería irme, pero sabía que era lo que tenía que hacer. Además, iba a volver, aunque él no parecía muy convencido.

Le cogí la mano y se la apreté con suavidad para llamar su atención. Cuando se giró hacia mí, aplasté los labios contra los suyos y me tumbé encima de él. Se relajó mientras me devolvía el beso, acariciándome las caderas conforme sus latidos empezaban a acelerarse.

Capítulo 20: La mordedura

Eric

Me recosté en la cama mientras Cathy se apoyaba en mi pecho fundiendo sus suaves labios con los míos. No podía dejar de sonreír, y ella se dio cuenta.

—¿A qué viene esa sonrisa? —quiso saber.

—A que lo estoy disfrutando —respondí, embriagado por su aroma.

Cathy se tumbó encima de mí y volvió a besarme acariciándome los bíceps. Me apretó con fuerza, haciendo que el calor de su piel penetrara en la mía, dándome la sensación de que nuestra conexión se había intensificado ahora que éramos sinceros el uno con el otro.

Mi lobo estaba despierto, y sentí su desesperación por estar con ella. Me rugía que la marcara con el mordisco, pero yo más que nadie sabía que, si lo hacía, ella no lo entendería.

Me eché hacia delante para sentarme y hacerme con el control, pero ella me puso las palmas de las manos en el pecho y me empujó suavemente hacia abajo.

—Quédate ahí —me pidió con voz agitada.

Hice lo que me dijo, sintiendo que la polla se me ponía dura solo de verla así, era como una bestia hambrienta, y yo era su presa.

Mi lobo rugía y nublaba mi juicio, tratando de tomar el control.

—¿Qué vas a hacer? —le pregunté mientras se recogía el pelo en una coleta sentándose desnuda encima de mí, entre mis piernas—. Sea lo que sea, no te detendré.

Alzó la comisura de su labio izquierdo y me miró con sus ojos tormentosos.

—Ya lo descubrirás, tú relájate y disfruta.

Sentí que la polla me crecía y se ponía aún más dura bajo su delicioso culo. Ella se dio cuenta y empezó a restregarse sobre mí con movimientos lentos. El pulso se me aceleró y el impulso de hacerla mía se volvió más irresistible, tanto que me resultaba difícil mantener el control.

Cathy se deslizó por mis piernas, me bajó la cremallera de los pantalones y me los quitó, dejando al descubierto mi miembro duro. Lo cogió entre sus manos y empezó a masajearme.

Tenía la mano caliente y, cada vez que me la acariciaba, se me ponía más dura y húmeda.

—¿Te gusta? —me preguntó mirándome a los ojos mientras se metía un dedo en la boca para humedecerlo y lubricar mi virilidad para que se deslizara más fácilmente por su mano.

—Me encanta —dije, viendo cómo sus enormes tetas se le agitaban al ritmo de su mano.

Se humedeció los labios con la lengua y, sin apartar sus ojos de los míos, lamió la base de mi polla hasta la punta, haciéndome sentir un torrente de energía por la columna vertebral. Observó mi reacción y jugó con sus tetas sin dejar de jugar con mi erección.

Sentía cómo, con cada segundo que pasaba, perdía la batalla contra mis instintos. Quería agarrarla por las caderas y hacerla mía a mi manera, pero, al mismo tiempo, estaba disfrutando de que ella tuviera el control. Cathy sabía dónde tocarme, y cómo me gustaba.

—Parece más grande —comentó, poniéndose mi polla delante de la cara y sujetándola con ambas manos—. La quiero toda dentro de mí.

—Eres tú quien me la pone así —respondí, pasando el pulgar por sus labios carnosos y sintiendo su respiración entrecortada.

Cathy besó la base de mi pene y lo recorrió de nuevo con la lengua hasta llegar a la punta e introducirse suavemente en la boca. Sentí cómo a mi cuerpo le recorrían escalofríos y, al mismo tiempo, se rendía a ella, que poco a poco y con suavidad se iba tragando mi miembro.

—¡Joder! —exclamé, casi alcanzando el cielo. Sentía como si el cuerpo me flotase sobre nubes de placer.

Con una de las manos empujé un poco su cabeza y, con la otra, le acaricié la mejilla mientras ella se acariciaba el sexo. Desde esta perspectiva, disfruté observando sus curvas perfectas. Su piel satinada, su espalda curvada y su culo redondo. Esta postura era mi favorita. Podía apreciar su silueta y su respuesta a mis caricias.

Siguió chupándomela, pero yo ya no podía contener las ganas de hacerla mía, así que la agarré por la barbilla y la atraje suavemente hacia mí, le besé la frente y la hice subir un poco más.

Le lamí las tetas, mordí suavemente una de ellas y le apreté la otra. Se aferró a mis hombros y me besó mientras yo subía y bajaba la mano por sus muslos hasta llegar a su entrepierna. Los dedos se me empaparon de inmediato. Le introduje uno de ellos.

—Sí, eso —me pidió gimiendo.

Continué con dos dedos y observé cómo le temblaban las piernas y no podía controlar sus gemidos. Mi polla estaba a punto de explotar y deseaba ansiosamente sentirla, así que me la agarré y la froté arriba y abajo por su cálido sexo hasta encontrar su entrada.

—Métemelo toda —me susurró al oído.

Vi en su cara que deseaba esto tanto como yo. Sus intenciones no podían ser más claras. La agarré por las caderas y me empujé dentro de ella, sintiendo cómo su sexo se dilataba, haciéndola gemir fuerte y clavar sus uñas en mi piel.

—Te quiero, Cathy. —La besé en el pecho, admirando cada parte de ella.

—Yo también te quiero —respondió, poniendo sus manos sobre las mías y moviéndose arriba y abajo.

Su interior era suave y también muy apretado. Mi polla se deslizaba con facilidad, pero me abrí paso y fui penetrándola más y más hondo mientras ella intentaba que no se le escaparan los gemidos.

—Eres la mujer más sexy del mundo —le dije, y ella guio mis manos hacia sus enormes tetas que rebotaban con cada movimiento—. Te quiero toda para mí.

Sus pezones se pusieron erectos en cuanto los toqué, sentía sus tetas firmes, y no pude evitar apretarlas y masajearlas, haciendo que ella acelerara el ritmo.

Admiré su cuello, fijándome en cada detalle, en la textura de su piel y esa vena ligeramente palpitante. La esencia de Cathy se hizo más intensa e irresistible. Ya no había forma de controlarme.

—Creo que me voy a correr —jadeó.

La agarré por la cintura, me erguí aún dentro de ella y la tumbé de espaldas en la cama. Colé los brazos por debajo de sus muslos, abriéndole más las piernas mientras la penetraba. Me hice con el control total. Empecé con suavidad para después aumentar el ritmo, cada vez más fuerte. Cathy me besó entre gemidos y me mordió el labio.

Cerré los ojos y sentí que mi lobo interior y mis propios instintos me empujaban a dejar mi marca en ella. Ya no era un capricho, era algo que tenía que suceder. Su cuerpo estaba preparado y nuestra conexión ya había superado sus límites. Podía sentirla, reconocer su olor, comprender su dolor y compartirlo. La sujeté por la barbilla y le giré la cara para despejar su cuello, la besé y clavé los dientes en su carne. Ella gimió y ambos llegamos al clímax, intensificando nuestros sentidos y haciendo que, por un instante, nos perdiéramos el uno en el otro como si estuviéramos en una cúpula aislados del mundo exterior.

—¡Espera! —dijo, tocándose el cuello—. ¿Por qué has hecho eso? Te dije que mi loba no se ha despertado. Ni siquiera sé quién es mi compañero predestinado.

Me apartó y clavó los ojos en los míos. Fue entonces cuando me di cuenta de que la había marcado instintivamente como mi compañera predestinada y, a partir de ese momento, ya no había vuelta atrás. Por lo tanto, ya no tenía sentido ocultarle la verdad.

—Yo soy tu compañero predestinado —le confesé.

—¿Cómo puedes estar seguro? —preguntó ella, sorprendida—. ¿Y si te equivocas?

Le pasé la mano por la barbilla y la acaricié con delicadeza.

—Sé lo que dije. Es algo difícil de entender, pero estoy seguro de que eres tú.

Las mejillas le enrojecieron y agachó un poco la cara, pero, aun así, en sus ojos, pude ver un atisbo de duda. Por el simple hecho de que no había desarrollado la conexión con su loba, no podía sentir el vínculo entre nosotros.

—¿Cuándo te diste cuenta? —preguntó.

—Desde el primer instante en que te vi en mi habitación hace seis años —le dije, sintiéndome culpable por ocultar algo tan importante.

—¿Y por qué no me dijiste nada? —preguntó indignada—. Si lo hubiera sabido... —Y entonces, perdió la noción del momento presente, sumiéndose en sus pensamientos.

—Eh, mírame. —Levanté la cara hacia ella—. No era el momento adecuado. Además, estaba mi compromiso con Chloe y la presión de la manada a mayores. En ese entonces no estaba preparado para afrontar todo eso —respondí—. No es culpa tuya, es mía.

Negó con la cabeza y me abrazó.

—No es culpa de nadie, éramos demasiado jóvenes y, sinceramente, no te habría creído —replicó—. Además, mi padre seguramente me habría utilizado para chantajearte.

—Eso significa que me crees, ¿no?

—Sí, hay muchas cosas que no entiendo, igual que lo que siento contigo. Es algo que jamás había experimentado con nadie y, a pesar de todos los años que han pasado, esa sensación no ha hecho más que aumentar —respondió hundiendo la cara en mi pecho—. Si me paro a pensarlo, tiene todo el sentido.

La abracé con fuerza y le besé la frente.

—Te busqué. Contraté a varios investigadores después de cortar mis lazos con Chloe, pero te habías ido. Te juro que te busqué sin descanso durante años hasta agotar todos los recursos posibles y seguir todas las pistas —le dije—. Pero nunca perdí la esperanza, estaba esperando a que el destino volviera a unir nuestros caminos.

Cathy parecía frágil por primera vez, y los ojos se le pusieron vidriosos por las lágrimas que estaba conteniendo.

—A veces me gustaría poder entender por qué soy diferente, por qué yo, de entre todas las personas, tuve que nacer sin el don de cambiar de forma.

—Ya te dije que a veces pasa, no tienes de qué preocuparte. Ahora que estás aquí conmigo, puedo pedirle al médico de la manada que te revise esta semana, tal vez encuentre la respuesta y pueda ayudarte. —Se quedó callada y me abrazó más fuerte.

—Pero me voy mañana, no tendré tiempo para ello —respondió.

Respiré hondo y sentí un vacío en mi interior. Por un instante, había olvidado por completo el asunto de su partida.

—No quiero que te vayas, quiero que traigas aquí a Elliot y podamos ser una familia —le dije—.

Mi hijo me necesita, y yo te necesito a ti.

—Créeme. Yo también lo deseo más que nada en el mundo, pero no puedo —dijo—. Tengo un negocio del que ocuparme, una casa, y Elliot está en la guardería. No puedo sacarlo así sin más cuando ya ha hecho algunos amigos.

Sabía que tenía razón, y ya habíamos hablado de ello antes. Pero la idea de que estuviera lejos de mí, no me gustaba. Ahora que le había puesto mi marca, no estaría tranquilo en ningún momento. Siempre estaría preocupado por ella y me sentiría con las manos atadas por no poder estar con ella debido a mis responsabilidades con la manada.

—Al menos deja que te examine el médico —volví a pedirle—. Es lo único que te pido.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo, y no voy a quedarme más tiempo. Echo de menos a mi hijo y tengo muchos asuntos pendientes.

Me mordí la lengua y suspiré.

—Vale, pero prométeme que al menos aceptarás que el médico te examine, no sólo por mí, sino por nuestro hijo. Es uno de los nuestros y, en cualquier momento, empezará a sentir la conexión con su lobo. Además, la ciudad no es un buen lugar para criar a un cambiaformas.

Ella asintió.

—Lo sé, y siempre he sido consciente de ello, pero no quería pensarlo —dijo—. Prometo que dejaré que me revise el médico la próxima vez que venga.

Sentí alivio de que al menos fuera a intentarlo, pero no pude evitar sentirme impotente. Pensé que se quedaría. Pensé que, debido a nuestra conexión, sentiría la necesidad de quedarse a mi lado. Pero el hecho de que su loba aún no se hubiese manifestado lo hace todo más difícil. Nunca entenderá lo que siento a menos que ella también lo sienta.

Capítulo 21: Sangre envenenada

Cathy

Me desperté a un lado de la cama. Eric no estaba ahí, pero sentía el calor de su cuerpo. No me había enterado de cuando se despertó porque estaba sumergida en un sueño profundo, uno que intenté en vano recordar de qué iba, pero tuve la sensación de que era uno que me provocaba desesperación. Notaba la piel sudorosa y el corazón me latía deprisa.

Me erguí en la cama, me estiré y oí cómo me crujían las articulaciones. Me costó mantener los ojos abiertos y, a pesar de haber dormido sin interrupciones, sentía el cuerpo agotado, como si hubiera estado corriendo toda la noche sin parar. Me obligué a levantarme y, aún somnolienta, fui al baño a darme una ducha y me lavé la cara con agua fría para ayudarme a despertar de una vez por todas.

Me di unas palmaditas suaves en las mejillas para despertar mis sentidos y contemplé mi reflejo en el espejo, empañado por el vapor del agua. Centré la mirada y me sequé el exceso de humedad con la mano, y juraría que mi reflejo parpadeó.

¿Me estaba volviendo loca?

Me quedé mirando mi reflejo, pero no pasó nada, así que me dirigí directamente a mi habitación para recoger mis pocas pertenencias.

La mansión estaba silenciosa hoy y en ningún momento me crucé con ningún miembro de la manada ni con ningún empleado. Quizás era parte del peso que sentía en el corazón porque no quería irme. Quería quedarme para siempre con Eric, pero sabía que no era el momento adecuado. Además, después de la revelación de que éramos compañeros predestinados, necesitaba tiempo para procesarlo y hacerme a la idea de que mi vida estaría ligada a la suya permanentemente.

Mi habitación estaba ordenada, mi bolsa estaba sobre la cama con la ropa que había traído, doblada y limpia. Asimismo, había varios de los vestidos que Eric me compró pulcramente

doblados y colocados al fondo de la bolsa, debajo de toda mi ropa.

—Hice que una de las criadas recogiera tu ropa. Espero que no te importe. —Eric entró en la habitación con una expresión fresca y cargada de vitalidad. Podía sentir que se había despertado mucho antes que yo.

Le sonreí con debilidad, me acerqué a él respirando tranquilamente y le di un beso casto.

—Gracias, corazón —respondí, casi de puntillas para poder alcanzarle—. ¿Por qué no me has despertado?

—Porque estabas profundamente dormida.

Desde que puso un pie en el cuarto, no había dejado de jugar con la manga de su camisa como si se la abrochara una y otra vez. Puede que estuviera tan ansioso como yo por mi partida, pero era algo que ya no podía aplazar.

—¿Estás lista? —me preguntó, ahora acomodándose el cuello de la camisa.

Iba vestido formal con una camisa de manga larga de color salmón, pantalones blancos de un tejido fino y zapatos marrones, del mismo tono que su cinturón. Estaba guapo, y la camisa era una talla más pequeña que las que llevaba habitualmente y hacía que su pecho y sus bíceps parecieran más grandes.

—Casi —respondí, guardándome de nuevo el móvil en el bolsillo.

—Deja eso ahí —me pidió justo cuando iba a echarme el bolso al hombro—. Le diré a Lucas que lo deje en el coche. Quiero que hagas algo primero.

Enarqué una ceja y me planté frente a él.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté en tono neutro.

Me cogió la mano, entrelazó sus dedos con los míos y me la apretó suavemente.

—Quiero que te revise el médico —me dijo.

—No voy a quedarme ni un día más. No puedo —respondí, con los labios firmes.

Eric acercó su cara a la mía y me rozó los labios con los suyos, pero sin llegar a besarme. Sentí

su calor y su mirada, el aroma del perfume que llevaba puesto, ya que era exactamente el que había fabricado conmigo en el laboratorio. Se me aceleró el pulso y las defensas que había levantado hacía un momento se derrumbaron.

—No te llevará mucho tiempo, te lo prometo —dijo, rozando nuestros labios con cada palabra y utilizando ese tono de voz profundo y seductor que me vuelve loca—. El doctor ya está aquí en la mansión.

—Habíamos llegado a un acuerdo —respondí, conteniendo las ganas de fundir mis labios con los suyos—. Te prometí que vería al médico. No tenías que hacer esto hoy.

Eric fijó sus ojos en los míos y mudó su expresión por una más seria, con las cejas ligeramente fruncidas.

—Prometiste ver al médico más tarde porque no querías quedarte más tiempo. Por eso le he hecho venir hoy, para que puedas irte después de que te revise. —Su tono era una mezcla de severidad y preocupación—. No aceptaré un no por respuesta.

Por la seriedad con que lo dijo, supe que no podría persuadirle. Quería ayudarme a comprender lo que me había colmado de dudas toda la vida. Y, en cierto modo, esa era mi mayor inseguridad. Me preguntaba si realmente era una cambiaformas o no. O si era tan débil que mi loba me había rechazado. Ahora que tenía la oportunidad de conocer la verdad que había detrás, me aterrorizaba que la respuesta fuera tan dura que no pudiera soportarla.

—Vale... iré —respondí—. Sólo porque lo prometí.

No quería parecer una mujer fácil de doblegar, al menos no delante de él y no en este momento.

Eric me besó la mejilla y me sonrió al oído.

—Todo irá bien, te lo prometo.

Me guio por la mansión hasta un cuarto de paredes blancas lo bastante grande como para albergar cuatro camillas y sofisticados equipos médicos. Era una especie de enfermería, pero con un presupuesto muy elevado, incluso mejor que el de algunos hospitales.

—Tú debes de ser Cathy. —Me saludó un hombre de mediana edad, pelo canoso y ojos disparejos, uno verde y otro azul, con algunas arrugas, nariz puntiaguda como un alfiler y dientes blanquísimos—. Soy el doctor Dawn.

El médico me dio la mano y me ayudó a sentarme en una de las camillas mientras Eric permanecía a mi lado, cogiéndome de la mano y ofreciéndome su apoyo. Sentía que iba a vomitar en cualquier momento y tuve que hacer un gran esfuerzo para que no me temblaran las manos.

—Dime, Cathy. ¿Has oído alguna vez una voz en tu cabeza? ¿O un presentimiento de que algo malo iba a ocurrir y que acaba ocurriendo? —me preguntó, desenganchando el estetoscopio del cuello y colocándolo sobre mi pecho—. Respira hondo... muy bien. Ahora exhala.

Miré a Eric en busca de ayuda y él asintió.

—Está bien, cariño, puedes responder a sus preguntas —me animó.

—No es más que un instinto que siento en las entrañas, como si fuera un sexto sentido —respondí con la voz entrecortada.

—Muy bien. —Me iluminó los ojos con una pequeña linterna, dejándome momentáneamente deslumbrada—. ¿Tienes algún problema para curarte? ¿Tus sentidos aumentan momentáneamente para luego volver a la normalidad?

Apreté los párpados con fuerza y volví a abrir los ojos para poder concentrarme en el doctor.

—Sí, me curo igual de lento que un humano, y en cuanto a mis sentidos, ocurre justo lo que has mencionado.

El médico mantuvo una expresión neutra, pero me miró fijamente y, cuando se giró hacia mi compañero predestinado, la expresión cambió a una más seria y calculadora. Sabía que se comunicaban por telepatía y que probablemente estaban hablando de mí.

—¿Qué pasa? —pregunté con el pulso acelerado y la respiración tan lenta que me ahogaba por falta de aire.

El médico me miró, apretando los labios.

—Aún no puedo ofrecerte el diagnóstico exacto, pero tengo mis sospechas —anunció—. Contéstame una cosa más, ¿con qué frecuencia tienes pesadillas?

Volví a mirar a Eric, que parecía tan ensimismado en sus pensamientos que no se dio cuenta de que le miraba antes de responder.

—Casi todos los días, a veces me despierto cansada o asustada, pero incapaz de recordar nada de lo que soné.

Asintió y sacudió ligeramente la cabeza.

—¿Me permitirías analizar tu sangre? —me preguntó.

Me faltaba el aire y apreté la mano de Eric, quizá demasiado fuerte, sin darme cuenta.

—Por supuesto —dije, intentando no mostrar ninguna inseguridad.

El Dr. Dawn sacó de un maletín negro una lanceta y un tubo de ensayo con un líquido espeso y transparente. A continuación, me cogió la única mano que tenía libre, me masajeó el dedo índice, me pinchó la yema con la lanceta y la apretó para que cayeran unas gotas de sangre en el tubo de ensayo. Todos los ojos estaban puestos en el aparato mientras lo agitaba hasta que las gotas de sangre se disolvieron y desaparecieron por completo.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Espera un momento, deja que... —Antes de que el médico terminara la frase, el líquido se volvió lila. Los ojos del doctor se abrieron como platos y miró a Eric, asintiendo.

—Acónito —habló entonces Eric.

El acónito era una planta conocida por ser capaz de envenenar a los hombres lobo, tan letal que pocos habían vivido para contarlo porque una vez que llegaba al corazón, no había vuelta atrás.

—No es posible —dije—. Entonces tendría que estar ya muerta.

—No necesariamente. Esto lo hizo un profesional. Te dieron una dosis muy baja desde que naciste, tan pequeña que no era letal, pero suficiente para envenenar tu sangre y bloquear tus habilidades. Era una técnica utilizada en tiempos de guerra y que el Consejo prohibió tras el tratado de paz.

Me quedé sin palabras. Toda mi vida me habían dicho que era un bicho raro, débil y la desgracia de la familia Sith. Mi propio padre me hizo sentir despreciada. Pero todo era una vil mentira. La culpa nunca fue mía, y no había nada que funcionase mal dentro de mí. Me habían estado haciendo daño desde el momento en que di mi primer aliento.

—¿Qué se puede hacer? —preguntó Eric.

—Existe un antídoto que purifica la sangre, pero puede provocar efectos secundarios que incluyen dolor de cabeza, espasmos, mareos, cambios de humor y pérdida del apetito —añadió.

Salí de mi trance y me bajé de la camilla. No puedo hacer a un lado mi vida y a mi hijo solo porque resulta que no me pasa nada.

—No puedo quedarme tanto tiempo —dije con decisión sin contemplar las consecuencias—. Tengo que irme —Me levanté y empecé a caminar, dejando al médico atónito.

—¡Cathy, espera! —Eric me cogió de la mano—. Por favor, deja que hable primero el médico. Escucha lo que tiene que decir y luego, por favor, piensa bien las cosas antes de decidirte. —Me apretó suavemente la mano y me miró, casi suplicante—. Por favor.

El doctor Dawn me miró con recobrada compostura. Parecía una de esas personas que no expresaban sus emociones con facilidad. No sabía si era por su profesión o si simplemente así era su personalidad.

—No tardaré ni diez minutos en prepararte la medicina. Podría prepararte suficiente para completar todo el tratamiento —declaró el médico con confianza.

—¿Ves? —me dijo Eric—. Sólo diez minutos más, ya está. —Parecía saber cuál sería mi respuesta porque noté cierto alivio en su expresión.

—Diez minutos, ni uno más —dije.

Eric me sacó de la consulta, donde dejamos al doctor rebuscando entre sus cosas y sacando distintos tipos de hierbas.

—¿Tienes idea de quién puede haberte hecho esto? —me preguntó Eric, preocupado.

Sentí un nudo en la garganta al pensar en quién podría haber saboteado mi vida de semejante manera.

—Lissandra, la luna de Sith, o incluso mi propio padre —respondí sintiendo que me ardía el estómago—. En cualquier caso, es cosa de mi padre. Nunca me quiso.

Eric me rodeó con sus brazos y me besó repetidamente en la frente.

—Superaremos esto juntos.

Me dejé envolver en sus brazos, sobrecogida por unas emociones contradictorias. Sabía la respuesta, y tenía la solución, pero sería algo totalmente nuevo para mí. Algo que sería peligroso, y temía herir a alguien en el proceso.

Los minutos pasaron volando en los brazos de Eric, que no se apartó un segundo a mi lado, abrazándome y regalándome besos sinceros. Con él a mi lado, sabía que todo iba a salir bien.

El médico salió con dos pequeños envases naranjas llenos de pastillas recubiertas de gel que me puso en las manos.

—Tómate una cada noche durante dos meses. Después, pásate a que analice tus niveles de acónito en sangre.

Cogí los botes con mucho cuidado y los apreté con fuerza.

—Muchas gracias por todo —dije con una sonrisa nerviosa.

—Es mi trabajo ayudarte siempre que lo necesites —respondió con elegancia y una pequeña reverencia.

—Muchas gracias, doctor —se despidió Eric.

Observamos cómo el doctor se marchaba hacia la salida con paso ligero y cargado con su maletín. Eric me acompañó hasta el aparcamiento, donde su coche ya se encontraba encendido. Lucas esperaba para abrirme la puerta.

—¿Qué significa esto? —pregunté, perpleja.

—Que me voy contigo —respondió Eric.

Sentí que el corazón me latía con más fuerza y se me desprendía la nostalgia que había acumulado por mi partida y por no volver a verlo.

—¿Qué? ¿Y qué pasa con tus responsabilidades con la manada? —lo interrogué, desconcertada.

—Mi manada no perecerá si me ausento unos días; además, mi padre está aquí para cuidar de ellos —insistió.

—¿Qué pasa con mi coche y mis pertenencias?

—Lucas conducirá el coche hasta tu casa, no te preocupes por eso.

Subí al coche y Eric arrancó el motor.

Posó su mano sobre mi pierna y puso rumbo la carretera. Una vez salimos de la propiedad, sentí en el fondo de mi corazón que volvería antes de lo que pensaba y que esa vez me quedaría, pero ahora sólo quería disfrutar de mi viaje en coche con Eric, mi compañero predestinado, y mi amor único y verdadero.

Capítulo 22: De tal palo tal astilla

Eric

No había podido dejar de pensar en la situación de Cathy. No podía quitarme de la cabeza que el alfa de Sith hubiera sido capaz de envenenar a su propia hija. Si hubiera podido demostrarlo, habría puesto una querrela de inmediato ante el Consejo de ancianos, pero sin pruebas, no había mucho que pudiera hacer salvo cuidar de Cathy y asegurarme de que se tomaba su medicación.

—Por aquí a la derecha —me indicó Cathy, sacándome de mis ensoñaciones y devolviéndome a la realidad—. Vamos directamente a mi casa, Nani ya se ha encargado de recoger a Elliot en la guardería.

Seguí sus instrucciones, sintiendo que se me formaba un nudo en la garganta. Cargaba con tanto sobre mis hombros: la manada, Cathy, el negocio familiar y mi hijo, del que había ignorado su existencia y que ya era todo un hombrecito.

Me intrigaba cómo reaccionaría. ¿Se enfadaría conmigo? ¿Me querría?

Cathy posó su mano sobre la mía y me dedicó una sonrisa sincera, como si hubiera escuchado mis pensamientos.

—Todo va a salir bien —me aseguró—. Elliot se enamorará de ti nada más verte.

—Espero que así sea porque nada me haría más feliz —le aseguré.

Aparcamos delante de su casa. Era pequeña, pero parecía bastante cómoda y moderna. Combinaba tonos de negros y grises, estaba rodeada de manzanos y una amplia variedad de flores que adornaban el camino de piedra que conducía a la puerta principal, así como sus amplios ventanales.

Por suerte, la casa estaba situada a las afueras de la ciudad, y no estábamos rodeados de grandes

edificios ni abarrotados por el ajetreo de coches y gente.

—Ha llegado la hora. —Respiró hondo—. Sígueme.

La cogí de la mano y sentí cómo temblaba de forma sutil y se le aceleraba el pulso. Intentó abrir la puerta, pero no conseguía encajar la llave, así que se la quité de la mano y abrí yo.

—Gracias —me dijo, y yo le correspondí con una sonrisa nerviosa.

La televisión estaba encendida en el salón con un volumen extremadamente alto que se dejaba oír por todo los rincones. La casa olía a palomitas recién hechas.

—No se han dado cuenta de que hemos llegado. Deben de estar muy entretenidos —comentó aliviada—. Démosles una sorpresa.

Pasamos el vestíbulo hasta un pequeño pasillo que comunicaba la cocina con el salón, y los dormitorios al fondo.

El niño con el pelo corto del mismo color que el mío se encontraba de espaldas a nosotros, sentado junto a una joven pelirroja que tenía entre manos un bol lleno de palomitas. Ambos estaban inmersos viendo en una película de superhéroes y aún no se habían percatado de nuestra presencia.

Cathy se acercó andando de puntillas, le cubrió los ojos a Elliot con las manos y le dio un beso en la mejilla.

—Adivina quién soy —dijo en tono jocoso.

La pelirroja con pecas y ojos azules detuvo la película y sonrió con aire distraído.

—¡Mami! —gritó Elliot volviéndose hacia ella y abrazándola con fuerza—. Te he echado mucho de menos.

—Hola, señora North —la saludó la chica—. Elliot lleva todo el día preguntándome por usted. Me alegro de que ya esté en casa —terminó con una sonrisa amable.

—Me puedo imaginar la lata que te ha dado, Nani —respondió Cathy—. ¿Cómo se ha portado mi angelito?

La niñera se había percatado de mi presencia, pero enseguida se centró en su conversación con Cathy. Por otro lado, Elliot seguía abrazado a su madre y no me había visto.

—Elliot se ha portado muy bien, como siempre. Su profesora me dijo hoy que ha sacado sobresaliente en un examen sorpresa de lectura. No dice más que cosas buenas de él.

No pude evitar esbozar una sonrisa. Me sentía como en casa, rodeado de todo lo que necesitaba. De algún modo, sabía que éste era el lugar para mí.

—Gracias por cuidar de mi pequeño. —Cathy cogió a Elliot en brazos y se dio la vuelta para que me viera.

El niño arrugó la frente mirándome con curiosidad, se escondió detrás de su madre y le susurró algo al oído. Ella sonrió, le dio un beso y lo dejó en el suelo.

—Ve a presentarte —le pidió.

Elliot vino hasta mí sin quitarme los ojos de encima, con sus bracitos a la espalda y dando botecitos al estirar las rodillas.

—Me llamo Elliot North y tengo cinco años, casi seis —se presentó con voz tierna.

—Eh, hola, Elliot. Yo soy Eric Night, encantado de conocerte por fin.—Me acerqué a él lentamente mientras Cathy me animaba haciendo un gesto con las manos—. Y yo, eh... soy tu padre.

Los ojos del niño se abrieron como platos y le lanzó una mirada a su madre, que asintió con la cabeza. La pelirroja que estaba junto a mi compañera predestinada tenía la misma expresión de asombro que el chico.

—O sea, ¿que tú eres mi padre? —volvió a preguntar.

Asentí y se precipitó a mis brazos. Le di la bienvenida, rodeándole con los brazos. Una vez lo envolví en un abrazo, me apretó muy fuerte con sus bracitos.

—Me alegro de conocerte. Pensé que nunca vendrías —sollozó y se aferró a mí con más fuerza.

—Iré a acompañar a Nani a la puerta —dijo Cathy, mirándonos con una expresión cargada de ternura—. Despidete de Nani, cariño.

Me acerqué a la mujer sin soltar a mi hijo.

—Adiós, Nani, me he divertido mucho —le dijo—. ¡Vuelve para jugar conmigo, por favor!

—Adiós, pequeño. —Le revolvió el pelo y le sonrió—. Ha sido un placer conocerle, señor.

—Gracias por cuidar de mi hijo —dije e incliné un poco la cabeza.

Cathy abandonó el salón con la niñera y me dejó con Elliot, que, en cuanto lo dejé en el suelo, me agarró de la mano, echó a correr hasta un rincón donde guardaba sus juguetes y empezó a sacarlos uno a uno.

—Este es un Power Ranger, es uno de mis favoritos. —Me entregó una figura de acción de un ranger azul mientras seguía sacando más juguetes—. Siempre quise un papá con el que jugar —dijo emocionado.

Lo miré, henchido de emoción y felicidad, pero al mismo tiempo el corazón me latía despacio por la culpa que cargaba por haberme perdido tantos años de su vida y tantos momentos especiales.

—¿Quieres jugar a algo? —le pregunté.

—¡Sí! —Se precipitó hacia la tele para conectar su consola y tomó asiento en medio del sofá con dos mandos en las manos—. A mi madre se le dan muy mal los videojuegos, siempre le gano —dijo con orgullo.

Cathy estaba justo entrando en el salón cuando lo oyó y no pudo contener la risa. Me senté a la derecha de mi hijo y Cathy al otro lado.

—¿Listo? —Le desafié.

A Elliot se le iluminaron los ojos y me pasó el mando.

—Nací preparado —dijo, con un tono grave y amenazador que recordaba a la imitación del algún dibujo animado.

Puso un juego de lucha libre, uno al que yo solía jugar y que se me daba muy bien. A Elliot no se le daba ni medio mal, pero dejé que me ganara en el último segundo solo para hacerle feliz. Cathy nos observó derritiéndose en el sofá. No dijo nada, pero notaba su mirada fija en mí.

Mi hijo y yo pasamos el resto de la tarde jugando a la consola. Después, salimos a correr al jardín y a jugar al pillapilla mientras Cathy se ponía al día con el trabajo y de vez en cuando nos espiaba por la ventana de su estudio.

La tarde transcurrió a las mil maravillas y el sol ya estaba a punto de ponerse. Yo estaba agotado, pero Elliot tenía mucha energía todavía. También me contó historias de las aventuras que había vivido con su madre y en el colegio. Yo las atesoré dentro de mí y disfruté de su compañía. Mi hijo era el niño más dulce y divertido que había conocido.

Justo cuando estábamos a punto de volver a entrar en casa, un coche con un gran letrero de una pizza encima se detuvo ante la puerta principal, y un tío joven y delgado se acercó a nosotros con dos pizzas.

—¿Vive aquí la señora North? —preguntó leyendo un papel grapado en la primera caja.

—Sí —respondió Cathy, saliendo por la puerta—. Muchas gracias.

—Pizza —gritó Elliot y corrió hacia ella. Esperamos a que el repartidor de pizza se subiera a su coche y se alejara. Ayudé a Cathy con las pizzas y entramos juntos en la casa.

—He pedido tu favorita —anunció.

—Pepperoni —dijo con la mirada encendida.

Llevé a Elliot a lavarse las manos al lavabo y nos sentamos a la mesa para compartir la comida. El ambiente era muy familiar y me sentí muy cómodo. Disfruté de la pizza, que me supo a gloria, era la mejor pizza que había probado nunca, pero sabía que no era por su sabor en sí, ni por el queso fundido ni la temperatura de la comida, sino que se debía a la compañía.

Después de comer, Elliot subió a su habitación para prepararse para ir a la cama.

—Gracias por pasar el día con Elliot —dijo Cathy—. Me ha encantado ver cómo os divertíais juntos.

Abracé a Cathy y le di un beso. Ella se hundió en mi pecho y me apretujó en sus brazos. Sentí

que ella me tranquilizaba. Nuestro vínculo se había desarrollado desde que le di el mordisco,, permitiéndome sentir sus emociones cuando estábamos cerca.

—No quiero perderme más momentos especiales con él —dije—, con ninguno de vosotros. Cathy, por favor, piensa en mi propuesta. Venid a vivir conmigo a la mansión —le pedí.

Después de pensarlo un rato, pareció decidirse.

—Iremos, pero primero déjame arreglar las cosas por aquí —habló con tono sereno—. Yo tampoco quiero estar lejos de ti.

—Mami, ¿puede mi papá contarme un cuento antes de dormir? —Elliot había bajado las escaleras sin que le oyéramos.

Cathy me miró y yo asentí.

Elliot me había llamado papá por primera vez, y sentí que me recorría un escalofrío de pura dicha, como si el corazón se me arrugara y todo a mi alrededor se desenfocara.

—Venga, vamos, ¿qué tipo de cuentos te gustan? —le pregunté mientras le seguía arriba.

Su habitación estaba decorada con pósteres de superhéroes, una lámpara de lava en la mesilla de noche y una cama con sábanas azules.

—Cuéntame una de tus aventuras —me pidió mientras se tumbaba.

Lo arrojé y le ahuequé la almohada, me senté en el borde de la cama y le conté la historia de uno de mis viajes en el que atravesé la selva amazónica en busca de una planta rara para un remedio para su abuelo.

Antes de terminar la historia, mi hijo estaba profundamente dormido. Le di un beso y me levanté con cuidado de no despertarlo y apagué la luz. Cuando salí de su cuarto, Cathy ya me esperaba con una botella de vino.

—Elliot es un niño especial —mencioné.

—Mucho. Es el niño de mis ojos —dijo entrando en su habitación, justo enfrente de la de nuestro hijo.

Bebió un sorbo de vino directamente de la botella antes de ofrecérmela. Le di un trago, dejé la botella a un lado y le di un beso, presionándole las mejillas con suavidad con las palmas de las manos.

—Gracias por criar sola a nuestro hijo. Has hecho un trabajo extraordinario. —Le di otro beso.

Cathy se apartó de mí y suspiró con calma.

—Nunca pensé que te tendría aquí conmigo, ni en mis mejores sueños —confesó—. Pero me alegro de que sea verdad.

Su olor se había hecho más fuerte y la habitación estaba impregnada de su aroma. Estar aquí era como estar en el paraíso.

Se había pasado todo el día trabajando en su estudio, así que ahora los ojos se le cerraban solos y respiraba cada vez más despacio.

—¿Quieres ducharte conmigo? —preguntó.

—Nada me gustaría más, cariño —respondí con una sonrisa.

Me quité la ropa, la ayudé a ella a quitarse la suya. Nos metimos en la ducha de cristal, que era lo bastante espaciosa para los dos. Abrió el grifo de agua caliente y se puso bajo el chorro que le caía en cascada mojando todo su cuerpo y desprendiendo un poco de vapor. La piel se le sonrojó por el calor. La abracé y dejé que el agua nos limpiara. Después cogí el bote de gel y le enjaboné su cuerpo con suavidad, masajeándole la espalda con las yemas de los dedos. Me apreté contra ella y sentí el roce de nuestros cuerpos.

Después de la ducha, nos secamos. Le costaba mantenerse despierta, así que la cogí de la mano y la llevé conmigo a la cama. Llené un vaso de agua del grifo, cogí una de las pastillas que le recetó Dawn y se la di en la boca antes de ayudarla a acomodarse en la cama, arroparla y tumbarme a su lado.

—Buenas noches, cariño —dijo casi en un susurro, besándome y acomodándose sobre mi pecho.

—Dulces sueños, mi amor. —Le puse la mano en la parte baja de la espalda para mantenerla pegada a mí y me quedé en silencio con los ojos cerrados, disfrutando del momento y deseando que durara para siempre.

Capítulo 23: La tienda de enfrente

Cathy

Eric me despertó besándome la espalda y acariciándome el cuello. Pegó su cuerpo musculoso al mío y me restregó su polla dura contra el culo.

—Buenos días, bella durmiente —me susurró al oído, y pude sentir su fresco aroma matutino—. Lo siento, no he podido resistirme —dijo y se rio con complicidad.

Se me había puesto la piel de gallina por todo el cuerpo ante su contacto. Me giré y besé sus labios.

—Eric, Elliot podría oírnos —respondí.

—No va a oírnos porque aún está dormido —respondió mientras seguía tocando mi cuerpo—. Puedo oírle roncar desde aquí.

Intenté agudizar el oído para escucharlo, pero no lo conseguí. Debía de ser porque mis sentidos no eran tan agudos como el de otros de mi especie.

—Tengo que llevar a Elliot al cole y después irme al trabajo —dije, correspondiendo a sus besos.

—Mira el cielo, todavía no ha salido el sol. —Señaló hacia la ventana de mi habitación, donde apenas se vislumbraba el sol asomando por el horizonte detrás de unos árboles—. No tardaremos mucho.

No pude resistirme más y caí en su juego, envolví su hombría con la mano y se la masajee mientras él me besaba en el cuello.

—Muérdeme —le pedí sin pensar. Me sentía más feroz, como si mi cuerpo se sintiera atraído por el suyo como dos imanes, y mis instintos primarios se apoderaran de mí.

Eric me hincó los dientes en el cuello, justo al lado de la marca, y sentí como si me hubiera dado

una dosis de dopamina.

—Qué mojada estás —dijo Eric, frotándome el clítoris con la punta de los dedos—. Me gusta mucho.

Me masajeó el clítoris, haciéndome gemir y humedecerme más.

—Hazme tuya —le imploré—. No puedo aguantar más.

El sol había salido ya un poco, y la luz se reflejaba justo en los ojos de Eric, haciendo que pareciesen más claros.

—Tus deseos son órdenes —dijo, acomodándose en la cama y subiéndose encima de mí.

Su cara quedó a la misma altura que la mía, apoyó mis piernas en sus hombros y me miró fijamente a los ojos mientras introducía lentamente su miembro en mi sexo húmedo.

—Sigue —jadeé.

Empujó su dura polla dentro de mí. Mi cuerpo se encontraba en éxtasis por sentirle de nuevo, pero esta vez era totalmente diferente, más íntimo, como si nuestros cuerpos bailaran al son de una sonata perfecta.

—Di mi nombre —exigió con voz firme mientras me apretaba los pechos con ambas manos—. ¡Di que eres mía!

Empezó a acelerar sus embestidas y, en esa posición, podía llegar más hondo. La espalda se me puso bien recta y no pude contener los gemidos.

—¡Eric! —Moderé mi tono para no despertar al niño—. Soy tuya, y sólo tuya.

Eric siguió masajeándome los pechos mientras me hacía suya, y tuve que taparme la boca para ahogar mis gemidos.

—Me gusta oírte gemir —me dijo, acelerando aún más el ritmo.

Me aparté las manos de la boca y apreté con fuerza las sábanas mientras él me embestía con salvajismo. Yo también me sentía salvaje, quería gemir, pero me mordí con fuerza el labio inferior para no hacerlo.

A él se le alzó la comisura de los labios y me agarró por las caderas para ejercer más control sobre mí.

—Si sigues así, me voy a correr —le hago saber.

Se metió los dedos en la boca y los mojó para estimularme el clítoris mientras ahondaba en mi sexo. Sentí un cosquilleo que se extendió como el agua por todo mi cuerpo hasta que no pude más y llegué al clímax, jadeando muy fuerte.

—Shhh. —Me tapó la boca y ralentizó el ritmo. Pude sentir cómo él también llegaba al clímax.

Cuando terminó, se tumbó a mi lado. El sol ya había salido y era casi la hora de empezar el día.

—¿Adónde vas? —Me agarró de la mano, tirando de mí hacia la cama.

—Tengo que despertar a Elliot y preparar el desayuno —dije.

—Ocúpate tú de él. Yo me encargo de preparar el desayuno —me dijo, dándome un beso y levantándose de la cama para dirigirse al baño.

Salió con la cara lavada y vestido de manera informal por primera vez desde que nos conocíamos.

—Te he dejado la bañera llena de agua caliente, como a ti te gusta. —Salió de la habitación.

Busqué qué ropa ponerme en el armario y me decidí por una blusa lila y unos pantalones blancos con unas sandalias a juegos. Dejé la ropa sobre la cama antes de meterme en la bañera y darme un baño rápido.

Me vestí y me eché una de las muchas fragancias que tenía en mi tocador, todas ellas únicas.

Crucé el pasillo y me di cuenta de que Elliot no estaba en su habitación. Me lo encontré con el uniforme del colegio ya puesto y sentado a la mesa mientras su padre le servía unas tortitas con crema de queso y miel.

—¿Cómo has podido preparar el desayuno y vestir a Elliot tan rápido? —le pregunté.

—Creía que lo habías vestido tú. —Enarcó una ceja.

Ambos miramos a nuestro hijo con intriga.

—Me he vestido yo solito. Nani me enseñó a vestirme y a preparar las cosas del colegio —respondió, orgulloso de lo que había conseguido en tan poco tiempo.

Me senté junto a Eric, que me estaba sirviendo el desayuno y una taza de café caliente.

—Le pagaré el doble La próxima vez —comenté en voz alta antes de hincarle el diente a nuestro desayuno.

Cuando terminamos, recogí la mesa mientras Eric me ayudaba a meter a Elliot y mis cosas de trabajo en el coche. Fuimos hasta el colegio y le presenté a Eric a la profesora como el padre de mi hijo. Me sentí de maravilla haciéndolo.

Antes de entrar en el aula, Elliot volvió corriendo a los brazos de Eric. Su padre lo cogió en brazos y lo envolvió en ellos.

—Quiero pasar más tiempo contigo —le dijo.

—Yo también, hijo. —Lo llevó hasta la entrada y le alborotó el pelo antes de soltarlo—. Te quiero.

Tenía suerte de tener a Eric a mi lado.

—¿Qué vas a hacer ahora? —quise saber.

—Ir contigo a tu trabajo —me dijo, subiéndose a mi coche—. Quiero vivir en carne propia tu día a día.

Me alegraba saber que estaría conmigo, pero temía que se aburriera porque, en mi tienda, lo único que hago es revisar cuentas o crear nuevas fragancias.

—Me vendrá bien tener a un hombre en la tienda —dije—. Probablemente te pida que me ayudes a llevar algunas cosas.

—Como digas, tú mandas. —Me guiñó un ojo.

Cuando llegué a la tienda, me di cuenta de que había una multitud al otro lado de la calle. Al parecer, alguien había abierto una nueva tienda y estaba a rebosar de clientes. No le di mucha importancia y entré en la perfumería cogida de la mano de Eric, preparada para las miradas de las

chicas y sus risitas, pero en lugar de eso, me las encontré a todas desanimadas y con caras largas.

—¿Por qué parece que estéis en un entierro? —pregunté—. Pensé que os alegrarías de verme.

Amanda y Janna, las empleadas que llevan más tiempo trabajando para mí, se acercaron de inmediato.

—Tenemos muy malas noticias —hablaron casi al unísono.

El pulso empezó a acelerárseme y, sin querer, apreté con fuerza la mano de Eric.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—¿Recuerdas al hombre que te dije que se gastó una fortuna comprando uno de todo la semana pasada? —Amanda tenía tensión grabada en la cara.

—Sí, el que se gastó una fortuna. ¿Qué pasa? —dije, mirándolas a las dos.

—Pues que ha abierto una tienda enfrente y ha plagiado tu trabajo. Está vendiendo tus productos con otros nombres y envases, pero manteniendo la misma temática y a precios mucho más bajos —mencionó Janna—. Y casi todos nuestros clientes son ahora suyos.

La burbuja que me mantenía en una atmósfera de armonía y felicidad estalló. Una ira incontrolable me invadió.

—No es posible. No ha pasado tanto tiempo —dije—. Le habrá llevado meses estudiar las fragancias y descifrar sus componentes.

Janna hizo una mueca con la boca y bajó la cabeza.

—Las ventas han bajado demasiado, incluso en las otras sucursales. Ha estudiado tu empresa y puesto sucursales muy cerca de las tuyas para atraer a tus clientes. La única que se mantiene estable es la de París.

Me llevé las manos a la cabeza, sin saber qué hacer, y Eric me abrazó por detrás, sin importarle que estuviera rodeada de mis empleadas.

—Todo va a salir bien —me susurró al oído—. Nadie puede quitarte lo que es tuyo, y menos un falsificador.

Le devolví el abrazo y las chicas nos miraron en silencio.

—Quiero ir a esa tienda. Quiero verlo con mis propios ojos —anuncié.

—No creo que sea buena idea, mi amor —me aconsejó Eric.

—Opino lo mismo. El hombre detrás de la marca dirige esa tienda, y no creo que sea una coincidencia —intercedió Amanda, pensando que eso me calmaría, pero lo que hizo fue prender aún más el fuego de mi ira.

—Voy a ir a cantarle las cuarenta. —Me zafé de los brazos de Eric y crucé la calle con la mirada al frente.

—¡Espera! —gritó mi compañero, corriendo detrás de mí—. No voy a impedírtelo, pero al menos deja que esté ahí para apoyarte.

Reduje la velocidad y le esperé. Alcanzamos la multitud de gente que esperaba su turno para entrar en el local, eran demasiados y parecía casi imposible abrirse paso. Empecé a sacudir la pierna y me crucé de brazos, pensando en cómo persuadir a toda aquella gente para que me dejaran pasar. Pero antes de poder decidirme, Eric me agarró por el antebrazo y se abrió paso, empujando a la gente.

—Disculpe, señor, pero debe hacer cola como los demás —dijo un hombre raquítico con ojeras, que estaba vigilando la entrada.

—Tienes dos opciones, nos dejas pasar por las buenas, o nos dejas pasar por las malas. Yo te recomendaría la primera —dijo Eric con voz firme y ojos asesinos—. No hemos venido a comprar. Queremos hablar con tu jefe.

El hombre tragó saliva, se encogió de hombros y nos abrió la puerta.

El interior de la perfumería era incluso una réplica de la mía, con vitrinas en los mismos sitios y el mismo ambientador. El responsable la había recreado hasta el más mínimo detalle.

—¡Esto es muy fuerte! —dije, apretando los dientes.

Un hombre vestido con traje negro, camisa blanca manchada de gotas de café y gafas de sol cuadradas salió de una puerta detrás de un mostrador y, aunque no le había visto antes, a juzgar por la forma en que le miraban los empleados, supe que era el que mandaba aquí.

—Eh, ¡tú! —dije, apretando los puños y la mandíbula—. Tenemos que hablar.

El hombre me miró vagamente, pero cuando se quitó las gafas y enfocó su mirada en mí, se aflojó la corbata y se arregló el cuello con nerviosismo.

—Sra. North, qué honor tenerla aquí —dijo con fingida amabilidad—. ¿En qué puedo ayudarla?

Vio el disgusto en la cara de Eric y sus vibras de depredador, y el hombre empezó a sudar de inmediato.

—Quiero hablar contigo ahora mismo —dije con severidad.

—Bueno, entonces vayamos a mi despacho. —Le seguí hasta la puerta por donde había salido y me detuve antes de entrar—. Pero sólo tú y yo. El despacho es demasiado pequeño para los tres.

—De ninguna manera —se negó Eric.

Le puse la mano en el pecho.

—Puedo con esto —le dije—. Confía en mí. —Eric no parecía muy convencido, pero no le di opción y entré en el despacho.

El escritorio estaba lleno de papeles, facturas y lápices gastados.

—¿Café o té? —me ofreció.

—No he venido aquí a tomar el té —dije, tirando algunas facturas al suelo para poder sentarme en la silla—. Has plagiado mis productos y me estás robando mis clientes.

Suspiró y esbozó una sonrisa.

—¿Tienes pruebas de ello? —preguntó, enarcando una ceja.

Era una persona grosera y odiosa sólo por su actitud y su expresión, saltaba a la vista, pero también era un hombre astuto, así que no podía cometer ningún error.

—No, pero...

—Entonces es una acusación falsa sin pruebas —dijo, cruzando los dedos—. Podría demandarte por daños y perjuicios. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Qué coño estás diciendo? Has plagiado mis fórmulas y mi diseño empresarial. Debería reducir este lugar a cenizas. —Me levanté de la silla, golpeando el escritorio con el puño.

—Sumémosle los daños psicológicos y las amenazas —dijo con una sonrisa más pronunciada, señalando con la barbilla a una cámara—. No tienes nada que puedas usar contra mí. En cambio, yo ahora sí.

Apreté los puños y sentí el deseo de abalanzarme sobre él y hacerlo pedazos.

—No te saldrás con la tuya. —Le di la espalda y abrí la puerta de un tirón.

—Ha sido un placer charlar contigo —dijo con voz burlona.

Salí furiosa, sentía que ardía por dentro. Eric me siguió, sin saber qué pasaba, mientras cruzaba la calle hasta mi tienda y entraba en mi despacho.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, cerrando la puerta tras de sí—. ¿Te ha hecho daño?

—No, pero me tendió una trampa —le expliqué la situación, y vi en sus ojos cómo reprimía el impulso de darse la vuelta y hacer pedazos a aquel hombre.

—Sabes que puedo ayudarte. Mi familia tiene muchos contactos —me aseguró.

Negué con la cabeza.

—No, esta batalla es mía y tengo que pelarla sola.

Eric me abrazó y yo me apoyé en él con la cabeza llena de miedos, sin tener un plan, pero decidida a hacer todo lo que estuviera en mi mano para delatar a aquel hombre y acabar con él y con su marca plagiada.

Capítulo 24: Colándose

Eric

Había pasado un mes desde el incidente de la perfumería. Cathy había pasado todo ese tiempo centrada en luchar contra el hombre que no sólo le había robado a sus clientes, sino también sus productos y el diseño de su negocio. Tardaba en responder a mis mensajes o llamadas y, por supuesto, aquella situación había retrasado el plan en curso. Sin embargo, seguía insistiendo en que yo no debía inmiscuirme en sus asuntos, pero ya no soportaba verla consumirse de esta forma sin obtener resultados.

—Hola, Eric. —Andrew entró en mi despacho bostezando y con la cara hinchada del sueño—. Pensaba que ya estarías de camino a la ciudad.

—Me perdí en mis pensamientos, y el tiempo se me pasó volando —le informé—. ¿Alguna actualización con respecto a la investigación?

Andrew ha estado investigando sin descanso a John Smith, el propietario de la empresa que plagió el trabajo de Cathy.

—No —respondió, sirviéndose una taza de café y sentándose en la silla frente a mi escritorio—. Ese hombre no es ningún aficionado, ha cubierto bien sus huellas en la red, y creo que no trabaja solo. Tiene que haber algo más grande detrás de todo esto.

—Eso me da más razones para no dejar que Cathy se enfrente a él sola —comenté.

—¿Sigue negándose a aceptar tu ayuda? —me preguntó.

—Sí, está acostumbrada a solucionarlo todo sola y aún no se hace a la idea de que me tiene a mí a su lado.

Andrew le dio un largo sorbo a su café y dejó la taza sobre la mesa.

—¿No crees que se enfadará cuando se entere de que hemos estado investigando a Smith?

—Seguramente sí. —Me recosté en la silla y dejé salir todo el aire de mis pulmones—. No puedo creer que no encontremos nada de ese hombre. Es imposible que una alimaña como él no deje huellas.

La cara de mi beta se iluminó y me miró con ojos brillantes como llamas.

—Así es, no tiene nada en la red porque debe guardarlo todo en un ordenador privado sin conexión a Internet o impreso en papel —dijo.

—¿Qué sugieres que hagamos?

—Hoy vas a casa de Cathy, ¿verdad? —Se terminó su café y se levantó de la silla, sacudiendo la cabeza para despertar sus sentidos.

—Sí. —Enarqué una ceja y me incliné hacia delante, apoyando los codos en el escritorio—. ¿Por qué?

—Porque pienso colarme en la tienda en plena la noche —respondió.

—¿Crees que alguien tan cuidadoso como ese hombre dejaría las pruebas en su despacho? —le pregunté.

—Sí, nunca lo guardaría en su casa porque podría perderlas, además de que sería el primer lugar donde alguien como yo iría a buscar —dijo, acariciándose su corta barba con los dedos—. Apostaría mi coche a que tengo razón.

Andrew siempre ha sido uno de los más listos de la manada, además de ser el estratega jefe y poseer una increíble capacidad de percepción, así que, si él lo decía, así debía ser. Además, era nuestra última oportunidad de acabar con los problemas de Cathy.

—No puedes venirte conmigo a casa de Cathy porque entonces se olerá algo. —Me crucé de brazos y le miré a los ojos—. Tenemos que reservar un hotel cerca de la tienda y coordinarlo todo.

—Déjame a mí —respondió—. A parte, ya deberías estar de camino a casa de Cathy.

Miré el reloj y vi que eran casi las siete de la tarde. Le había prometido a Cathy ir a cenar a un restaurante chino.

—Vale, lo dejo todo en tus manos —le dije—. Ve a descansar y mantenme informado de lo que pase.

Le di una palmadita en la espalda y cogí las llaves de mi nuevo coche de lujo, que había comprado sólo por el hecho de que mis deportivos sólo tenían dos plazas y, siendo padre, necesitaba un asiento más para mi hijo.

Mientras me dirigía a la ciudad para ver a Cathy, intenté llamarla varias veces, pero no me contestaba. Si esto hubiera ocurrido hace un mes, me habría preocupado bastante, pero desde que se estaba tomando su tratamiento, nuestra conexión se había hecho más fuerte y, sin importar la distancia, podía sentirla.

Se había pasado todo el día en la tienda y Nani estaba cuidando de nuestro hijo, así que tenía a Cathy para mí sola.

—Hola, amor —la saludé al entrar en la tienda.

Cathy estaba sola, apoyada en un mostrador lleno de perfumes, con un vestido negro y el pelo rubio suelto.

—¿Eric? —me miró sorprendida—. Ay, cielos. Me había olvidado de la cena.

Tenía un manojo de hojas en las manos, unas ojeras enormes y los párpados ligeramente hundidos, pero seguía estando guapa, sólo que cansada.

—Cathy, ¿cuántas horas has dormido? —le pregunté.

—Muy poco, amor —reconoció con voz agotada—. Este mes, las ventas han bajado un 75%, y mi equipo me ha recomendado que baje los precios, pero no puedo aceptarlo. Si lo hago, mis productos perderán prestigio. Estoy tan harta y cansada de todo esto.

Me acerqué a ella, le quité los papeles de las manos, los puse sobre el mostrador y la abracé.

—Todo va a salir bien —le susurré al oído—. Estoy aquí.

Se desplomó en mis brazos, recostándose contra mi pecho.

—Quiero acabar con esto —dijo—. No soporto ver la cara de ese hombre. —Señaló la tienda de enfrente, abarrotada de clientes.

—Si me dejaras...

—¡No! —me interrumpió—. Ya tienes demasiadas responsabilidades, además es mi deber solucionar esto.

—Vale, lo entiendo —dije—. Pero quiero que sepas que estoy aquí para lo que necesites.

Suspiró y fue a coger su bolso. La ayudé a cerrar la tienda y, antes de irnos al restaurante, vislumbé a John a través de la ventana del escaparate y sentí que se me revolvía el estómago. Pero, aunque no soportaba a aquel hombre, no era mi ira la que experimentaba, sino la de Cathy. Para intentar distraerla, me centré en nosotros y en nuestra velada juntos en el restaurante.

Llevé a Cathy a un local muy bien decorado. Tenía mesas de bambú y manteles rojos. Las columnas eran redondas y estaban pintadas de dorado, y una de las cosas que más me gustó fue el dragón de escamas verde oscuro con detalles realistas. Y, tal y como me había dicho Nani, lo atendían los dueños.

—¿Qué quieren tomar? —preguntó el dueño en cuanto nos sentamos en la mesa más cercana a la entrada.

—Yo el arroz con pollo y cerdo y una ración extra de rollitos de primavera —pidió ella.

—Para mí unas costillas de cerdo agridulces —añadí yo.

Tomó nota del pedido y se retiró a la cocina.

—¿Te vas a quedar más días esta vez? —preguntó Cathy.

—Esa es mi intención, pero hay algunos asuntos de la manada que me han quedado pendientes —le comenté—. Deberíais venir a la mansión; mis padres se mueren por conocer a Elliot.

Bajó la mirada y comenzó a jugar con los dedos.

—Sabes que no puedo irme en estos momentos.

—Lo sé. —Apreté los labios formando una línea.

Se hizo el silencio entre nosotros y nos quedamos mirándonos a los ojos hasta que sonó el móvil y lo saqué para comprobar quién era.

Ya estoy en el hotel y lo tengo todo listo para colarme. Leí el mensaje de Andrew y lo borré de inmediato.

—¿Va todo bien? —me preguntó ella enarcando una ceja.

—Sí, era solo un correo basura. Ya sabes lo pesados que son —le contesté.

Cathy podía percibir mis emociones con más claridad, por lo que intuía que pasaba algo más, pero antes de que pudiera seguir indagando, llegó el dueño del restaurante junto con su hijo de unos veinte años a traernos nuestros platos.

—Disfruten de la comida —dijeron al unísono tras dejarla sobre la mesa y marcharse.

—Huele delicioso —dijo Cathy inspeccionando los platos—. Mi sentido del olfato ha mejorado muchísimo y ahora puedo distinguir qué especias han utilizado en la comida. —Se le iluminaron los ojos al decirlo y sonrió con amplitud.

—Ya casi has terminado con el tratamiento. —Me acerqué el plato de costillas.

—Sí, no me puedo creer lo rápido que pasa el tiempo

Le cogí de la mano y clavé la mirada en la suya.

—El tiempo pasa volando cuando lo pasas con la persona a la que quieres.

Se puso roja como un tomate.

—Te quiero —dijo, cogiendo los palillos para empezar a comer.

Las costillas agridulces eran una delicia, la carne estaba blanda, se desprendía del hueso y se me deshizo en la boca, permitiéndome saborear la soja, miel y fresa que llevaba.

—Acércate un poco más —le susurré.

Acercó la cara y le pasé el pulgar por los labios con delicadeza para limpiarle un poco de la salsa agridulce con la que se había manchado sin querer.

—Gracias —dijo, cogiendo una servilleta.

Cathy tenía los labios brillantes por el aceite grumoso, cosa que por alguna razón me inspiraba

ternura, pero estaba tan concentrada en su comida que no se dio cuenta de que yo había dejado de comer para dedicarme a admirar su belleza.

Disfrutamos de la cena y traté de ayudarla a centrarse en el presente y no en el duro momento que estaba atravesando. A medida que discurría la velada, Cathy y yo nos bebimos dos copas de vino después de terminar la cena y después pasamos unos minutos más admirándonos el uno al otro y disfrutando de nuestra mutua compañía.

—¿Les traigo algo más? —preguntó el chico que ayudó a servir la comida mientras nos retiraba los platos.

—Sólo la cuenta —respondí, complacido.

—Ahora mismo se la traigo —respondió.

A estas horas, el sol ya se había puesto por completo, la noche había refrescado y el restaurante empezaba a llenarse. Cuando el joven nos trajo la cuenta, pagué y le dejé una buena propina.

—Hora de irse a casa —me dijo Cathy, aferrándose a mi brazo y descansando la cabeza en mi hombro.

Subimos a mi coche y conduje despacio hasta su casa, disfrutando de las luces de los edificios y de la belleza que había descubierto en la ciudad tras venir a menudo a estar con mi compañera predestinada y mi hijo.

Cuando llegamos a casa, estaba en silencio total. Fuimos a la habitación de Elliot para encontrarnos a Nani sentada al borde de su cama, terminando de leerle un cuento.

—Hola, Sra. North y Sr. Night —susurró. Se levantó con cuidado de la cama y se acercó a nosotros—. ¿Qué tal la cena?

—Deliciosa, sobre todo el arroz —contestó Cathy.

—El restaurante que me recomendaste era excelente —le agradecí porque al no conocer mucho la ciudad, le había pedido algunas recomendaciones—. Gracias por cuidar de Elliot.

Sonrió complacida y fue a buscar sus cosas para volver a casa.

—Buenas noches. —Se despidió con la mano tras la ventanilla de su coche.

Cathy y yo esperamos a que se hubiese ido para volver a entrar.

—¿Quieres ver una película o alguna serie? —pregunté.

Negó con la cabeza y se frotó los ojos.

—Me quedaré dormida en el primer minuto.

—Pues lo dejamos para mañana. —Le cogí la mano y la conduje a nuestra habitación.

Mientras ella se daba un baño y yo terminaba de ponerme el pijama, dejé el móvil cerca, esperando a que Andrew me enviara un mensaje. Como no había tenido noticias suyas, estaba empezando a temer lo peor, que le hubieran pillado o que siguiera dentro de la tienda. Fuera cual fuera la situación, tenía los nervios a flor de piel.

—Estás demasiado tenso —dijo Cathy, saliendo del baño con su pijama rosa pastel—. ¿Pasa algo? —Sabía que aún no iba a decirle la verdad, pero tampoco podía mentirle porque lo sabría.

—Andrew está en mitad de una misión importante y no tengo noticias de él —le mentí, sabiendo que, cuando se trata de algo de la manada, trata de no indagar demasiado porque, por alguna razón, no se siente con derecho, a pesar de que le he dicho mil veces que se la considerada parte de mi manada desde el día en que la marqué.

—Seguro que está bien. Es un hombre muy inteligente —intentó tranquilizarme.

—Espero que tengas razón. —Guardé el móvil y la atraje hacia mí.

Nos metimos a la cama y la besé despacio, sintiendo sus labios suaves y carnosos.

—Buenas noches, amor —le dije, dándole un último beso.

Se tumbó sobre mi pecho, acurrucada a mi lado y, nada más cerró los ojos, se quedó profundamente dormida.

Cerré los ojos, pero no podía dormir. Mi cabeza se encontraba con Andrew en ese momento, intenté comunicarme con él por telepatía, pero al estar tan lejos era en vano. Estaba a punto de perder la cabeza cuando me sonó el móvil. Lo cogí, con cuidado de no despertar a Cathy.

Este hombre está metido hasta el cuello en el tráfico de personas, armas y drogas. Todo es una

tapadera, y tengo todas las pruebas que necesitamos, decía el mensaje de Andrew.

Capítulo 25: La trampa

Cathy

Estábamos a punto de cerrar la perfumería. Las ventas habían sido terribles, como llevaban siendo todo el mes. Sólo habíamos vendido un par de perfumes y alguna crema hidratante. La situación era tal que me estaba planteando abandonar el negocio porque ya no generaba suficientes beneficios y la empresa solo se mantenía gracias a la sucursal de París. Y si seguía utilizando los beneficios de ésta para mantener a las demás, acabaría en bancarrota.

—Señora North, venga aquí rápido —Janna entró en mi despacho sin llamar, haciendo que el corazón me diera un vuelco—. Tiene que ver esto.

Estaba eufórica y tiró de mí agarrándome de la mano, casi arrastrándome hasta fuera de la tienda.

—¿Qué pasa? —pregunté casi gritando, sin entender lo que estaba pasando.

—Mira. —Señaló con el dedo al otro lado de la calle, que estaba bloqueada por coches patrulla y unos policías armados se dirigían en formación hacia la tienda de John Smith.

—Señoras, por favor, vuelvan dentro. —Uno de los policías con capucha se acercó a nosotras con su arma apuntando al suelo.

—¿Qué está pasando? —quise saber.

—Este es un asunto oficial. Por favor, vuelvan al interior de la tienda y manténgase alejadas del escaparate.

Sintiéndome conmovida, volví a entrar en la tienda con Janna.

El corazón no me se había calmado; de hecho, empecé a sentirme peor. Desde que había empezado a tomar las pastillas para purificar mi sangre, todos mis sentidos se habían agudizado, pero también lo habían hecho las dolencias que había mencionado el médico.

—Está muy pálida —comentó mi empleada y me ayudó a sentarme—. Déjeme traerle un vaso de agua.

—No hace falta —repliqué, pero me trajo el agua de todos modos.

—Beba. —No me quito ojo de encima hasta que me bebí hasta la última gota—. Me he dado cuenta que no bebes suficiente agua.

Solo estábamos nosotras dos en la tienda; debido a las bajas ventas, no había necesidad de que las chicas se quedaran hasta tan tarde, pero, aun así, Janna y Amanda se turnaban para quedarse conmigo a lo largo del día.

—Pásame mi móvil —le pedí, respirando lentamente para calmarme—. Tengo que avisarle a Eric que vaya directo a casa con Elliot.

Entró en mi despacho para coger mi móvil y me levanté para apoyarme en el mostrador y así poder ver lo que pasaba fuera.

Los policías habían roto la puerta de cristal y entrado por la fuerza en la tienda, pero no pude darme cuenta de ello hasta que me levanté, por el estruendo de las sirenas de los coches de policía y la alarma de la tienda. Sacaron a varias personas esposadas, entre ellas, el raquítico vigilante, algunos vendedores y un par de personas que no había visto nunca, pero, a juzgar por la palidez de su piel y la delgadez de sus cuerpos, parecían que no habían visto la luz del sol en semanas, si no meses.

—Nunca había visto a esa gente —dijo Janna.

—Yo tampoco —contesté, cogiendo el móvil—. Ya han sacado a todo el mundo, pero no he visto a John Smith por ninguna parta.

—Ni yo.

Los policías cerraron el local y lo rodearon con cinta adhesiva. Mientras los agentes recogían pruebas, vi a un hombre vestido de negro sin uniforme de policía que miraba directamente a mi tienda y hablaba por teléfono. En un principio me sobresalté hasta que le reconocí.

—¡Andrew! —grité, haciendo saltar a Janna en el aire.

—¿Quién es Andrew?

—Por favor, cierra la tienda por mí. Tengo que irme —le pedí a mi empleada, le quité el teléfono de las manos y fui directa hacia Andrew.

—Cathy...

—No digas nada —le interrumpí.

Los agentes nos miraron, pero él les hizo un gesto para que se marcharan y siguieron transportando cajas llenas de papeles hasta los coches patrulla.

—Vayamos a un sitio más privado. No tenemos por qué discutir esto aquí —sugirió al notar mi enfado.

—No quiero hablar contigo. Sólo quiero saber una cosa. —Mantuve la compostura para no montar una escena—. Esto es cosa de Eric, ¿no?

Frunció los labios y aspiró una buena bocanada de aire.

—Sí, pero sólo lo hizo por ti. Quería ayudar.

—Le dije que no interfiriera —gruñí. Me di la vuelta y me alejé sin decir una palabra más.

Quería ir a casa para decirle a la cara y sin más preámbulos lo que pensaba, pero la carretera estaba cubierta de cristales y algunos coches patrulla seguían bloqueando la carretera. No había forma de que pudiera pasar con el coche.

—Cathy, puedo llevarte con Eric. Mi coche no está lejos —me gritó Andrew, pero yo seguí caminando.

El corazón me latía despacio, sentía que la sangre se me convertía en fuego y, por un momento, olvidé todo el malestar que sentía y avancé hacia la otra manzana agarrada al móvil, pensando en todas las cosas que le diría a Eric cuando contestara a mi llamada.

—Hola, amor, estoy recogiendo a Elliot de la guardería —me saludó.

—¿Por qué lo hiciste? —pregunté, mordiéndome la lengua—. ¿Por qué te pusiste a husmear en algo que tenía que solucionar yo, si te pedí que no lo hicieras?

Oí el sonido del viento golpeando el micrófono del teléfono y a Elliot tarareando una canción,

pero Eric se quedó callado un momento.

—Lo hice porque no estabas bien ni dormías como es debido. Estabas descuidando tu salud.

Él también se estaba conteniendo para que nuestro hijo no nos oyera discutir.

—Pero te había dejado muy claro que era algo de lo que me tenía que ocupar yo —insistí—. No soy una damisela que necesita que la rescaten. Puedo luchar mis propias batallas.

Podía oír su respiración entrecortada.

—Lo hice por nosotros y por Elliot —dijo—. Ha notado tu ausencia. De todos modos, no pienso hablar de esto por teléfono. Dime dónde estás e iré a buscarte.

—No, puedo coger un taxi —Colgué sin escuchar lo que iba a decir.

Crucé la calle hasta una parada de autobús para esperar a un taxi. Como nunca antes la había visto, la calle estaba casi desierta, salvo por un coche negro aparcado en una esquina. Oí el ruido de otro coche y me alejé de la parada, pensando que era un taxi, pero no era más que una furgoneta blanca, así que di media vuelta para volver a sentarme.

La furgoneta se detuvo y las puertas se abrieron muy deprisa. Intenté darme la vuelta, pero sentí un pinchazo en el cuello. Quienquiera que estuviera detrás de mí me tapó la cabeza con una funda negra.

—¿Qué quieres de mí? —grité.

Intenté forcejear, pero el cuerpo se me entumecía. Mis piernas ya no podían sostener mi peso y, antes de desmayarme, oí el ruido de otro coche que se acercaba.

Sentía que mi cuerpo estaba sumergido en el mar helado, pero mi mente navegaba entre las nubes cerca del cálido sol.

¡Despierta! me susurró al oído una voz familiar. *Cathy, es hora de despertar, no bajes la guardia.* Entonces me di cuenta de que la voz era la misma que oía en mis sueños; era mi loba interior intentando llegar hasta mí.

Salí de mi trance, todavía mareada. Me costaba abrir los ojos y el resto de mis sentidos seguían entumecidos.

—Pensé que seguirías dormida todo el día —dijo una voz que reconocí de inmediato.

Alguien me quitó la capucha y pude ver un poco borroso. Estaba en mitad de un almacén abandonado. Había suciedad por todas partes, plantas que habían crecido por las paredes, un montón de escombros y cajas apiladas en muy mal estado. Tenía a tres hombres con pasamontañas y a John Smith delante de mí con una mano en el bolsillo y la otra agarrando un revólver.

—Todavía está dormida. Échale más agua —ordenó John.

Uno de los hombres cogió un recipiente lleno de agua y me la lanzó directamente a la cara. El agua estaba helada y me entró por la boca y la nariz, provocándome asfixia.

—¿Qué quieres de mí? —pregunté, recuperando el aliento.

Se rio con una sonrisa burlona, y los otros hombres lo imitaron.

—Quiero que pagues por lo que has hecho —me dijo—. Tú y tu novio os las arreglasteis de alguna manera para colaros en mi tienda, robar unos documentos y hacer fotos. Gracias a eso, la policía me ha cerrado el chiringuito y mi cara está en todas las noticias.

—¿Cómo escapaste? —Escupí el resto del agua.

—En ningún momento me atraparon. Tengo a un informante en el departamento de policía —añadió con una sonrisa victoriosa—. Me avisó y pude huir sin ser visto.

John tenía otra actitud. Ya no era el hombre desdeñoso con aires de superioridad. Ahora tenía un aspecto agresivo, violento e intimidatorio. Intenté moverme, pero me habían atado a la silla y me era imposible mover un músculo.

—Tienes lo que te mereces, cabrón —le grité con todas mis fuerzas. Yo no era de las que bajaban la cara, nunca lo había sido, y no iba a empezar con este hombre.

John no se tomó bien mi comentario, acercó su cara a la mía y clavó los ojos en mi cara.

—Repítelo —dijo con una mirada cargada de veneno y apretó el cañón de su pistola contra mi estómago—. Ya no eres tan valiente, ¿verdad?

Me armé de valor, le escupí en la cara y le di un cabezazo con todas mis fuerzas. Se cayó hacia

atrás y se retorció en el suelo, cubriéndose la cara con las manos y gritando de dolor.

Uno de los hombres se acercó a él para intentar ayudarlo, pero John lo apartó de un empujón.

—No me toques o te mataré a ti también, junto con esta puta de mierda —gritó, levantándose del suelo.

Le arrebató la pistola al hombre que tenía al lado y vino hacia mí con la nariz rota y una herida en la frente que chorreaba sangre a borbotones.

—¿Ves lo que acabas de hacer? —me golpeó las sienes con el cañón de la pistola de forma frenética—. Ahora te abriré un agujero en la puta cabeza.

No estaba preparada para morir. Pensé en mi hijo, en Eric y en las pocas personas a las que apreciaba de verdad. Quería vivir más tiempo. Quería casarme con Eric, ver crecer a mi hijo y visitar nuevos lugares por el mundo. Intenté aflojar las cuerdas, pero estaban demasiado apretadas, y ya ni siquiera hablaba mi loba interior, estaba perdida y no había nada que yo pudiera hacer.

—Vete al infierno —grité cuando me puso la pistola entre los ojos. Los cerré, esperando el disparo.

—¿Qué demonios es eso? —gritó uno de los hombres.

John apartó el arma de mi cabeza y el aullido de un lobo se hizo eco por todo el almacén.

—Es un puto lobo —gritó otro de ellos.

—No, nunca he visto uno tan grande. Es otra cosa —dijo John, disparando al lobo a mis espaldas. Los disparos se producían tan cerca de mis oídos que podía oír las balas cortando a través del aire.

Vi como si una nube negra volara sobre mi cabeza directamente hacia John. Lo tumbó de espaldas y, de un mordisco, el lobo le arrancó la mano con la pistola aún en ella. John gritó de dolor y, de repente, otro lobo salió de detrás de las cajas y le dio un zarpazo en la cara a uno de los hombres que me habían secuestrado, dejándolo inconsciente.

Los otros dos secuestradores intentaron escapar, pero los lobos eran más rápidos y, con un mordisco directo al cuello, los dejaron inconscientes.

—¡Mierda! Mi mano —lloriqueó John arrastrándose por el suelo en la dirección opuesta a los lobos—. Por favor, ayuda —imploró, pero el lobo negro más grande lo mordió en el cuello, dejándolo sin vida.

¿Te encuentras bien? Oí la voz de Eric en mi cabeza con claridad.

Estaba en estado de shock por lo que había visto. Nunca había presenciado algo así.

Sí, estoy bien, respondí de la misma manera.

El lobo negro de ojos oscuros se paró frente a mí y se transformó en Eric. Estaba desnudo y su cuerpo esculpido estaba cubierto de sangre. A su lado, el lobo gris se transformó en Andrew.

—Tenemos que salir de aquí —dijo éste, cogiendo un cuchillo de uno de los cadáveres y cortándome las cuerdas.

Eric me cogió en brazos y me llevó hasta el coche negro que había visto cerca de la parada de autobús.

—Gracias —dije, todavía recuperándome del shock—. Pensé que iba a morir.

Eric me subió al asiento del copiloto y se quedó en la puerta, esperando a Andrew. Mientras esperábamos, se quedó a mi lado y se limpió la sangre con una camisa blanca que había en el coche.

—Te prometí que no te pasaría nada mientras estuvieras conmigo, Cathy. Te protegeré por resto de la eternidad —afirmó.

—¿Cómo supiste dónde encontrarme?

—Andrew te estaba siguiendo. En cuanto vio que te secuestraban, me llamó y siguió a los secuestradores —me hizo saber.

Me sentí mal por la forma en que le había hablado a Andrew antes en la calle. Si no fuera por él, Eric no me habría salvado.

—Le debo una disculpa. —Abracé a Eric. Su cuerpo desprendía un poco de vapor, estaba más caliente que de costumbre, pero aun así me negaba a soltarlo.

Se oyó una explosión y el almacén abandonado se cubrió de fuego. El humo y las llamas crecían con rapidez. Andrew salió de dentro cubierto de cenizas y bañado en sudor dejando atrás un incendio que le doblaba en tamaño.

—Me he ocupado de los secuestradores. Vámonos a casa —dijo Andrew.

Capítulo 26: La calma después de la tormenta

Eric

Cathy aún estaba un poco afectada por lo ocurrido en la bodega, ensimismada en sus pensamientos. Después de asegurarnos de que la policía tomaba el relevo de la situación, Cathy, Andrew y yo nos fuimos directamente a su casa.

—Mamá, ¿estás bien? —preguntó Elliot, abrazándola con fuerza.

—Sí, cariño, sólo un poco cansada —le respondió ella.

Nuestro hijo la observó con detenimiento, analizándola.

—Os oí cuando iba en el coche con papá. ¿Os estabais peleando? —preguntó.

Me acerqué a él y lo alcé en brazos.

—No, hijo, tu madre y yo nunca discutiríamos —respondí, mirando a Cathy a los ojos.

Mi hijo me devolvió el abrazo y sonrió.

—¿Quieres jugar conmigo?

—Ahora mismo tu mami y yo tenemos que cambiarnos de ropa y hablar, pero Andrew puede jugar contigo —le contesté.

Andrew me miró con el ceño fruncido, no le gustaba verse rodeado de niños, pero asintió igualmente y siguió a Elliot hasta el salón. Conectaron al instante y se pusieron a jugar a los videojuegos.

Llevé a Cathy al dormitorio y la ayudé a desvestirse.

—¿Estás bien? —le pregunté.

—Sí, no dejo de pensar en que podría haberme muerto —murmuró.

La rodeé con los brazos y le besé la frente con suavidad.

—Nunca dejaré que te pase nada malo —le prometí—. Si es necesario, daré mi vida por ti.

Me apretó más fuerte y, cuando la bañera se llenó de agua caliente, la ayudé a entrar dentro. Observé cómo se sumergía pensando en cuánto temía perderla.

—¿Vienes? —preguntó.

—En un segundo. —Depositó un besito en sus carnosos labios. Sacó medio cuerpo de la bañera, se pegó a mí, empapándose, y me rodeó con los brazos—. Lo he estado pensando y no quiero esperar más. Quiero que te cases conmigo.

—Yo también deseo lo mismo —respondió entre besos y con la respiración contenida—. Tenemos que planearlo todo...

—Ya habrá tiempo para eso, ahora centrémonos en nosotros —dije metiéndome en el agua.

—Bésame —me exigió.

Se tumbó encima de mí y le masajéé las nalgas mientras nos besábamos, .

—Hagamos el amor aquí —me susurró al oído.

—¿Estás segura? Elliot está despierto.

—No oír nada. Está demasiado concentrado jugando con Andrew. —Me agarró las pelotas con sus manos suaves y ejerció un poco de presión.

Ya no podía controlarme, su olor era intenso y el ambiente perfecto. Cogí su cara entre las manos y mis labios se fundieron con los suyos mientras ella seguía jugando con mi polla bajo el agua.

—Entonces, ¿estás de acuerdo? —preguntó, sintiendo cómo el miembro se me engrosaba y endurecía dentro de su delicada mano.

Alcé una comisura y observé cómo la piel le ondulaba en el agua y los pezones se le ponían de punta.

—No puedo negarle placer a mi futura esposa —respondí, deslizando las manos por sus curvas hasta llegar a su culo.

Comenzó a restregar su sexo sobre mi erección anclándose a mi pecho como apoyo.

—¿Te gusta? —susurró.

—Me encanta —le respondí.

Mi pulso se había sintonizado con el suyo, y los pezones también se me habían puesto duros por la sensación de su cuerpo rozando el mío bajo el agua. Era una sensación que nunca antes había experimentado, pero me encantaba.

Cathy disfrutaba del roce de su cuerpo con el mío y, aunque su loba aún no había despertado, sus instintos sí lo habían hecho, y se comportaba de un modo más salvaje y más mía.

Deslicé las yemas de los dedos por su columna vertebral hasta llegar a su nuca para agarrarla con delicadeza mientras, con la otra mano, la alcé un poco hasta que sentir su entrada con mi erección. Entonces, la volví a bajar con suavidad.

Cathy gimió mientras mi polla entraba más hondo.

—Dios, qué gusto.

El sentimiento era mutuo. Todo mi cuerpo se regocijaba mientras mi animal espiritual se ponía más salvaje, deseoso de hacerse con el control.

—Me encanta lo mojada que te pones y cómo te muerdes los labios cuando te hago mía.

Encorvó un poco la espalda inconscientemente y gimió cuando toda mi polla entró en su centro apretado.

—Fóllame —jadeó.

Me gustaba tenerla encima porque podía ver sus tetas enormes y firmes, su figura y la expresión de su cara cada vez que la embestía.

—Eres mía —susurré, aferrándome a sus caderas y sincronizando mis movimientos.

Saqué la polla casi por completo de su jugosa entrada para así poder meterla hasta el fondo,

sintiendo cómo su apretada vaina se abría para mí. Las tetas le rebotaban y se apartó el pelo para que pudiera verla mejor.

—Soy tuya, Eric —gemía después de cada embestida.

Su cuerpo reaccionaba al mío y desprendía cada vez más de su aroma, haciendo que me perdiera en ella. Su loba estaba despertando, y el sexo era cada vez mejor y mejor.

—Probemos algo diferente —propuse poniéndome cómodo en la bañera.

Le cogí ambas manos y las coloqué en el borde de la bañera para que pudiera agarrarse, dándome la espalda. Deslicé las manos por debajo de ella para separarle las piernas y utilicé las yemas de los dedos para masajearle el sexo mientras le besaba la espalda y le frotaba el culo con mi polla dura.

Las nalgas de Cathy parecían brillantes por el agua y, de algún modo, más apetitosas. Era incapaz de mantener la espalda firme y le temblaban las piernas. Me froté contra su culo un poco más antes de deslizar la cabeza de mi polla por su piel hasta llegar a su entrepierna.

—Fóllame, por favor —imploró, volviendo la cara hacia mí.

Con una mano le sujeté el pelo y con la otra le agarré una teta. Le metí la polla entera y empecé a moverme rápido, aumentando el ritmo con cada embestida. Ella gimió, sin contenerse esta vez, un detalle que me excitó tanto que no pude controlarme más.

—Más fuerte —suplicó.

Dejé de contenerme y la follé con fuerza, apretándole los pechos y haciéndola gemir más fuerte.

—Eres una niña traviesa —le susurré al oído—. Y debo castigarte.

Apretó las manos con fuerza en el borde la bañera y gimió mi nombre cuando ambos llegamos al clímax. La rodeé con los brazos, mi miembro aún dentro de ella.

—Te haré la mujer más feliz del mundo —susurré.

—Ya estoy a tu lado —contestó, volviéndose hacia mí y dejándose caer en mis brazos.

Terminamos de bañarnos y salimos del dormitorio como nuevos. Andrew y Elliot seguían

jugando y, al mirar el marcador, vi que mi hijo estaba ganando a mi beta.

—Nunca pensé que me ganaría un niño —musitó Andrew.

Elliot se rio y se contoneó en el sofá de un lado a otro, pulsando con frenesí los botones de mando.

—Elliot, ¿te gustaría conocer a tus abuelos? —le preguntó Cathy al niño.

La miré con los ojos muy abiertos y sentí que se me extendía el calor por el pecho porque ella hubiese tomado la iniciativa.

—¡Sí! —gritó mi hijo, soltando el mando y saltando de alegría—. ¿Cuándo vamos?

—Ahora mismo —respondió, mirándome a mí a los ojos.

No pude evitar sonreír y cogerle la mano para entrelazarla con la mía mientras Elliot se echaba a correr hacia su habitación.

—Gracias por todo lo que acabas de hacer —dijo Cathy—. Y sé que puede que Eric ya lo haya pensado, pero tenemos pensado casarnos y me gustaría que fueras el padrino de la boda. Te debo mi vida tanto como a Eric.

Andrew dejó el mando a un lado y se levantó del sofá con el pecho hinchado y una sonrisa difícil de disimular.

—Será un honor —respondió.

Ayudé a Cathy a guardar algo de ropa para ella y para Elliot en una bolsa, aunque insistí en que no era necesario, antes de partir a la mansión. Andrew se fue con Elliot en el coche para poder continuar con su conversación sobre videojuegos porque si alguien era un friki de los videojuegos, ese era Andrew.

Cathy y yo subimos a mi coche y pasamos el viaje disfrutando de las vistas y de la carretera, sabiendo que pronto nos llamaríamos marido y mujer.

—Gracias por brindarme esto. Tenía muchas ganas de que mis padres conocieran a nuestro hijo.

—Después de ver mi vida pasar ante mis ojos, me di cuenta de que no puedo seguir alargando las

cosas. Eric, quiero estar contigo, y quiero que seamos una familia —confesó, y fue la primera vez que no hubo vacilación en su tono.

Quería abrazarla y colmarla de besos, pero tenía que mantener la vista en la carretera. Después de un par de horas y de evitar las calles atestadas de gente, llegamos a la mansión.

Mi madre estaba fuera regando unas flores y mi padre a su lado fumando en pipa. Ambos vieron mi coche llegar y fruncieron el ceño. Les había dicho que no volvería esta semana. No apartaron la vista del vehículo y entonces vieron bajarse a Cathy. Mi madre dejó de regar las plantas y vino hacia nosotros con pasos apresurados mientras que mi padre la seguía a un ritmo más pausado.

—Cathy, hemos echado mucho de menos tenerte por aquí —dijo—. Le pregunto a Eric por ti y por Elliot todos los días. —Mi madre echó un vistazo dentro del coche y la luz en su mirada se apagó un poco al ver que Elliot no se encontraba ahí.

—Yo también te he echado mucho de menos. —Cathy abrazó a mi madre, y mi padre le besó la mano en cuanto llegó a nuestra altura—. Tengo una sorpresa para vosotros. —Sonrió y señaló el coche de Andrew.

Se giraron a tiempo para ver a Elliot apearse de él y venir hacia nosotros.

—Hijo, estos son tus abuelos —le dije, cogiéndole de la mano y acercándole a mis padres.

Mi madre se tapó la boca con las manos y me miró con los ojos muy abiertos mientras que mi padre se encontraba casi en estado de shock.

—Es igualito a ti a su edad —dijo mi madre con la nostalgia patente en la voz—. Dios mío, angelito, es un placer conocerte.

Elliot parecía un poco contrariado al principio, pero al cabo de un rato acabó sintiéndose en confianza con sus abuelos, que se adueñaron de él y se lo llevaron a recorrer la mansión mientras mi madre lo atiborraba a chucherías.

—Nunca había visto a mi madre tan feliz —les comenté a Cathy y a Andrew, que estaban a mi lado, viendo cómo mis padres se olvidaban de todo lo demás y se centraban en el pequeño Elliot.

—Tu madre no iba a sentirse en paz hasta que le dieras un nieto —dijo Andrew—. Acabas de hacerla la mujer más feliz del mundo.

Cathy me apretó la mano y se inclinó hacia mí, respirando suavemente mientras caminábamos hacia ellos.

—Mamá, papá... —Carraspeé para llamar su atención. Se giraron hacia nosotros, sentí el orgullo en mi pecho y la sonrisa de mi cara delataba mi emoción—. Cathy y yo estamos pensando en casarnos.

—Eric, acabas de hacerme los dos mejores regalos del mundo entero —dijo mi madre, despeinando a mi hijo—. Me alegro un montón por vosotros.

Mi padre era un hombre serio que no mostraba sus emociones con facilidad. De hecho, todo lo tomaba a broma, pero esta vez se limitó a sonreír y a darme una palmadita en la espalda.

—Entonces será mejor que organicemos esa boda lo antes posible —anunció.

Elliot seguía sin entender muy bien lo que estaba pasando, pero estaba más concentrado en comerse las golosinas que le daba su abuela.

Entramos en la mansión para discutir los detalles, pero mi madre insistió en que ella y mi padre se encargarían de todo para que pudiéramos centrarnos en planificar la luna de miel. Dejó muy claro que ella cuidaría de Elliot y que no aceptaría un no por respuesta.

Capítulo 27: La verdad sobre la manada de Sith

Cathy

Habían pasado dos días y Elliot ya se había acostumbrado a la mansión. Ya se movía solo por los pasillos y conocía cada rincón, algo que a mí me estaba costando mucho lograr.

—¿Estás listo? —preguntó Eric, terminando de ponerse su esmoquin negro.

—Sí, te estaba esperando —respondí.

Lydia se había estado guardando los detalles de la boda hasta que todo estuviera arreglado, y hoy por fin nos contaría lo que había planeado. Para ser sincera, estaba muy emocionada por cómo Eric ponía por las nubes las fiestas que organizaba su madre, pero lo que más me entusiasmaba era el ritual de la luna llena.

—Buenos días —saludé a Lydia, que tenía a Elliot sentado sobre sus piernas comiéndose unas nubes de azúcar—. Hola, mi niño. Veo que te estás divirtiendo.

—Hola, cielo, siéntate. —Me hizo un hueco a su lado en el sofá.

Elliot sonrió, tenía la boca tan llena de nubes que le sería imposible hablar. Eric se sentó a mi lado y yo me recosté contra él. Frente a nosotros y separado por una mesa ornamentada, Patric se encontraba sentado en una butaca con las manos en la barbilla. El alfa de la manada de Night lucía una expresión serena, pero pude ver el orgullo en sus ojos al ver a su hijo y a su nieto.

—Bien, dentro de un mes y dos días habrá luna azul —comenzó Lydia con una sonrisa grabada en los pómulos—. Es una bendición de la Diosa que vaya a haber una tan pronto, y decidí que sería la fecha ideal para la boda.

Los cambiaformas se casaban bajo la luz de la luna para unir sus almas bajo la bendición de la Diosa de la Luna, un ritual que debían realizar un alfa y su luna.

—¿Un mes? —dijo Eric, enarcando una ceja—. Ojalá fuera antes.

Patric se apoyó las manos en las rodillas y carraspeó.

—Hijo, ser paciente es una virtud de un líder. A veces, esperar da mejores resultados. Escucha a tu madre —le aconsejó con su voz profunda.

—Tu padre tiene razón. Además, no todo el mundo tiene la suerte de poder casarse bajo una luna azul —dijo.

No me sentía nerviosa, pero, dado que seguía tomándome la medicación, no quería pasar el día de mi boda mareada y con náuseas, así que un mes sería tiempo suficiente para recuperarme después de terminar con el tratamiento.

—Está bien —dijo Eric, alzando una comisura—. Lo siento, es que estoy muy entusiasmado y no quiero esperar tanto.

—Lo sé —respondió Lydia—. A mí también me entusiasma, por eso quiero que todo sea perfecto.

Mientras Lydia seguía dándonos detalles sobre qué menú se serviría y el lugar que había elegido para la celebración, sentí un olor familiar.

—Elliot, ve a buscar a Andrew para jugar —le dije a mi hijo porque no quería que nadie de la manada de Sith se fijara en él.

Eric percibió mi tensión y clavó su mirada en mis ojos.

—Disculpe, alfa, pero un miembro de la manada de Sith ha venido a verle. Dice que trae un mensaje de su alfa —anunció Lucas, entrando en el salón.

—Deja que pase —ordenó Patric, acomodándose en el sofá.

Me sentía mareada y me subió la tensión. Después de tantos años, aún no había superado el miedo que le tenía a mi padre, y tener aquí a alguien de su manada despertaba todos esos recuerdos.

Lucas entró en la habitación escoltando a Taylor, mi antiguo conductor en la manada, que tenía la vista clavada en mí.

—Saludos, Cathy y familia Night —habló—. Mi alfa me ha enviado personalmente para discutir

los términos de la unión entre Eric y Cathy Sith.

Miré a Eric, desconcertada, y él me devolvió la mirada con la misma expresión.

—¿Cómo os habéis enterado de la boda? —preguntó Eric, levantándose del sofá con los músculos de los brazos en tensión.

Patric se levantó de la silla e hizo un gesto a Lucas para que retrocediera.

—Por mí —declaró—. Cathy es la hija de Nicholas y una vez formó parte de su manada, y por tradición, los padres de la novia deben estar invitados.

Patric era un alfa apegado a la tradición, y ni él ni Lydia sabían nada del envenenamiento ni de los maltratos que sufrí en la manada. Seguían creyendo que me había ido solo para perseguir mis sueños.

—¿Cuáles son las condiciones de tu alfa? —preguntó Lydia con una sonrisa.

Taylor tenía una actitud diferente a la que recordaba. Era más frío, sus palabras calculadas y no dejaba ver más expresiones que las necesarias para hablar.

—Mi alfa pide la región fronteriza y la zona sur de vuestro territorio, así como las manadas que habitan esas regiones y las empresas y propiedades que tengáis allí —dijo como si apenas estuviera pidiendo una limosna.

—De ninguna manera, eso es demasiado —protesté—. Además, ya no formo parte de la manada. No le debo nada a la manada de Sith.

—Tranquila, querida —dijo Lydia, poniendo la mano en mi pierna—. Deja que los hombres negocien los términos.

—No hay nada que negociar. Apoyo la decisión de Cathy, la respuesta es no —declaró Eric sin dejar hablar a su padre.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Patric al mensajero.

—Soy Taylor Pons, señor.

—Muy bien, Taylor, ¿podrías dejarnos solos un momento para discutir tu propuesta? Después te

daremos nuestra respuesta —dijo con formalidad antes de acompañarlo a la salida.

Esperó a que Taylor se fuera para mirar a Eric con dureza.

—No puedes rechazar unas condiciones así. Tienes que entender que es una petición excesiva, pero aun así tenemos que negociar para obtener un acuerdo en el que todos ganen —dijo el alfa—. Se han desatado guerras entre los de nuestra especie por cosas de lo más insignificantes, y tú no quieres iniciar una guerra, ¿verdad?

Eric respiró hondo y me miró. Sabía lo que quería, así que asentí.

—Hay algo que aún no sabéis. He intentado no involucraros, pero creo que ya es inevitable —dijo Eric, captando toda la atención de sus padres.

Eric les contó cómo fue nuestro primer encuentro hace seis años, la forma en que mi padre trató de obligarnos a estar juntos. También les habló de los malos tratos que recibía en la manada, de cómo hui por miedo de que utilizarían a mi hijo contra la manada de Night, y todo sobre el envenenamiento con acónito para evitar que mi loba se desarrollara.

Las expresiones de Lydia y Patric se volvieron sombrías y me miraron sin atreverse a decir una palabra.

—Taylor. —Patric utilizó su voz de Alfa, haciendo que el grito resonara en nuestras cabezas. En cuanto Taylor entró, se plantó delante de él para impedir que siguiera avanzando—. Dile a tu Alfa que no aceptaremos sus condiciones y que no será bienvenido a la boda. —Se mostró firme y no esperó a que Taylor respondiera.

El mensajero se dio la vuelta y se alejó, pero yo sentía que algo iba mal. Tuve uno de esos presentimientos de que las cosas solo estaban a punto de empeorar.

—¿Estás bien? —me preguntó Eric.

—Sí, es solo que verle me ha hecho recordar cosas del pasado —respondí.

—No tienes nada que temer, Cathy —me dijo Patric—. Ninguno de ellos volverá a hacerte daño. Ahora eres una de nosotros.

Me sentía rodeada por una manada de verdad, una que se preocupaba por mí y que nunca me daría la espalda.

«Cathy, sabemos de la existencia de tu hijo, de tu negocio e incluso de la casa en la que vives. Nunca te hemos quitado los ojos de encima». Oí la voz de Taylor en mi cabeza. «Te esperaré en el límite de la propiedad, en el bosque de pinos. Vendrás sola y escucharás lo que tengo que decirte o, de lo contrario, iremos a por tu hijo, y nunca volverás a verlo».

Todo mi cuerpo se estremeció, se me cortó la respiración y tuve que meterme las manos en los bolsillos para que no se dieran cuenta de que estaba temblando.

—No me encuentro bien. Voy a tumbarme un rato —anuncié.

—¿Quieres que vaya contigo? —me preguntó mi compañero.

—No, por favor, sigue escuchando los preparativos de la boda para poder informarme más tarde —dije, controlando la voz.

—¿Estás segura? —intercedió Lydia—. Estás pálida.

—Sí, por favor, seguid sin mí.

Me levanté, sintiendo las miradas sobre mi espalda, avancé por el pasillo y me aseguré de que no pudieran verme. Fui hasta la puerta trasera y me dirigí hacia los límites de la propiedad sabiendo que era una mala idea, pero temía por la vida de mi hijo porque sabía de lo que era capaz mi padre.

—Por aquí. —Taylor salió de detrás del tronco de un pino—. Eres una mujer muy sabia, después de todo.

Me adentré con él en el bosque hasta llegar a un claro.

—¿Qué quieres? —le pregunté—. Nunca pensé que te convertirías en un lamebotas para mi padre.

Taylor tensó la mandíbula y apretó los puños.

—No tienes ni idea de lo que has causado desde que te fuiste, ¿verdad? —murmuró—. A Morgan la mataron por tu culpa, la culparon de dejarte escapar.

Sentí como si me arrancaran el corazón y caí de rodillas.

—No es posible, mi padre es cruel, pero no haría algo así.

Suspiró con los ojos llenos de lágrimas y resentimiento.

—No fue tu padre, fue Lissandra —continuó con veneno en la voz—. Después de que te fueras, tu padre enfermó de gravedad y cayó en coma toda la noche.

—Eso no es posible. Se encontraba bien —dije.

—Tú eres la culpable del asesinato de Morgan. Lissandra nos dijo que encontró acónito en tu habitación, el mismo veneno se utilizó contra el alfa.

Empecé a temblar y tuve la sensación de que Taylor no me había citado para hablar.

—Yo no lo hice. Nunca le haría daño a mi padre, a pesar de que hizo de mi vida un infierno —respondí—. Siempre ha sido Lissandra, ella es la verdadera enemiga de la manada...

—No te atrevas a decir ni una palabra más —rugió con el fuego en los ojos—. Siempre fingiste ser buena, pero en realidad no eras más que una serpiente traicionera y, por tu egoísmo, perdí a la única persona que he amado.

—No es a mí a quien tienes que echarle la culpa. Es a Lissandra, fue ella quien la mató —grité entre lágrimas—. También era mi amiga, mi única amiga en este mundo.

—¡Y sin embargo la enviaste a la horca! —dijo en tono delirante.

Oí pasos y el crujido de ramas secas.

—¿Qué es esto? —pregunté—. Pensé que querías hablar.

—La hora de hablar se acabó. Ahora debes pagar por lo que has hecho —replicó, y de entre los árboles salieron tres lobos grises enormes con dientes afilados y dispuestos a atacar—. Puedes huir si quieres, pero no escaparás de nosotros.

Taylor se transformó en un lobo gris delante de mis ojos.

—No tienes por qué hacer esto —traté de convencerlo, pero me miró con ojos asesinos y aulló.

Los otros lobos empezaron a correr en mi dirección, y supe que no tendría escapatoria en el bosque.

«Cathy, juntas somos más fuertes. Déjame ayudarte». Volví a oír la voz de mi loba.

No sabía qué hacer, así que me dejé llevar y permití que mi loba tomara el control. Sentí cómo los músculos se me tensaban, los huesos se fortalecían y mis sentidos se agudizaban. Mi cuerpo estaba cambiando y, por primera vez, sentí el poder de mi loba en todo su esplendor.

Esquivé el ataque del primer lobo, mordí a uno en la nuca, desgarrándole la carne y lanzándola por los aires contra un árbol. Probé su sangre y me sentí sedienta. Me superaban en número, pero mi fuerza era superior. La sangre del alfa y el vínculo con Eric me daban una fuerza que ellos no poseían.

Oí otro aullido que reconocí: Eric estaba avisando a su manada de que era hora de luchar.

Taylor intentó atacarme por la espalda, pero Eric saltó de entre los árboles y lo detuvo en el aire, tirándose al suelo y mordiéndole la garganta a Taylor. En un instante, estábamos rodeados de más lobos de la manada de Night, todos ellos con garras afiladas, aguardando a las órdenes de Eric.

«¿Te han hecho daño?», me preguntó Eric.

«No, he podido defenderme», respondí.

El círculo de lobos se abrió para dar paso a un lobo negro del mismo tamaño que el de Eric con una cicatriz en la frente. Le bastó su rugido para que los atacantes volvieran a su forma humana.

«Acabáis de romper la tregua», la voz de Patric se hizo eco en la cabeza de todos. «Habéis intentado matar a una de los nuestros. No dejaré que esto pase desapercibido. Dejaré que uno de vosotros salga de ésta con vida para que sirva de advertencia de que, si volvéis a poner un pie dentro de mi territorio, lo tomaré como una declaración de guerra, y no tendremos piedad».

—La guerra ya ha comenzado —gritó Taylor escupiendo sangre con dificultad—. Nuestros nuevos alfa y luna, Alston y Linda, ya se están preparando para atacar. Los días de la manada de Night están contados.

—Entonces no hay nada más que decir —rugió Patric.

Eric me apartó a un lado y ambos volvimos a nuestra forma humana. Estando en sus brazos y mirándole a los ojos, sentí por primera vez nuestra conexión, sentí cómo su cuerpo y el mío se sincronizaban, además de sus emociones, su preocupación y sus miedos. Era como si nuestro ser

se hubiera conectado a través de un vínculo invisible.

«Hola, Cathy, por fin nos conocemos». La voz de lobo de Eric se escuchó en mi cabeza, y pude sentir cómo mi loba reaccionaba ante su voz como si todo el sufrimiento que soportó estando encerrada dentro de mí hubiera desaparecido.

—Eric, puedo sentirte. Por fin puedo reconocer nuestro vínculo —dije—. Somos compañeros predestinados. Ahora puedo verlo.

Eric me besó y me llevó en brazos a la casa para mantenerme a salvo.

Capítulo 28: La guerra

Eric

Cathy no podía dormir, y sus pesadillas y constantes ataques de pánico tampoco me abandonaban a mí porque, desde que nuestro vínculo se hizo más fuerte, podía sentir y experimentar lo mismo que ella.

—¿Estás segura de que puedo dejarte sola? —le pregunté.

—Sí, es tu padre quien te llama —contestó con la cabeza hundida en la almohada—. Debe de ser importante.

Le acaricié la espalda con las yemas de los dedos por encima la fina tela de su pijama.

—Lo sé, pero no quiero dejarte estando de este humor —continué—. Sé que no estás bien.

Abrazó la almohada y se acurrucó, tapándose la cara.

—No puedo dejar de pensar en Morgan —dijo con la voz rota.

—Sé que es duro. Créeme, lo sé. Pero nada de lo que ha pasado es culpa tuya. Huiste de allí a tiempo. Si no, tú y nuestro hijo tampoco estaríais vivo.

Sentí el dolor de Cathy y la abracé. Pero ella había construido una barrera y quería pasar su luto sola.

—Estaré bien —me aseguró y cerró los ojos para intentar dormir un poco.

La envolví con las mantas, le di un beso y me fui al despacho de mi padre.

—Hijo, llegas justo a tiempo —dijo acercándose a saludarme.

Como era una reunión privada, solo estábamos mi padre, Andrew, Sebastian, el beta de mi padre,

y yo. El despacho parecía pequeño con nosotros cuatro ahí dentro, pero también se debía a la gran mesa en el centro de la sala sobre la que mi padre tenía el mapa de nuestro territorio.

—¿Qué está pasando? —pregunté, viéndolos a todos tan concentrados.

—Explícate, Sebastián —ordenó mi padre.

—Verás, el enemigo se ha infiltrado en nuestro territorio a lo largo de la frontera, concretamente entorno al río Delaware. Y, según nuestros informadores, han montado varios campamentos dispersos por la zona y aún no se han organizado. —Rodeó el bosque con un rotulador rojo—. Nicholas nunca habría sido tan descuidado, así que debemos aprovechar el momento y atacar ahora antes de que se organicen.

—Interrogamos a los intrusos que emboscaron a Cathy y descubrimos que Alston no es más que una tapadera y que la verdadera líder de la manada es su antigua luna, Lissandra —tomó la palabra Andrew, continuando con la explicación de su padre—. Van a jugar sucio e ir a matar. Nos superan en número, pero su lealtad pende de un hilo ya que no todos aceptan a Alston como su alfa. Tenemos que usar eso en su contra de alguna manera.

—Son unas noticias excelentes —dije—. ¿Por qué no hemos atacado todavía?

Mi padre se acercó a la cabecera de la mesa y apoyó las manos encima.

—Porque hay algo más de lo que me gustaría hablarte. —Su expresión era seria, la misma que ponía cuando estaba a punto de decir algo muy bueno o muy malo, y sentí que se me secaba la garganta—. Quiero que seas tú quien dirija esta batalla.

Me puse en pie con la espalda erguida como un soldado y la barbilla alzada con orgullo.

—Será un honor para mí —respondí—. Quiero hacer pagar a esa gente por lo que le hicieron a Cathy y por amenazar a mi hijo.

Andrew me dio una palmadita en la espalda y se puso a mi lado.

—Continuaremos el legado de nuestros padres —dijo.

Sebastian asintió con una sonrisa casi imperceptible e intentó ocultar el orgullo que sentía.

—Hay una cosa más —Mi padre caminó hacia mí con pasos lentos pero firmes—. Pienso

nombrarte oficialmente alfa de la manada —declaró.

—No podría aceptarlo. Sigues aquí y eres más que capaz de continuar en tu puesto —repliqué de inmediato.

—Lo sé, pero ya es hora de que un viejo como yo descanse y deje el futuro de la manada en manos más capaces —dijo con expresión de que no aceptaría un no por respuesta—. Tu madre y yo, ya lo hemos hablado. Estábamos esperando a que consiguieras una mujer digna para ocupar su lugar, y lo has hecho.

Se me aceleró el pulso y sentí que el suelo se movía bajo mis pies.

—Será un honor —le dije—. Iré a iniciar los preparativos para partir pronto.

—Muy bien, hijo, pero recuerda no infravalorar al enemigo —dijo—. La manada de Sith es fuerte y, aunque han perdido a su líder, tienen una ventaja: no conocemos su estrategia y todo podría ser una trampa.

—Honraré el apellido Night entre las demás manadas y volveré a casa victorioso —dije.

Mi padre se quedó con Sebastian y Andrew repasando todos los detalles que conocían hasta el momento sobre el enemigo.

—Preparaos para la batalla. Partimos en una hora —anuncié a todos los de la manada dentro y alrededor de la mansión.

Cuando entré en nuestro dormitorio, Cathy estaba sentada en la cama, poniéndose unas botas.

—¿Adónde vas? —le pregunté, sabiendo ya la respuesta.

—A la guerra, he escuchado tus pensamientos. Y, antes de que digas que no, ya he tomado mi decisión.

—Cathy, no estás preparada para la guerra. No dejaré que arriesgues tu vida así —protesté, poniendo las manos sobre las suyas.

—Tienes dos opciones: me dejas ir contigo, o te seguiré en cuanto te vayas y lucharé de todos modos —me aseguró más que decidida y con los ojos llenos de odio—. Esta guerra es por mi culpa, y no me sentaré a esperar a que la gente muera por mí.

—Si algo te pasara... No podría soportarlo. —Me senté a su lado y cogí sus manos entre las mías —. Alguien tiene que quedarse y cuidar de Elliot. Además, si algo sale mal, tienes que estar ahí para él.

Cathy me miró directamente a los ojos.

—No perderemos. Ya sé cómo controlar a mi loba. Soy capaz de luchar —dijo—. Elliot no está solo, tiene a Lydia y a toda una manada para apoyarle. Aparte, su vida también está en juego, porque si perdemos vendrán a por él seguro.

Tenía razón, y sabía que no iba a persuadirla, pero no quería que se involucrara tanto en la batalla, pero, como la conocía lo suficiente, era consciente de que si no la dejaba venir con nosotros iría por su cuenta y no podría protegerla.

—Vale, pero te quedarás a mi lado en todo momento —le dije—. Y vas a ponerte ropa de combate. Mandaré hacer una para ti.

—De acuerdo. Pero primero, debo preparar algo.

Salió de la habitación a toda prisa, casi corriendo, y supuse que iba a despedirse de Elliot.

Me puse mi ropa de batalla, una camisa negra confeccionada con un tejido único que me daba más movilidad, pantalones negros y botas con punta de titanio. Respiré hondo sintiendo la carga sobre mis hombros y miré el reloj con impaciencia hasta que se hizo la hora. Salí al patio donde todos los miembros aptos para luchar me esperaban con sus trajes de guerra.

—Hoy haremos justicia —anuncié para llamar su atención—. Y demostraremos a la manada de Sith que nadie cruza nuestras fronteras, amenaza a uno de los nuestros y sale impune. —Todos gritaron en respuesta y se golpearon el pecho con fuerza como muestra de respeto.

Miré alrededor buscando a Cathy y la encontré de camino hacia mí con un cinturón lleno de esferas de cristal llenas de gas púrpura que se movía como si tuviera vida propia.

—¿Qué es eso? —la interrogué.

—Es para Lissandra. Le daré a probar su propia medicina. —Pude sentir el acónito.

—Ten cuidado, puede ser peligroso —le dije.

—Puede que no sepa luchar como los demás, pero sí sé algo de química, y lo utilizaré para daros ventaja.

En ese momento, mi madre salió con Elliot de la mano y mi padre a su lado.

—Volved a casa a salvo y victoriosos —dijo mi madre.

Elliot corrió hacia nosotros y nos abrazó a los dos lo mejor que pudo.

—Volved pronto. La abuela me ha dicho que vais a luchar contra los malos, así que dadles pal pelo —dijo con los ojos llenos de energía.

—Hijo, el futuro de la manada está en tus manos —vociferó mi padre.

Sentí el peso de sus palabras y la responsabilidad que había depositado sobre mis hombros. Ya no se trataba de venganza, sino de imponer respeto a quienes intentaban atacarnos desde las sombras.

Subimos a los coches, esta vez todoterrenos. Andrew conducía el nuestro, Sebastian iba a su lado y Cathy y yo íbamos en la parte de atrás. La caravana de todoterrenos negros formada por miembros de la manada y aliados del territorio nos siguió por la carretera.

—La manada de mi padre no es como la tuya —me contó Cathy—. No le son leales a nadie. Solo obedecen por miedo a que los asesinen. En eso se basa la manada de Sith, y una vez que acabes con su líder, se dispersarán como moscas.

—Eso quiere decir que podremos evitar todo el conflicto si atacamos directamente a los líderes —intervino Sebastian—. Pero en el bosque, será como intentar encontrar una aguja en un pajar.

—No necesariamente —respondió—. Conozco el olor de Lissandra, Linda y Alston, y ahora que mis sentidos han mejorados, podría ser capaz de rastrearlos.

—En ese caso, deberías ir delante —dijo Andrew, y yo le lancé una mirada asesina.

—¿Estás segura? Puede ser peligroso —le pregunté a mi compañera predestinada.

Sentí miedo, no por la batalla, sino de que ella saliera herida. No quería perder a Cathy, no después de tenerla conmigo por fin.

—Estoy segura —afirmó ella.

Llegamos a la zona donde empezaba el bosque. Bajamos de los todoterrenos y de entre los arbustos salieron nuestros dos informantes.

—Llegáis justo a tiempo —dijo uno de ellos con la cara llena de ceniza de arce para ocultar su olor—. El enemigo se acerca.

Uno de ellos tomó la delantera, señalándonos en dirección a los grupos enemigos, pero Cathy se dio la vuelta y empezó a caminar en dirección contraria.

—Cathy, ¿qué estás haciendo? —pregunté, cogiéndole la mano.

—Lissandra se encuentra en esa dirección —aseguró.

—No puede ser, hemos comprobado esa zona —dijo uno de los informantes.

—¿Confías en mí? —me preguntó mirándome a los ojos.

Miré a Sebastian y a Andrew. Eran mis consejeros en esta guerra, y no parecían muy convencidos.

—Confío en ti —dije—. Vamos a dividirnos en dos grupos. Uno vendrá conmigo y el otro lo dirigirá Sebastián. Nuestro punto de encuentro será en la orilla del río.

Sebastian se pasó la mano por la barba canosa y seleccionó a la mitad que iría con él. Me agarró la mano con fuerza.

—Buena suerte, Eric —dijo con voz firme.

Andrew y yo íbamos en cabeza siguiendo a Cathy, que no dudó ni un segundo en seguir el sendero hasta que nos detuvimos en un claro en medio del bosque.

—Aquí es donde termina el sendero —dijo y señaló un círculo de fresnos de arce que bloqueaba nuestros sentidos—. Salgamos de...

Las hojas crujieron a nuestro alrededor, y de las copas de los árboles saltaron varios guerreros enemigos. Frente a nosotros, surgió Lissandra de entre los abedules, vestida de negro y con una daga de plata en las manos; junto a ella aparecieron Aston y Linda con atuendos similares.

Parecían diferentes, más maduros, más delgados y con los ojos cargados de veneno.

—Qué sorpresa tan previsible —habló Lissandra con voz serena.

Cathy apretó los puños y una ira incontrolada creció en su interior.

—¿Cómo sabías que veníamos? —pregunté, poniéndome delante de Cathy.

Estábamos rodeados y, aunque éramos unos cincuenta, nos superaban en número.

—Cuando los mensajeros no regresaron, supe que los habrían interrogado, y que era cuestión de tiempo que aparecierais —dijo—. Soy una mujer sabia y, aunque te cueste admitirlo, Cathy, te conozco mejor que nadie en este mundo.

—Cállate —le gritó ella—. Tú no me conoces,

—¿Ah, sí? —soltó una carcajada burlona—. Apuesto a que estás aquí para vengar a tu amiga. ¿Cómo se llamaba?

—Morgan —aportó Linda.

—Ah, sí. Morgan, no recuerdo su nombre, pero sí sus gritos pidiéndome que acabara con su vida —dijo—. Ella y yo nos divertimos mucho en las mazmorras.

Cathy dio un paso adelante, pero la detuve a tiempo.

—Sólo te está provocando —le dije—. Si nos separamos, perdemos.

—O sea, ¿qué crees que puedes ganar? Mira a tu alrededor —bramó Alston en un tono vil y ronco—. Ya estáis muertos.

Cathy estaba poseída por la ira y la venganza, pero en sus ojos podía ver determinación.

«Dile a todo el mundo que contenga la respiración», me dijo Cathy.

Di la orden y Cathy dio un paso adelante, mirando a Lissandra directamente a los ojos.

—¡Cuidado! —gritó Linda, pero era demasiado tarde porque Cathy ya había arrojado todo el arsenal del cinturón a sus pies. El gas púrpura se esparció por todas partes en un abrir y cerrar de ojos.

El gas hizo que me picara la piel, pero se dispersó a nuestro alrededor con rapidez.

Todos los enemigos cercanos que lo respiraron estaban en el suelo retorciéndose, y los que intentaron cambiar de forma sólo quedaron deformados, pero volvieron a su forma humana. El acónito les había llegado a los pulmones.

Alston y Linda reaccionaron con rapidez cubriéndose la cara con las manos.

—¡Saca a Lissandra de aquí! —le ordenó Alston a Linda, quien apenas estaba recuperando el aliento.

—No te dejaré escapar —gritó Cathy, cambiando de forma mientras cogía impulso y se abalanzaba sobre su hermanastra. La loba de Cathy era el lobo más hermoso que había visto nunca. Su pelaje era de un color parduzco casi rubio, de gran tamaño y con patas afiladas.

Linda se quedó helada al ver cómo se transformaba Cathy. Mi compañera mordió a su hermana en el hombro, que chilló de dolor.

«*¡Atacad!*», gritó Alston usando su aullido alfa, haciendo que el resto de los miembros de su manada cambiaran de forma y se abalanzaran sobre nosotros.

«*¡Acabad con ellos!*», grité y me transformé abalanzándome sobre Alston.

Andrew y el resto de mis hombres nos rodearon, formando una barrera impenetrable para que Lissandra no pudiera escapar.

«*Te mataré*», gruñó Alston, devolviéndome el golpe.

Intentaba acercarse a Cathy, que, con sus garras, desgarraba la carne de Linda sin piedad, causándole heridas y debilitándola para impedir que se transformara.

Dos lobos que lograron penetrar en el círculo me atacaron por la espalda y me tiraron al suelo, utilizando su peso para impedirme levantarme.

«*¡Lucha como un hombre!*», le gruñí a Alston, que venía hacia mí con los colmillos dispuestos a degollarme.

Los lobos me mordían la espalda, hundiendo sus colmillos en mi carne y causándome un dolor paralizante.

—En la guerra, todo vale para ganar —dijo Alston, a un paso de mí.

Me encontraba inmóvil y, por más que intentaba liberarme, los otros lobos no me dejaban. Andrew aulló y, con sus mandíbulas, le desgarró la garganta a uno de ellos, lo que me permitió levantarme y arrojar al otro fuera del círculo.

Alston intentó huir, pero antes de que pudiera atravesar el círculo, le mordí la pata trasera y lo arrastré hacia el centro. Rugí con fuerza, usando mi poder de alfa y, al intimidarlo, ya no fue rival para mí y se calló bajo mi dominio, haciendo que volviera a su forma humana.

—Por favor, no me mates —suplicó—. Nada de esto fue idea mía. Lissandra planeó todo esto.

—¡Cobarde! —gritó Lissandra tratando de ponerse de pie—. Debería haber elegido a otro.

De un manotazo, hice rebotar su cabeza contra el suelo y lo dejé inconsciente.

Mis hombres ya se habían hecho con el control del campo, y sólo algunos de los miembros de Sith seguían luchando mientras que los demás huían al ver a su alfa derrotado.

Me giré para ver a Cathy. Seguía atacando a Linda, que ya estaba inconsciente y cubierta de sangre.

«Cathy, para ya», le dije, pero ella ignoró mis palabras.

Usé mi gruñido para devolverla a su forma humana, y en sus ojos aún podía ver la bestia que vivía en ella.

—Les haré pagar por lo que han hecho —gritó, golpeando el pecho de Linda con sus puños desnudos.

Lissandra había conseguido ponerse en pie y desenvainó su daga. Se me paró el corazón al verla dirigirse a Cathy, que estaba tan concentrada que no la vería venir, y yo estaba demasiado lejos para llegar a tiempo.

«Cuidado», le advertí, «detrás de ti».

Los sentidos de Cathy estaban más desarrollados de lo que pensaba. Antes de que Lissandra pudiera acercarse lo suficiente, mi compañera se abalanzó sobre ella y, aprovechando que estaba débil, le arrebató la daga de plata.

—Me envenenaste con acónito, me hiciste la vida imposible y mataste a mi mejor amiga —dijo Cathy—. Alguien como tú no merece vivir.

—¡Cathy, no! —dije, acercándome a ella lentamente—. No eres una asesina—.

Como el veneno se había extendido a los pies de Lissandra, ésta había inhalado la mayor parte, irritándole tanto la garganta y la nariz que empezó a brotarle sangre de ambas.

—Mátame —dijo con dificultad Lissandra—. Mátame para que puedas ser libre porque, si no lo haces, te perseguiré hasta el fin de mis días y te mataré mientras duermes como hice con tu asquerosa madre.

Sentí que algo dentro de Cathy se rompía al oír sus palabras. Apretó el puño y lo estampó contra el suelo, junto a la cabeza de Lissandra.

—Yo no soy como tú, y matarte me resultaría desagradable —replicó Cathy, dándole la espalda y caminando hacia mí.

—Has hecho lo correcto —le aseguré, tomándola entre mis brazos.

«No sé lo que has hecho, pero el enemigo se está retirando», Sebastián se comunicó conmigo.

«No los dejéis escapar», ordené.

Sebastian y Andrew se quedaron con el resto de los hombres para apresar a los que habían sido envenenados por el acónito, entre ellos Lissandra, Linda y Alston.

Una semana antes de la boda, Cathy había terminado con el tratamiento, pero aún perduraban algunos efectos secundarios. El médico nos aseguró que era normal y que pronto pasarían.

Un miembro del consejo se presentó en la mansión sin previo aviso y mi padre le hizo pasar inmediatamente.

Este hombre era un cambiaformas muy anciano. Puede que incluso fuera el más viejo de todos. Vestía un traje negro con un adorno en forma de cabeza de lobo dorada en su corbata magenta. Sus ojos eran azules, casi blancos, estaba muy arrugado, tenía el pelo gris y caminaba un poco encorvado.

Al verle, Cathy se levantó, dispuesta a marcharse.

—Quédese, Sra. Sith. Necesito hablar con todos, incluida usted —habló con voz ronca.

Cathy me miró con los ojos abiertos como platos y yo me encogí de hombros.

Mi madre se situó junto a mi padre, con Sebastian a su derecha, y Cathy y yo nos colocamos a la izquierda, de modo que todos estábamos frente al representante del Consejo.

—He venido personalmente a traerles novedades —continuó el anciano—. Los prisioneros que nos enviaron fueron interrogados, y hemos hecho nuestras averiguaciones. Han sido declarados culpables del asesinato de la madre de Cathy, Morgan, Nicholas Sith, e innumerables inocentes. Además, tras un... riguroso interrogatorio, descubrimos que Linda Sith no era la hija legítima de Nicholas. Todo fue una artimaña de Lissandra para quedarse con el poder, por lo que, legalmente, Cathy Sith es la heredera de la manada de Sith.

Cathy se recostó en la silla y su mirada se perdió mirando a la nada. Se quedó muda, al igual que todos nosotros.

—Eso significa... —empecé a decir.

—Que, al casarse, ustedes unificarán los territorios, y estos pasarán a formar parte de los dominios de la manada de Night. —El consejero terminó la frase por mí.

Capítulo 29: Recompensas del destino

Cathy

Faltaban dos días para la boda y los síntomas no habían desaparecido. Eric dijo que se debía a las noticias que habíamos recibido del consejo, pero en el fondo yo sabía que era otra cosa.

Había ganado peso, las caderas se me habían ensanchado un poco y los antojos de sushi eran más persistentes. Para salir de dudas, le pedí al doctor Dawn que me hiciera un análisis de sangre, pero esta vez no en busca de acónito.

Mientras esperaba los resultados, me sentí impaciente. Eric estaba ultimando los detalles de nuestro viaje al antiguo territorio de mi padre para reclamar todo lo que nos pertenecía y establecer una base de operaciones dirigida por Sebastian.

—Aquí están los resultados. —Dawn me entregó una pequeña hoja de papel doblada.

El médico era alguien difícil de calar. Siempre tenía una expresión neutra que me desesperaba aún más en una situación como esta.

—Muchas gracias —le dije y crucé el pasillo en busca de Eric para leer juntos los resultados.

Le encontré solo en el despacho de su padre y, cuando me vio, colgó el móvil.

—¿Ya están listos? —preguntó.

Asentí y le entregué el papel doblado.

—Adelante —dije, sintiendo que el corazón me latía con fuerza en el pecho.

Suspiró y lo abrió sin más preámbulos. Los dos nos miramos a la cara después de leer la hoja. Él me cogió en brazos y empezó a dar vueltas.

—Sí, vamos a tener otro hijo —gritó tan fuerte que se escuchó en toda la mansión.

Lydia y Patric entraron corriendo en el despacho y nos observaron en silencio haciendo muecas con la cara.

—¿Qué está pasando aquí? —quiso saber Patric—. Me has puesto los pelos de punta con esos gritos—.

Eric les entregó los resultados de las pruebas y Lydia se tapó la boca con las manos.

—¿Otro? —dijo con los ojos muy abiertos.

—Sí —contesté mientras Eric me bajaba—. Tenía mis sospechas...

—Dios mío —Lydia me abrazó con cariño y me puso la mano en el vientre, tratando de sentir algo.

—Sigue siendo demasiado pequeño —dije.

Patric le dio unas palmaditas en la espalda a Eric y a mí su bendición.

—Será un bebé sano que colmará de orgullo a la manada —declaró.

—Ahora no podrán librarse de que vaya a su casa —comentó Lydia.

Eric y yo nos habíamos mudado a una casa más cerca de la ciudad para que yo pudiera llevar mi negocio y él pudiera vigilar a la manada, pero pasábamos los fines de semana en la mansión para que Lydia y Patric pudieran pasar tiempo de calidad con Elliot.

—Siempre serás bienvenida en nuestra casa —le aseguré.

Como la boda estaba cerca, nos estábamos quedando en la mansión para ayudar con los preparativos.

Elliot apareció por el pasillo y se echó a los brazos de su abuelo.

—Vas a tener un hermanito o hermanita... y si tienes suerte, puede que sean dos —bromeó Patric.

—¿En serio? —preguntó mi hijo, pensando que era otra broma de su abuelo.

—Sí, mi amor, estoy embarazada —le hice saber.

Elliot se soltó de los brazos de su abuelo y se acercó a mí, hizo un círculo con las manos, las acercó a mi estómago y susurró algo.

—¿Qué le has dicho al bebé? —le pregunté.

—Que lo estaba esperando y que cuando nazca, jugaremos juntos —dijo mi pequeño.

Le miré con ternura y suspiré.

—Debes descansar y no hacer esfuerzos —comentó Eric—. Nosotros haremos todo por ti, ¿verdad, hijo?

Elliot arrugó la frente, intentando parecer serio.

—Sí, cuidaremos de ti. —Fingió una voz ronca, imitando a su padre.

Todos nos reímos y pasamos el resto de la tarde juntos en los jardines admirando las nubes y viendo a Lydia presumir de sus flores.

Eric se tomó en serio lo de no dejarme hacer nada. Tanto él como Elliot se encargaron de todo. Me trajeron el desayuno a la cama: agua, zumo, bollería e incluso algunos libros para distraerme. Al principio, quise pararles los pies, pero al verlos tan comprometidos, decidí relajarme y disfrutar de la atención.

—¿Estás lista? —Lydia vino a buscarme a la habitación y negó con la cabeza cuando vio a Eric a mi lado—. Deberías estar preparándote. Es tu boda —dijo.

—Madre, la boda es a medianoche. Todavía hay tiempo —respondió Eric.

—Créame, el tiempo pasa volando y no queremos hacer esperar a los invitados —declaró.

Lydia esperó impaciente a que me levantara y me llevó hasta su coche.

—Buenas tardes, señoras —nos saludó Lucas, abriendo la puerta del Roll Royce.

—Directo a la sala de ceremonias —le indicó Lydia.

Lucas condujo lentamente hasta una cúpula blanca a las afueras de la ciudad.

—¿Es aquí? —pregunté—. Nunca he visto este lugar en mi vida, y he pasado al lado con el

coche cientos de veces.

—La gente suele centrarse en los rascacielos y olvidarse de las pequeñas cosas —dijo Lydia mientras bajábamos del coche.

Dos muchachas humanas vestidas completamente de blanco nos esperaban en la entrada y abrieron de un tirón las puertas dobles. A primera vista, parecía una cúpula normal y corriente, pero por dentro estaba adornada con vidrieras que iluminaban el espacio con la luz del sol. Antes de que pudiera adentrarme más en la sala para observarla mejor, Lydia tiró de mí hacia la habitación designada para prepararme.

—Sólo faltan unas horas. No puedo con los nervios —Lydia se puso a jugar con los dedos.

Parecía más ansiosa que yo, pero era porque lo había organizado todo y quería que todo fuera perfecto para su hijo y para mí. Estaba obsesionada con la perfección, y no podía culparla porque yo era igual.

La habitación era espaciosa, pintada de blanco, con un pedestal en una esquina, enormes espejos, una cama y un tocador para peinarse, maquillarse y arreglarse. Quedé maravillada con el sitio y me miré en el espejo para ver si la barriga me había crecido mucho, pero seguía pareciendo igual que siempre.

Sonó el timbre y Lydia se apresuró a abrir la puerta. Entraron seis chicas con maletines llenos de productos de cuidado personal, secadores de pelo, peines y maquillaje. La primera de ellas me pidió que me tumbara en la cama y me dio el mejor masaje del mundo. Cuando estaba a punto de dormirme ahí en medio, me ayudaron a ponerme el vestido de novia que no tenía corselete porque Lydia así lo pidió, pero que se amoldaba igual a mi figura. La tela tenía detalles con encaje y seda que recordaban a un vestido de princesa.

—Estás preciosa —exclamó Lydia—. Eric se quedará sin aliento cuando te vea.

Las chicas me maquillaron y peinaron. Para cuando me planté delante del espejo, no me reconocía. Parecía una supermodelo.

—Iré a acompañar a las chicas a la salida y a ocuparme del banquete. Tú relájate y descansa un poco, pero no arrugues el vestido —añadió Lydia antes de salir de la habitación.

Se me revolió el estómago y, mientras contemplaba mi reflejo, no podía creerme que por fin

estuviera sucediendo. Me iba a casar con mi compañero predestinado, y teníamos una hermosa familia, tal y como siempre había soñado.

Mientras me perdía en mis recuerdos, rememorando todos los momentos que había pasado con Eric, se abrió la puerta y entró el rey de Roma con un ramo de rosas.

—¿Qué estás...?

—Shhh —me interrumpió—. Si mi madre me ve aquí, me matará. Es muy supersticiosa.

—¿Qué haces aquí? —susurré.

Eric me entregó el ramo de rosas rojas recién cortadas y no pude evitar suspirar al verle con su traje carmesí a medida que resaltaba todos sus rasgos. Llevaba la barba bien afeitada y el pelo peinado hacia el lado derecho. Estaba más guapo que nunca.

—Me he acordado de algo y es que, con lo moviditos que han sido los últimos meses, no te pedí matrimonio como es debido. —Se metió la mano en el bolsillo, sacó una caja forrada de ante rojo y se arrodilló frente a mí—. Cathy Sith, ¿me concederías el honor de convertirte en mi mujer? —Abrió la caja con ambas manos, y dentro había un anillo de oro con el diamante más grande que jamás hubiese visto.

Eric y yo estábamos a punto de casarnos, pero, aun así, noté un sobresalto en el corazón y cómo la sangre se me subía a la cara.

—Sí, por supuesto.

Me puso el anillo en el dedo y me besó sutilmente en los labios para no estropearme el maquillaje.

—Quiero envolverte en mis brazos —confesó.

—No hay nada que desee más —le dije con las mejillas entumecidas por la enorme sonrisa que estaba esbozando.

Oímos los pasos de su madre y Eric salió a hurtadillas de la habitación para que no le viera.

—Es la hora. —Entró Lydia.

Me llevó hasta la entrada principal y me dejó con Andrew, que me acompañaría hasta el altar. Elliot llevaría los anillos y otros niños de la manada me sujetarían la cola del vestido y otros soltarían pétalos de camino al altar.

Respiré hondo. Lydia abrió las puertas y todos los invitados se levantaron. La sala estaba llena de miembros de la manada, representantes de algunas otras y miembros mayores del consejo. Lydia lideró la marcha, guiando a los niños. Yo los seguí agarrada al brazo de Andrew, apretándolo tanto que sentía que podría rompérselo en cualquier momento, y Elliot iba detrás de mí llevando una caja con los anillos.

Mientras avanzaba, sentí los ojos de todos sobre mí. Eric tenía brazos entrelazados a la espalda.

«*No tengas miedo. Estoy aquí contigo*», dijo Eric y me dio las fuerzas que necesitaba para caminar hacia él.

—Estás preciosa —me dijo.

—Está usted muy guapo, señor Night —le susurré.

Todos se callaron para que Patric pudiera hablar.

—Hoy, con la bendición de la luna azul, reafirmo ante la Diosa el vínculo que os une para que florezca una relación próspera —comenzó.

Patric hizo una señal, y la cúpula empezó a moverse, abriéndose y dejando el cielo despejado con la luna llena justo encima de nosotros. Elliot se acercó con los anillos, que reaccionaron a la luz de la luna y emanaron una luz pálida y blanquecina, como si estuvieran absorbiendo su esplendor.

Lydia cogió los anillos y nos los entregó a cada uno.

Miré a Eric, no parecía tan sorprendido como yo, pero para mí aquello era algo nuevo. Siempre había oído que cuando la Diosa bendice el vínculo, éste se manifiesta en forma de luz, pero siempre pensé que era un mito.

—Cathy Sith, prometo cuidar de ti y de nuestro vínculo hasta que mi cuerpo se agote, y seguiré cuidando de ti en la otra vida por toda la eternidad —pronunció Eric, deslizándolo en mi dedo.

—Eric Night, juro estar siempre a tu lado, darte amor y apoyarte siempre en cada momento, y estaré a tu lado en esta vida y en las siguientes —dije, deslizándole el anillo con mano temblorosa.

Ya no me afectaban las miradas de la gente ni sentía miedo. En cambio, me sentía como si caminara sobre las nubes mientras una brisa fresca me acariciaba la cara. Experimentaba sensaciones que nunca antes había sentido y ya no renegaba de mi identidad de cambiaformas. La había aceptado con los brazos abiertos y me había hecho más fuerte.

—Puedes besar a la novia —proclamó Patric.

Eric deslizó la mano por mi espalda, trazando la tela con los dedos, y me atrajo hacia él.

—Te quiero —me dijo y lo selló con un beso lento que me hizo perder la noción de todo lo que nos rodeaba. Sólo quería perderme entre los brazos de mi marido.

Todos los invitados aplaudieron y se levantaron de sus sillas.

—Un momento —vociferó Patric al terminar nuestro beso—. Antes de empezar con el banquete, me gustaría anunciar algo delante del resto de las manadas y del consejo. Hoy, bajo la presencia de la Diosa, cedo mi puesto de alfa de la manada de Night a mi hijo. Por lo tanto, Cathy se convierte en la nueva luna. Recibid mi bendición y os deseo una larga vida juntos.

Sabía que había mucho por hacer. Unir los territorios, expandir mi negocio, dedicarme a mis hijos y ser la luna de la manada. Pero, en aquel momento, nada de eso importaba, lo único que quería era perderme entre los brazos de Eric y que me besara hasta que nuestros labios se fundieran.

Eric me condujo a la pista de baile, me abrazó y se pegó tanto a mí que sentí su calor y oí su pulso y su respiración. Empezó a sonar una canción suave, bailamos rodeados de los invitados y me sentí feliz de empezar una nueva vida, de verme recompensada por el destino con un marido maravilloso y cariñoso, un hijo precioso y otro bebé en camino.